

PERTURBACIONES SOLARES



F. RICHARD BESSIERE

LAS LUNAS DE JÚPITER

Andreu



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



F. Richard-Bessière

LAS LUNAS DE JÚPITER

Título original: *Les lunes de Júpiter*
F. Richard-Bessière, 1960
Traducción: M. Ferrer

A Claude Luter, un «fan» sincero de
la ciencia-ficción, con toda mi amistad.

F. R-B

.

PRÓLOGO

«—¿Quién eres?
—Jean-Pierre Verneuil.
—¿De dónde vienes?
—Desde un planeta llamado Tierra.
—¿Cuánto tiempo llevas aquí?
—Doscientos cuarenta y dos días.
—¿Qué hiciste ayer?
—Nada.
—¿Y hoy?
—Nada.
—¿Qué vas a hacer mañana?
—Sólo Dios lo sabe.
—¿Qué estás esperando?
—La muerte, pero no quiere nada conmigo.»

Poco más o menos éstas eran las preguntas que me formulaba yo mismo cada vez que me despertaba, y esto duraba ya doscientos cuarenta y dos días, o al menos un tiempo equivalente a doscientas cuarenta y dos veces el peso de veinticuatro horas terrestres.

Al otro lado de la ventanilla, siempre el sismo espectáculo monótono. El enorme disco del Sol aparecía y desaparecía cada veintidós minutos, seguido de todo un cortejo de planetas más o menos brillantes, y este rodar incesante había concluido por fatigarme, hasta el punto que llegué a maldecir «el Sol, su gloria y todos sus rayos», y muchas cosas más aún. Es curioso cómo puede llegarse a detestar todo cuanto nos rodea, cuando se está solo, y cuando se sabe que no queda ya ninguna esperanza, y que todo se ha perdido.

«¿Qué estaba esperando?»

Era que la muerte no quería saber nada conmigo, o que... ¡Bah!, en el fondo, yo no había hecho nada para facilitarle las cosas. Al contrario. La había mantenido en jaque sin descansar desde el primer

día.

Se había convertido en mi única preocupación. El instinto dominaba este armazón de carne y hueso que no quería morir, velando celosamente por sus reservas de oxígeno, calculando fríamente las raciones de tabletas nutritivas aún disponibles, vigilando las presiones, las temperaturas y advirtiendo al más nimio peligro.

Todo se había convertido en algo automático, inherente a mi propia naturaleza, y mis reacciones eran propias de un mecanismo de precisión. Quizá de una precisión excesiva, pues a menudo se hacía insoportable. Entonces me ponía a hablar solo, esforzándome en razonar, lanzándome a conversaciones interminables, en las que estaban a mi solo cargo las preguntas y las respuestas, probando a contradecirme por medio de la voz de un interlocutor imaginario, que defendiera con fuerza y terquedad una actitud opuesta.

A menudo también, este antagonista tomaba las facciones de alguna persona a quien yo había conocido en otros tiempos y me complacía al imaginar cómo se habría desarrollado un debate entre nosotros sobre un tema cualquiera.

Está claro que yo acababa por llevar siempre la razón. Pero todo esto me consolaba. Y luego sonreía y me encogía de hombros diciendo para mí:

«—Pero, amigo mío, ¿de qué te quejas? Tu suerte no será, posiblemente, muy envidiable, pero durante treinta y cinco años has estado deseando lo que llamabas «la aventura de tu vida». Ibas en pos de lo imprevisto, pero cada vez perdías el tren. Siempre llegabas demasiado tarde o demasiado pronto. Veamos, pasemos reviste… Eres hijo de un padre y una madre ni mejores ni peores que los demás. Has sido un colegial del montón, ni muy espabilado ni demasiado perezoso, jamás fuiste el orgullo de tu barrio, pero tampoco lo deshonraste. No eres ni feo ni hermoso. En las reuniones o en los bailes has podido hacer siempre un buen papel, cuando te has tomado la molestia de intentarlo, para demostrar a los demás que eras un hombre como todos, aunque ninguna joven se te haya colgado jamás del cuello. Soñabas con aventuras cada vez que volvías del cine o cuando leías a Dumas, Wells, Cpoper o Arnould Galopín. Y sentías envidia de todos esos héroes legendarios. ¿El dinero? Jamás lo has tenido. Desde luego que has vivido y has podido saciar tu apetito, y has ayudado a tu madre en su vejez; has trabajado tus cuarenta y ocho horas semanales como todos los infelices de tu planeta, pero nunca te has quejado, porque has visto a muchos de tus compañeros hundidos en el lodazal de una miseria peor que la tuya. ¿Tu sueño? Un día fue

el de conquistar los astros, de pisar los rojos arenales de Marte, subir por las pendientes escarpadas de los circos lunares, remar por los pantanos de Venus, conocer al fin la alegría suprema concedida a los primeros hombres que tendrían la audacia y la suerte de lanzarse hacia los mundos lejanos y desconocidos. Pues bien, tú has tenido esta oportunidad, así pues, ¿de qué te quejas?»

Es evidente que con tales razonamientos, llegaba siempre al convencimiento de que no tenía nada a reprocharle a la vida. Era un hecho, había realizado mi sueño, el que acariciaba desde mi más tierna infancia. ¡Cuántas veces había levantado por la noche mi cabeza hacia la bóveda celeste, dejando que mi espíritu vagara a lo largo de ese vasto tapiz bordado de astros en lanzarme un día hacia esos mundos misterio- brillantes! ¿Cuántas veces no habría soñado sos, rodeados de leyendas?

Era todavía un niño cuando la Tierra empezó a lanzar sus *sputniks*, *orbitniks* y demás *vanguards*, *pionneers* y *verónicas*... y había seguido enfervorecido el desarrollo de esas tímidas experiencias, hasta el día en que la primera cápsula había transportado un ser humano a centenares de kilómetros de la superficie.

Habría dado lo inimaginable por haber sido ese hombre, pero yo no era técnico ni un hombre relevante, y además todos me ignoraban y se burlaban de mis sueños y mis ilusiones.

No, no me quejaba. Lo sentía más por los que se habían quedado allá en la Tierra y para los cuales nuestro sacrificio no serviría para nada.

En cuanto a mí, había tenido mi parte de aventuras, una tontería muy personal, pero mía; algo insignificante, es posible, pero que era suficiente para dar a mi vida algo de atractivo y, sobre todo, el sentimiento de que cuando menos merece vivirse.

Un hombre sin historia no es un hombre real. Para mí significa una especie de fantasma de carne y hueso, arrastrando en lugar de cadenas una existencia incolora, insípida, vacía de sentido y tan inútil como él mismo.

Este había sido mi caso durante estos treinta y cinco años, hasta el día... Sí, evidentemente, hasta el día en que recibí una citación del director del Centro Atómico de Saclay, en donde trabajaba hacía varios años como mecánico instructor.

Aquel día... Pues bien, sí, fue así como empezó todo.

CAPÍTULO PRIMERO

Me hallaba en el nuevo polígono de pruebas de Villaret, al sudeste de Reganne, donde me habían destinado desde hacía tres meses, cuando me llegó la citación al terminarse la pesada y calurosa mañana de aquel 18 de junio de 1975.

Fue el sargento Dufour quien me la entregó en el comedor, unos minutos después de la llegada del «estratojet» que aseguraba el servicio cotidiano con la metrópoli. Era conciso, lacónico y formal.

Debería abandonar Villaret sin demora y presentarme al Centro Atómico de Saclay. Sin co-mentarios. No era yo solo quien se hallaba en tal caso; otros tres compañeros habían recibido parecido mensaje.

Habíamos llegado a familiarizarnos con los métodos algo expeditivos de nuestra administración, y nadie se extrañó de esta brusca decisión de nuestros jefes.

Salíamos del comedor cuando una brusca sacudida nos hizo perder el equilibrio y nos lanzó por los suelos con una brutalidad inaudita.

Un sordo gruñido subía del suelo como una gigantesca ola, lanzada sobre el campamento y ahogando todos los ruidos que se habían convertido en familiares.

No necesité más que una fracción de segundo para comprender lo que ocurría.

Otro seísmo...

Era el segundo que soportaba desde que llegué a la base. El anterior nos había causado más miedo que daño, pero esta vez tuve la impresión de que era distinto.

En efecto, a menos de cien metros de donde me hallaba, vi abrirse una enorme grieta en el suelo rocoso y ardiente. Y vi como la hendidura se alargaba rápidamente, resquebrajando, a medida que progresaba, el pavimento de hormigón, mientras una nube de vapor amarillento emergía como de un gigantesco géiser, no lejos de mí, exactamente delante de un grupo de barracones.

A despecho de la nube compacta de polvo y de humo en la cual me encontraba sumido, pude darme cuenta de cómo una de las torres de radar se venía abajo como un castillo de naipes. El estruendo general fue dominado sólo un instante, por el ruido espantoso de sus viguetas de acero que al precipitarse contra el suelo segaron las vidas de algunos desgraciados llenos de pánico que intentaban huir.

En ese momento pude oír claramente el agudo quejido de una sirena de alarma.

El pánico más completo se había apoderado ahora del campamento, y fue a causa de la explosión de una reserva de oxígeno líquido. Apenas si me dio tiempo a refugiarme detrás de un montón de piedras y chatarra para evitar que alguno de los fragmentos incandescentes que caían a mi alrededor me alcanzara de lleno.

Tuvimos que soportar otra sacudida más violenta todavía, y luego se hizo el silencio.

Me levanté con dificultad, avanzando entre el polvo, sofocado por los vapores recalentados que formaban ante mí como un telón casi impenetrable. Oía, sin poder precisar claramente su procedencia, gritos, quejidos, órdenes concisas, pero todo estaba embarullado dentro de mi cabeza.

Hasta después de algunos minutos no pude darme cuenta del desastre originado por el seísmo. A primera vista me pareció de menos gravedad de lo que había supuesto, pero los destrozas fueron bastante considerables. Pude ver los muertos y heridos que estaban esparcidos por el Suelo, mientras se constituían urgentemente los equipos de socorro.

Corriendo, fui a presentarme al comandante de la base, seguido por algunos de mis compañeros. Pero las órdenes eran las órdenes. Teníamos que presentarnos en Saclay sin más dilación. Por fortuna el «estratojet» de servicio no había recibido ningún daño.

Contra nuestros sentimientos tomamos asiento en el aparato que tomó altura con toda rapidez, ascendiendo recto hacia el cielo para tomar la dirección de Saclay.

El viaje fue rápido y duró algo menos de dos horas. Permanecimos callados, rumiando los sombríos pensamientos que nos atosigaban, pues ninguno de nosotros ignorábamos que el flagelo que amenazaba la Tierra desde hacía años, empeoraba a cada momento. Estábamos perfectamente informados de que nada podría detenerlo. Desde luego todos los continentes habían sido rudamente castigados durante los últimos años, y eran innumerables las regiones que habían sido aniquiladas y borradas del mapamundi.

Cuando llegamos a la base de Saclay, la noticia era conocida de los que estaban allí, pero lo que nosotros no sabíamos, era que la ola de temblores de tierra se había propagado no sólo por los Estados del norte de Africa, sino por toda la cuenca del Mediterráneo. Algunas regiones del sur de Francia habían sido anegadas por una violenta tromba marina y habían tenido que evacuarse urgentemente todas las localidades costeras. O al menos se intentó hacerlo así.

Una vez más fue el tiempo lo que faltó. Y por el momento era imposible evaluar la gravedad de la catástrofe. Port-Vendres, La Nouvelle, Sète, habían sido asoladas por las aguas turbulentas, y los muertos se elevaban, según las primeras informaciones, a decenas de millares.

Se decía incluso, que algunos volcanes extintos, de la zona costera como el de Agde, habían iniciado de nuevo su actividad, lanzado sobre esta localidad milenaria torrentes de lava y de lodos incandescentes, convirtiendo la región en un auténtico infierno.

Se aseguraba que las murallas de la vieja ciudadela de Beziers se habían hundido, acarreando la destrucción total de un barrio muy poblado, y que los estanques de Vaccarés y de Berre no eran más que una gran extensión de agua movediza amenazando inundar toda la llanura de la Crau. Se decía...

Se decían evidentemente demasiadas cosas. Pero nada con seguridad. Y cuando el profesor Bemard Dumont, que estaba encargado de la dirección del Centro Atómico nos recibió, se reservó cualquier comentario y eludió la mayoría de las respuestas a las preguntas que muchos de nosotros le formulamos.

Era un hombre enérgico, frío y categórico.

Nosotros le apreciábamos, todos, a pesar de su carácter algo vivo en general, pues era un hombre justo y enteramente entregado a su tarea.

Por mi parte, tenía otras razones para admirarlo. Para mí, él representaba precisamente el hombre que yo hubiera querido ser. Un sabio, un ser cuyos conocimientos eran inmensos y a quien el mundo entero respetaba y honraba.

Se me rogó que, con mis compañeros, me personara en la gran sala de conferencias, donde volvimos a encontrar al profesor Dumont rodeado de algunos ingenieros y otros técnicos que integraban el Comité directivo.

Se nos hizo sentar en sillones situados ante el podio en media luna a cuyo alrededor habían colocado vastos mapas murales representando las diferentes partes del globo terráqueo. El silencio que nos acogió cuando entramos en la sala no duró mucho y fue el profesor Dumont quien lo rompió con su vocecita metálica. Nos dirigió algunas palabras de bienvenida y cortesía, lo cual chocaba un tanto con el comportamiento habitual que ya conocía.

Mis tres compañeros: el ingeniero en electrónica Robert Marchal, el cibernético Gerard Delamare, y el radiometeorologista Alain Dardier, recibieron, sin duda alguna, la misma impresión que yo, ya

que sus miradas se cruzaron, y me di cuenta del pequeño guiño que me dirigió a escondidas el joven radio.

El director se levantó, dejó que su mirada vagara un instante por sobre nuestro pequeño grupo y luego se decidió:

—Señores, vuestra llamada a Saclay ha sido motivada por una grave e importante decisión tomada por los principales gobiernos de la Tierra, durante la última sesión que se ha celebrado en la O.N.U. Voy a exponerles más adelante los caracteres, el objetivo y los pormenores. Pero antes debo exponerles el cuadro general de la situación en la cual se halla actual- mente nuestro planeta, y esto con el fin de que comprendan, cuando aborde esta cuestión, el papel que puede llegar a ser el de cada uno de ustedes, en el gigantesco y crucial proyecto que acaba de ser puesto en estudio.

Hizo una pausa, y recomenzó:

—La opinión general de todos los organismos científicos de la Tierra es alarmante, por lo que concierne al porvenir de la humanidad. Por algunas razones que aún no son bien conocidas, nuestro mundo es el teatro de cataclismos cuya violencia, 37a lo saben ustedes, excede en amplitud a todo cuanto ha podido ser registrado durante los últimos años. Es verdad que los terremotos no son una novedad en la historia de nuestro planeta, pero hemos de admitir que los seísmos que asuelan nuestros continentes crecen siguiendo un ritmo cada vez más acelerado, a tal punto que ya no nos es posible prevenir las catástrofes que nos amenazan.

Se volvió hacia los mapas murales en colores, tomó un puntero y prosiguió:

—Estas son, entre círculos, las regiones que han soportado los terremotos más violentos y los más destructores que el mundo haya conocido jamás. Los de Orleansville y Agadir no han sido mencionados más que como referencia, ya que constituyen el punto de partida de nuestras observaciones desde mediados de este siglo, y no representan más que unos elementos de menor entidad en nuestra estadística sismográfica, si pensamos que la catástrofe de Agadir es la consecuencia de un terremoto cuya amplitud era siete mil veces inferior a la del de Chile en 1960. Podemos ver inmediatamente otras importantes sacudidas telúricas, en Turquía, en las Azpres, sobre la costa atlántica del continente africano, en el Tibet, Japón, Europa Central, en Alaska y en Australia. Más cerca de nosotros, en las Filipinas, Gabon, Escocia, Noruega y en el centro y el norte de Africa. Por lo que hace referencia a Francia, las regiones de los Alpes, los Pirineos, los Vosgos y la Bretaña han conocido estos últimos años

devastaciones que han costado la vida a centenares de millares de seres humanos. Islas, archipiélagos, regiones enteras de nuestro planeta han sido barridas de la superficie del globo.

Dejó descender su brazo, depositó el puntero encima de una mesa y prosiguió con voz algo más sorda:

—Hoy todavía el litoral mediterráneo ha sido presa de este flagelo que se encarniza sobre nuestro planeta, a cuya lenta agonía estamos asistiendo impotentes.

Yo me preguntaba dónde iba a parar con todo ese discurso y no podía llegar a comprender por qué habíamos sido llamados con tanta urgencia a Saclay. Todo esto ya lo sabíamos, y me impacientaba esperando que Dumont llegara a conclusiones.

Bien pronto continuó, en otro tono, más firmemente ahora:

—Pues bien, señores. Nos hallamos, actualmente, plenamente convencidos de que la causa de todos estos trágicos fenómenos no reside más que en nuestro Sol. Los gobiernos de la Tierra han constituido una especie de departamento especial cuya tarea específica será la de estudiar las relaciones estrictas que puedan existir entre las manchas solares y las perturbaciones originadas por ellas en el magnetismo terrestre. El profesor Aliáis, en 1958, ya puso en evidencia gracias a su *péndulo paracónico*, determinados movimientos periódicos asaz inexplicables, estrechamente relacionados con las posiciones del Sol y de la Luna. Pero tales efectos quedaron, y aún lo son en la actualidad, inexplicados; se deban a la teoría de la gravitación universal o por otra influencia directa cualquiera transmitida a dicho aparato, ya sea por su soporte o por la misma atmósfera. Sea lo que fuere, muchos años de estudios nos prueban que existen ciertas correlaciones entre las manchas solares y determinados fenómenos terrestres. Para la alta atmósfera, el estudio de los *jet-streams* nos indica que la acción del Sol es mucho más acusada en las capas más elevadas que en la que nos movemos habitualmente. También sabemos desde hace mucho tiempo que la Tierra está rodeada por un poderoso campo magnético sometido a cambios continuos, según la curva de las manchas solares, y con una aproximación asombrosa, como si el globo entero recibiera de improviso una fuerte sacudida cósmica. Todo esto ha sido verificado, reconocido, admitido, pero el misterio continúa, sobre todo si añadimos que la actividad solar ejerce igualmente, entre los seres vivientes, su influjo sobre el proceso de fibrinolisis.

He de confesar sinceramente que me quedé algo incómodo, por mi humilde capacidad, ante tal cúmulo de detalles técnicos que excedían

mi comprensión, y sentía nacer en mí, de una manera confusa, una especie de complejo de inferioridad frente, no sólo a mis jefes, sino también de mis compañeros, cuyo grado de instrucción y nivel intelectual eran, hay que decirlo, superiores a los míos.

Desde luego no llegaba a comprender lo que se esperaba de mí.

Dumont se extendió entonces en una exposición bastante complicada sobre lo que él llamaba las reacciones de floculación del suero humano, que, según algunos expertos, presentaba un ritmo de veinticuatro horas ligado a las variaciones del potencial atmosférico, dependiendo cada uno de ese famoso ciclo de once años en el cual se observa regularmente la recrudescencia de las manchas y protuberancias solares. Esta sorprendente teoría llegaba hasta confirmar que los coloides sanguíneos presentaban una alteración muy acusada, a veces algunos minutos antes de la aparición de las manchas o las protuberancias.

Resumiendo, el hombre y algunos animales superiores presentaban perturbaciones biológicas premonitorias, y se comportaban como un barómetro cósmico, sin que nada pudiera explicar la razón de tal fenómeno.

Pero aún había algo más grave.

Se acababa de comprobar, recientemente, que el ciclo normal de las manchas solares no era ya de once años, como había demostrado en 1843 el astrónomo Heinrich Schwabe. Desde los últimos años, este período se había acortado, huta el punto de ser ahora de dos o tres anca.

Era lógico que se admitiera un súbito y repentino recalentamiento o aumento de temperatura del Sol, lo que significaba un sensible retardo en la velocidad de rotación de la Tierra, causando variaciones de energía cinética considerables. Y todo ello se convertía en una liberación de considerables fuerzas de tensión en la superficie terrestre, las cuales, al ser liberadas, provocaban los seísmos que estábamos soportando.

Ahora el problema consistía en averiguar si las tempestades magnéticas perturbadoras podían atribuirse a una descarga de partículas activas originadas por las manchas, o si eran debidas a explosiones de rayos ultravioletas.

Es posible que exista una *tercera* hipótesis, pero el profesor Dumont parecía mantenerse, en este punto, en una prudente reserva.

Nadie sabía nada... y por el momento el misterio continuaba insoluble.

Continuó su discurso en medio de un silencio general, nos observó

detenidamente, se tomó algo de tiempo y recomenzó:

—Puedo afirmarles que no se trata de ninguna fantasía mía todos estos detalles que acabo de referirles ni todas las explicaciones que les he dado. Era preciso hacerlo para llegar a la conclusión que acabamos de tomar. Las bases recientemente construidas en la Luna por el gobierno americano y el ruso están equipadas aún de una manera muy rudimentaria para que nos permitan emprender un estudio serio de esta brutal actividad solar, lo mismo que desde nuestros satélites artificiales. Disponemos de cohetes muy bien preparados y cuyos periplos no han excedido jamás del trayecto Tierra-Luna. El sitio ideal para realizar tales estudios sería, supongo que estarán de acuerdo conmigo, el planeta interior Mercurio, el más próximo al Sol, más de cien millones de kilómetros más cerca que el nuestro. Pero las dificultades para conseguir situar un cohete en ese planeta son enormes pues no disponemos de ningún medio seguro para ello.

Hubo otra pausa, como de duda, lo cual permitió a mi camarada Robert Marchal plantear una cuestión pertinente, que debía madurar después de un instante, pues salió de su garganta con una espontaneidad sorprendente:

—¿Qué han decidido ustedes, profesor?

Los ojillos de Dumont se fijaron en los del ingeniero y la respuesta nos llegó limpia y clara:

—Mandar un cohete sobre el asteroide Adonis.

—¿Adonis?

Fue Gerard Delamare el que repitió este nombre, frunciendo las cejas.

—Lo han comprendido ustedes muy bien. Este asteroide, que tiene una trayectoria elíptica muy acentuada, tiene un afelio que lo aleja, llevándolo entre las órbitas de Marte y Júpiter. Y ofrece, por otra parte, la doble ventaja de hallarse, durante su perihelio, tan cerca del Sol como Mercurio, y de cortar nuestra propia órbita con determinada inclinación, al extremo de llegar a aproximarse a nuestro planeta a unos dos millones y medio de kilómetros como máximo. Así que nos es perfectamente posible mandar un cohete completamente equipado sobre Adonis cuando pase cerca de nosotros. Teniendo en cuenta su trayectoria de aproximación al Sol, el resto del viaje se realizará sin gasto de energía alguna por nuestra parte, y de este modo esperamos que sea posible organizar una expedición que nos permita penetrar el misterio que envuelve la anormal actividad de nuestro Sol.

»De estos estudios dependerán, es muy posible, la supervivencia y la salvación de nuestra humanidad, ya que en la lucha ancestral que

opone el arma a la coraza, nuestro único modo de defensa consiste en conocer, no los defectos de la coraza sino los del arma. Nuestra coraza ha de bosquejarse aún. Se trataría de un campo ionizado que rodearía la Tierra y detendría esas radiaciones nocivas que han eludido hasta ahora nuestras investigaciones. Pero todo ello depende, lo repito, del éxito del proyecto que acaba de aprobarse en la O.N.U. por todos los gobiernos del planeta. Por primera vez en la historia de la humanidad, todos ios países se solidarizan y unen para combatir el más grave y terrible de los flagelos de la Naturaleza.

Una especie de aprensión hizo presa en mí, cuando Marchal, que no permanecía un momento tranquilo, nervioso sobre su asiento, preguntó:

—Con franqueza, ¿qué se espera de nosotros, profesor?

—Van a saberlo inmediatamente. Rusia, Estados Unidos, Inglaterra, Italia y Francia están obligadas, como principales potencias atómicas, a asegurar la organización de esta misión científica. La expedición comprenderá únicamente dos miembros de cada país. Si les habernos hecho venir a los cuatro ha sido... ¡bueno, verán! Es porque estamos convencidos de que están ustedes calificados para realizar esta clase de trabajo y también que no tienen ningún motivo válido para rechazarlo.

Todo esto fue pronunciado en un tono firme y categórico. Dumont descendió lentamente los escalones de la tarima para venir a situarse ante nosotros:

—Sin embargo, en el supuesto de que alguno de ustedes tenga alguna objeción a formular, c en el cas: de que no se sienta con fuerzas para a buen fin una tarea como la que se le encomienda, que no tenga ninguna duda en manifestarlo. Se ha pedido a Francia y a Italia que faciliten cada una simplemente dos técnicos conocedores del funcionamiento de los aparatos de navegación. Los ingleses, los americanos y los rusos asegurarán los servicios especializados en las radiaciones solares. Ustedes son cuatro. No serán admitidos más que dos. No. sé cuáles serán.

Un pesado silencio se dejó sentir en la sala. Luego nos contemplamos los cuatro, y un simple signo con la cabeza dio a comprender al profesor que estábamos dispuestos a aceptar la misión que se nos encomendaba.

Me daba cuenta de que mis compañeros se hallaban, como yo, emocionados por el honor que suponía esta elección, y he de confesar que personalmente el hecho de que me hubieran venido a buscar desde tan lejos ¡me era particularmente agradable.

Dumont nos concedió una discreta sonrisa, posiblemente para disimular su propia emoción, y prosiguió:

—Deberán trasladarse ustedes a Ginebra. En el nuevo centro de experimentación de la O.N.U., se les someterá a las pruebas reglamentarias y serán seleccionados allí.

Se restregó sus manos nerviosamente, la una contra la otra, dominó la emoción que le oprimía la garganta y se contentó con murmurar:

—Muchas gracias, señores.

II

De esta manera fue como mis compañeros y yo penetramos, dos días después, en la base ex-perimental aneja al C.E.I.N. de Ginebra.

No acababa de creer en todo lo que me ocurría y me costaba concebir el alcance del importante papel que quizá me correspondería realizar en esta extraordinaria aventura.

Yo, Jean-Pierre Verneuil, un humilde joven si los hay, que hasta ese momento había pasado perfectamente inadvertido, hete aquí que había sido llamado para confiárseme una misión como jamás habría osado imaginar. A veces me preguntaba si no se trataría de un sueño y si no iba a despertarme ante la decepcionante realidad.

Pero no; estaba en Ginebra, y mis compañeros estarían pensando las mismas cosas que yo con toda seguridad, podía verlo muchas veces reflejado en sus miradas perdidas en el vacío y en cierto aire de importancia que tomaban aún sin quererlo.

De buenas a primeras tuvimos que someternos a todas las formalidades requeridas en tales casos. Después de las revisiones médicas, muy minuciosas, tomas de sangre y análisis de todas clases, se nos comunicó que íbamos a recibir un entrenamiento especializado que dudaría veinticinco días.

Seríamos sometidos a numerosas pruebas, en condiciones semejantes, con gran aproximación, a las que deberíamos encontrar en el interior del cohete.

Teníamos que acostumbramos, lo mejor posible, a las exigencias y limitaciones de un vuelo por el espacio, en los límites de resistencia impuestos en una edad donde se ha logrado la madurez psíquica y física.

Por mí puedo decir que me adapté y soporté perfectamente los primeros ensayos en la «cen-trifugadora», a una presión de 16 g. Inmediatamente hube de pasar cuarenta y ocho horas dentro de una cámara insonora, con pruebas de resistencia al calor hasta sesenta grados, luego al frío hasta cincuenta bajo cero.

Fui sometido a continuación en el vacío casi total, y luego a ruidos ensordecedores, equivalentes a los de los motores en el momento de empezar el viaje.

Durante días y más días, que me parecieron interminables, hube de permanecer solo en una especie de caja llena de cuadrantes, manómetros y registradores automáticos.

Días y más días, también, permanecí tendido o sentado

ocupándome de trabajos matemáticos de precisión, dominando mi fatiga, mis nervios y mi angustia.

Durante días y días pude ver a través del ventanillo la faz del jefe instructor que no dejaba de mirarme.

Al principio, había llegado a adormilarme durante algunas horas, pero, poco a poco, me encontré en la imposibilidad de dar una cabezada y estaba a punto de llegar al límite de mis fuerzas cuando me comunicaron que mi prueba había concluido.

Cuando salí del encierro, no lograba reaccionar, casi inconsciente. Me di cuenta vagamente de que alguien me tomaba por el brazo para conducirme hasta una sala da reposo.

En seguida experimenté el dolor furtivo de una aguja penetrando en mi brazo y me desvanecí casi inmediatamente.

Cuando me desperté, experimenté una de las mayores alegrías de mi vida. Se me comunicó que había pasado por todas las pruebas satisfactoriamente y que había sido, en consecuencia, seleccionado para formar parte en el equipo que acababa de constituirse.

Como es natural, me pregunté más de una vez en qué clase de aventura me había embarcado voluntariamente. ¿Debía sentirme contento de formar parte de esa tripulación?

No me dieron tiempo de pensar demasiado en ello, puesto que a partir de ese instante me hallé absorbido por un verdadero remolino. Todos me felicitaban y era objeto de toda clase de cumplidos; me invitaron a diversas conferencias de Prensa para que contara mis impresiones, cené con los representantes de la O.N.U.; me entrevistaron los de la T.V.; y continuamente era invitado de un lado y de otro, hasta tal punto que llegué a añorar el aislamiento y encierro en la cabina donde había permanecido solo con mis pensamientos.

De mis otros tres compañeros, fue el cibernético Gerald Delamare el designado. Volvimos a encontramos con verdadero placer, y luego nos pusieron en relación con los demás componentes de la tripulación.

Teníamos en primer término al mecánico jefe italiano Giuseppe Collini y su compatriota el radiometeorologista Franco Belluno, con los cuales debíamos asegurar la conservación y buen funcionamiento del vehículo sideral. Luego venía el grupo constituido por los especialistas ingleses, americanos y rusos: los profesores Murdock, Craig, Wilford, Harrison, Petrovich y Kustov.

Todos ellos unos tipos magníficos, siendo el mayor de apenas cuarenta años. Desde el primer momento simpatizamos todos y se iniciaron los lazos de amistad que nos iban a unir.

Ha sido para mí un verdadero dolor haberlos perdido a todos, y cuando algunas veces pienso en ellos siento mi corazón desagradablemente oprimido. ¡Pobres muchachos! ¿Cómo podían esperarlo? No, claro que no... Tenían confianza, estaban llenos de esperanza y. hay que confesarlo, la empresa parecía tener que terminar con los más felices augurios, pues, cuando el drama se presentó, estoy seguro que ya se habían conseguido importantes resultados.

Pero todo ocurrió con tal rapidez que aún me cuesta llegar a comprender las razones por las cuales nadie había pensado en el peligro que nos amenazaba.

Sin embargo, varias veces, había intentado ponerles sobre aviso contra su imprudencia. Era como una especie de intuición que no me abandonó jamás desde el momento en que abordamos este pequeño mundo desconocido, estéril, insignificante, esta bola caprichosa que se lanzaba ciegamente hacia las profundidades del vacío, y que iba a convertirse en nuestro único refugio durante, exactamente, novecientos setenta y un días.

Adonis era un pequeño globo cuyo diámetro no excedía de un kilómetro.

Su velocidad de traslación era bastante considerable, y se habían realizado cálculos muy precisos durante mucho tiempo para teledirigir nuestro aparato hacia este «enano del espacio», cuando el 22 de septiembre por la mañana cortó en su camino, como estaba previsto, la órbita de la Tierra.

Nuestra partida se llevó a cabo el día 15 al mediodía, y evitaré hablar de nuestro viaje que se desenvolvió en las mejores condiciones del mundo.

Me limitaré a decir que el enorme ingenio que nos trasladó a Adonis estaba provisto de toda clase de material análogo al que se había transportado anteriormente sobre la Lima, durante los años precedentes.

Evidentemente, debíamos poder resistir de manera conveniente a las condiciones exigidas por una Naturaleza hostil y despiadada, en el interior de un refugio bien acondicionado, cuya parte principal estaba reservada para las observaciones que debíamos llevar a efecto.

Se trataba de una casamata desmontable que, una vez aparejada, tenía la forma de un bol in-vertido, cuyas paredes interiores estaban formadas por un tejido de vidrio en capas de dos décimas de milímetro de grosor, sometidas a una presión de cerca de cuarenta

kilos por milímetro cuadrado. El revestimiento era de aluminio con una reflectividad de alrededor del setenta y cinco por ciento.

El sistema de regeneración de aire que se había proyectado utilizaba unas reservas de oxígeno bastante importantes y, más adelante, debíamos servimos de la respiración de algunas plantas que manteníamos en un jardincito hidropónico que contenía varias bandejas con plantas adecuadas. Estas plantas, además, debían, merced a una constante exposición a la luz, al calor o a la acción de determinadas sales, producir una cantidad creciente de proteínas, de glúcidos y de lípidos, nada menospreciables para nuestra alimentación, aparte de las tabletas y píldoras nutritivas con las cuales de-bíamos acomodamos.

La energía del Sol era empleada al máximo, y convertida en electricidad. Se había proyectado, desde luego, «fabricar» agua, más adelante, por este medio, suponiendo que pudiéramos hallarla en cualquier forma como constituyente de algunos de los minerales que pudieran existir en Adonis.

Esto había tenido éxito en la Luna, y no había ninguna razón para que no ocurriera, otro tanto en Adonis. Haciendo estallar rocas ígneas, se podía obtener por electrólisis el oxígeno y también hidrógeno.

He de advertir, ante todo, que se trataba de pura especulación teórica y que la realidad, en definitiva, era algo completamente distinto.

Por lo que concierne al observatorio, propiamente dicho, contenía evidentemente todos cuantos aparatos delicados indispensables a los técnicos se consideraron de interés, cámaras de campo visual en todos los sentidos, cúpulas de observación, torrecillas prismáticas, computadores electrónicos, cámaras de Wilson (de ionización). El conjunto estaba rodeado de ventanillos herméticos de vidrio espeso y revestido de *exulina* para detener los rayos ultravioletas.

Es fácil darse cuenta, pues, de que todo había sido previsto en sus menores detalles para facilitar nuestra estancia y, sobre todo, nuestro trabajo.

Todo había sido previsto… excepto, por desgracia, *lo que nos aguardaba en Adonis*.

III

Hasta tres días (terrestres) después de nuestra llegada al planetoide no nos fue posible iniciar los trabajos de instalación de nuestra base, una vez hecho el inventario, clasificado y controlado todos los elementos constitutivos del conjunto general.

Sabíamos que tendríamos muchas dificultades y que nuestros gestos debían ser ejecutados mediante cálculo adelantado. Nos era necesario, además, familiarizarnos con los equipos especiales y escafandras de que debíamos ir provistos, cuando por haber llegado nuestra vez debiéramos salir del cohete, continuando en constante contacto y relación con los que desde el interior del mismo iban a dirigir las operaciones de busca del lugar adecuado de emplazamiento de la futura base.

Se trataba de hallar un sitio ideal, si se puede decir así, en la superficie enteramente rocosa de ese minúsculo mundo, cuya fuerte curvatura no permitía ver las cosas con demasiada perspectiva. La gravedad era muy pequeña, y nos vimos precisados a adoptar a nuestros zapatos pesadas suelas de plomo para compensar la insuficiencia de pesadez.

Nos movíamos pasando de la noche al día cada veintidós minutos, metidos dentro de nuestros trajes espaciales, inclinados hacia adelante, tropezando de vez en cuando, con la respiración entrecortada a causa de la poca presión de nuestras escafandras.

Nuestros pasos hacían levantarse el polvo de nuestros pies, y no percibíamos ningún sonido a excepción del que originaba nuestra propia respiración agitada.

Yo iba en cabecera, al lado de Craig. Detrás seguían Collini, Delamare y Kustov, que parecía que se confundían con el gris del suelo cada vez que volvía la cabeza para contemplarlos.

A nuestro alrededor, la temperatura subía y bajaba según que estuviéramos expuestos o no a los rayos solares, pero las diferencias no eran muy considerables ya que la rapidez de la rotación y la pequeña circunferencia de Adonis no lo permitían.

Un mundo curioso pero que estaba lejos de habernos mostrado todos sus misterios.

La cosa ocurrió súbitamente cuando debíamos hallarnos aproximadamente en los antípodas del lugar de aterrizaje de nuestro cohete.

Me quedé parado ante un montículo de rocas curiosamente

agrupadas. Se diría que se trataba de un juego de arquitectura, como los que utilizan los niños para divertirse, de tal manera aparecían colocados los bloques limpiamente cortados y apoyados unos en otros según las reglas de una arquitectura que no era debida al azar.

Eso me pareció al menos, en principio.

Y no iba a tardar mucho en verificar lo acertado de mi suposición, cuando pude ver una ancha placa de acero que emergía del suelo al pie mismo de aquel extraño andamiaje, lo cual me dejó, por un momento, estupefacto, como clavado en el suelo.

Conecté febrilmente mi laringòfono para llamar a mis compañeros:

—Rápido, vengan todos aquí... Acabo de descubrir algo increíble.

—Una estatua de Brigitte Bardot, sin duda —se burló Collini.

—A menos que no sea la «tasca de la esquina» —dijo Delamare—. Precisamente tengo una sed...

—Por favor, no es el momento más adecuado para bromear. No somos los primeros en haber puesto nuestros pies aquí.

—¿Qué estás diciendo...?

Ahora, Delamare había hablado en otro tono.

Y le pude ver como aceleraba sus pasos en mi dirección, seguido a poco por los demás.

Cuando estuvieron cerca de mí, les mostré con la mano la placa de metal a unos cuantos metros de nosotros.

Noté un momento de vaguedad entre ellos, cada uno buscando comprender. Avanzaron, miraron y hubieron de rendirse, finalmente, a la evidencia. ¿Cómo era posible?

La placa estaba sujeta a un cuadro de metal por medio de unos pernos, mientras que en el centro pudimos observar, apenas se hubo quitado el polvo y los restos de rocas que la cubrían en parte, una especie de sistema de cierre.

Este descubrimiento era tan inesperado y pasmoso que nadie osaba tomar una decisión y tenía la impresión de oír los pensamientos de mis camaradas.

Craig declaró que era mejor comunicar nuestro descubrimiento a los que permanecían en el cohete y se apresuró a anunciárselo.

En este instante, Kustov, que se había alejado unos pasos, nos llamó frenéticamente para mostramos unas líneas bien definidas y recientes en la capa de polvo fino. Se diría que eran las huellas de algunos soportes gruesos y rígidos, algo parecido a los pies telescópicos de una astronave.

—Observad —dijo Kustov— la simetría de estas señales que forman un triángulo perfecto. Esto no puede ser obra de la Naturaleza.

Alguien se nos ha adelantado.

—Pero, veamos… —intervino Craig—, no es posible. Si la Tierra…

—¿Y quién habló de la Tierra? —le cortó Collini.

—¿Qué quiere decir? Explíquese.

—No sé nada. Me limitó simplemente a observar una posibilidad, eso es todo.

—Vamos, vamos —intervine yo—; estamos agotando tontamente nuestras reservas de oxígeno, deberíamos, antes que nada, intentar penetrar al interior de esa placa.

Se produjo un silencio momentáneo, luego la voz de Craig se dejó oír en nuestros auriculares:

—¡Oh, sí! Tenéis razón. Id a buscar los sopletes electrónicos.

Cumplí la orden sin pestañear. Hablando con franqueza, yo era el menos «enchufado» del equipo y, a pesar de mis conocimientos en mecánica, me había convertido, poco a poco, sin que nadie hubiera hecho nada para conseguirlo, en el mozo de esta tripulación de sabios y técnicos.

Por fortuna, era lo bastante filósofo para soportar determinadas vejaciones, desde luego bastante raras, y una vez más fui a cumplir lo pedido.

Regresé con bastante facilidad hasta el cohete y me apresuré a poner en antecedentes a nuestros compañeros. Luego tomé conmigo todo cuanto nos era necesario y, sin perder un minuto, fui a reunirme con los demás que estarían esperándome con impaciencia.

Inmediatamente nos ocupamos de poner en servicio los sopletes, pero se precisó de una hora larga para conseguir practicar un boquete lo bastante grande que nos permitiera deslizamos por él al interior de una larga chimenea circular en cuya pared se habían fijado unos escalones de metal.

Nos quedamos mirándonos irnos a otros sin intentar disimular nuestro asombro, al que se mezclaba, a nuestro pesar, un cierto temor. ¿Qué significaba todo aquello?

No se oía ningún ruido a nuestro alrededor, y teníamos la impresión de hallarnos sumergidos en el silencio y la oscuridad más completa.

Nos apresuramos a encender nuestras lámparas cuyo haz fue dirigido hacia el fondo del pozo, cuya profundidad no parecía superior a los tres metros.

Craig y yo mismo nos ofrecimos voluntarios para descender los primeros, y llegamos en seguida ante una especie de enrejado tupido, ampliamente entreabierto. Empujamos la puerta y nos hallamos,

estupefactos, ante un estrecho corredor con puertas de doble cierre estanco a ambos lados. Más allá aparecían otras ramificaciones, formando una red muy compleja que nos imposibilitaba la observación, y preferimos regresar a la superficie.

Un hecho cierto: allí no había nadie. Ningún ser viviente ocupaba aquellos lugares que parecían desiertos y abandonados.

Cuando estuvimos de nuevo con nuestros compañeros, después de haberles referido lo que habíamos visto, se resolvió efectuar una inspección completa de esa extraña y misteriosa construcción que, había que reconocerlo, era obra de una civilización bastante avanzada.

Esta fue la tarea que decidimos iniciar, antes de proceder a ocuparnos del arreglo y disposición de nuestra base, y, durante las cuarenta y ocho horas siguientes todos los ángulos y recovecos de aquella madriguera fueron metódicamente investigados.

Pudimos descubrir, en la ocasión, cámaras en las que se habían almacenado materiales diversos, así como aparatos desconocidos, mientras que otras piezas estaban vacías o en desorden curioso.

Lo que más llamó nuestra atención, fue el descubrir una vasta pieza mayor que las demás, que debió servir probablemente como refectorio, puesto que en el centro había una larga mesa rodeada de sillas.

También podía verse allí, platos, vasos y cubiertos, así como las sobras de una comida que no se había llegado a terminar.

—Es curioso —dije yo—, todo nos lleva a suponer que los que nos precedieron han tenido que evacuar estos lugares con gran precipitación. ¿No están ustedes de acuerdo?

—Es lo que parece, efectivamente —respondió Delamare—. Np sabemos mucho de esos seres, pero lo que sí podernos afirmar es que tenían que ser poco más o menos como nosotros.

—De todas maneras tenían que ser más pequeños.

—¿Qué te hace decir tal cosa?

—Muchos detalles, Robert, y en particular la altura de las sillas y de la mesa.

—Sí, creo que tienes razón... pero esto no nos dice... ¡Ah!, si al menos pudiéramos comunicar con la Tierra.

—Esto no cambiaría nada —intervino Collini—. Mejor sería que pudiéramos ponemos en contacto con Marte o con Venus.

—¡Marcianos o venusianos! —exclamó Kustov—. Kazantev no se había equivocado cuando afirmaba...

—Schiaparelli tampoco —cortó Collini.

—Ni Orson Welles —soltó a su vez Wilford, con algo de ironía que

posiblemente yo fui el único en apreciar, toda vez que el ruso y el italiano no me pareció que les gustara demasiado la broma de nuestro compañero americano.

—Poco importa —replicó Kustov con un tono fosco—; tendremos tiempo sobrado de pro-fundizar este misterio cuando volveremos a la Tierra. Tenemos una misión a cumplir y unas órdenes a ejecutar, no debamos olvidarlo.

—¿Por qué no nos servimos de esta base? —hizo notar Collini, siempre práctico.

—Señor Collini, hemos de atenernos a los reglamentos y a las consignas recibidas. Me «pongo formalmente a que nadie toque nada del interior de este refugio. La más pequeña imprudencia de cada uno puede significar graves consecuencias para los demás. No sabemos nada de esa civilización y nos exponemos, sin querer, a provocar accidentes que es preferible evitar.

—El profesor Kustov tiene razón —respondí—. De cualquier manera no podemos hacer nada más por el momento.

Abandonamos los lugares investigados y regresamos a nuestro cohete.

Mientras nos quitábamos las escafandras en la cámara de descompresión, pude oír a Kustov preguntando a Wilford:

—¿Quién es Orson Welles?

IV

Durante los días siguientes, todo el mundo se dedicó al arreglo de la pequeña base, que bien pronto estuvo a punto para recibir al grupo que debía ocuparla.

Mientras descansábamos, donde quiera que estuviéramos reunidos, llegábamos a formular toda clase de suposiciones referentes al origen de aquellos seres que habían ocupado Adonis, y cada uno de nosotros se preguntaba si, al fin y al cabo, no iban a presentarse de nuevo algún día.

Si esto llegase a ocurrir, ¿qué haríamos? ¿Y cuáles serían sus objetivos?

Nada, evidentemente, podía facilitarnos la menor explicación de las razones que habían impulsado a esos seres extraterrestres para Venir a instalar una base en ese planetoide.

Y además, a medida que pasaban los días, acabamos por olvidar tales cuestiones, hasta el punto que nadie más habló de ello, tanto más que el pequeño observatorio empezó a funcionar, permitiéndonos obtener los primeros datos.

Las semanas fueron transcurriendo, mientras nuestras funciones siempre en el vacío en dirección al astro que, poco a poco, se agrandaba a ojos vista, al punto de que nuestras salidas fuera de la base fueron cada vez más raras, toda vez que la calor era cada día más intolerable al exterior. No podíamos arriesgarnos a permanecer más de una hora a la intemperie, ni con la protección de nuestras escafandras, sin arriesgarnos a quedar completamente asados.

Claro que aún sería peor cuando nos halláramos a la altura de la órbita de Mercurio.

Podíamos ver ese pequeño globo muy claramente en las imágenes telescópicas de nuestro ecuatorial, pero Venus continuaba escondido detrás del Sol y, cuando cruzamos su órbita celebramos el acontecimiento con una pequeña fiesta improvisada.

Esto ocurría justamente unos pocos días antes del drama.

Nos hallábamos reunidos todos en el refectorio, jugando a cartas o charlando de nuestras cosas, cuando Murdock, que estaba desde hacía una hora en su puesto de observación, penetró en tromba dentro del recinto.

—Y bien, Sydney, ¿qué ocurre ahora? —le preguntó Craig levantándose.

Acabo de percibir una serie de relámpagos luminosos en la

superficie de Mercurio.

Arrugó las cejas, movió la cabeza y prosiguió:

—Exactamente igual que cuando se produce una explosión de partida de un cohete.

Kustov se había acercado, con el entrecejo fruncido:

—¿Qué le permite mostrarse tan categórico, profesor?

Un ominoso silencio se produjo en el refectorio, y nuestras miradas estaban fijas sobre nuestro compañero inglés que esbozó una ligera mueca dirigida a Kustov:

—Nada, desde luego. Pero la película está revelándose, vengan a verla.

Fuimos todos hacia el laboratorio, fuertemente impresionados por las palabras de Murdock y éste nos tendió en seguida las fotos y los diagramas espectroscópicos sincronizados.

Kustov los examinó un instante, luego sacudió la cabeza y gruñó:

—Esto se parece muy simplemente a las triviales erupciones de materia incandescente... Es un fenómeno corriente en la superficie de Mercurio. Toda una cara está en fusión y estos chorros brillantes confirman claramente las hipótesis admitidas. Me temo que nos habéis hecho distraer por nada, profesor Murdock.

Los demás compañeros se aproximaron a su vez, lanzaron algunas miradas sobre los documentos y aprobaron más o menos las palabras de Kustov, de tal modo que Murdock misma tuvo que acabar por alinearse a la opinión de los demás y reconoció su error.

Nadie se dignó pedir mi opinión, y me guardé bien de manifestar la menor opinión. ¿Por otra parte, qué habría podido decir?

Este pequeño incidente fue bien pronto olvidado y nuestra monótona vida prosiguió su curso normal durante dos días, hasta que Petrovich tuvo la ocurrencia de trasladarse al cohete para ir en busca de algunas piezas de recambio para el mecanismo de regeneración que no funcionaba debidamente desde hacía unas cuantas horas.

Aguardamos su regreso con cierta impaciencia y cuando Craig iba a utilizar el transmisor para hacer una llamada radiofónica, la voz del ruso se dejó oír en los receptores de enlace:

—*¡Atención... atención...! llamando a la base..., ¿me oyen ustedes?*

—Craig a la escucha.

La voz de Petrovich era muy débil, casi angustiada:

—*Es absolutamente preciso que vengan ustedes hacia aquí... acabo de descubrir... los restos de los que nos precedieron...*

—¿Dónde está usted?

Kustov se había precipitado hacia el emisor:

—Vladimir, responda... ¿Qué ocurre? ¿Dónde está usted?

—*...una nueva sala que acabo de descubrir... oh... no puedo más... se lo ruego... vengan pronto... no tendré nunca la fuerza de... volver a subir...*

Nos habíamos precipitado todos alrededor de Kustov y de Craig, completamente aturdidos, mientras la voz de Petrovich proseguía, casi ininteligible:

—*A doscientos metros... a la derecha del cohete... he dejado... mi pico como referencia... si esperan ustedes demasiado... será demasiado tarde... de prisa... no puedo más... ya les explicaré...*

—¡Maldita sea! —rugió Kustov, fuera de sí—, os había prohibido... Bueno, bueno, no se inquiete más, vamos inmediatamente hacia allá.

Cortó la comunicación y lanzó:

—Creo que no tenemos un minuto que perder. Corramos.

Cuando me iba, a mi vez, hacia la cámara de descompresión, Kustov me dijo:

—No, usted no. Es mejor que se quede aquí para vigilar el regenerador. Harrisson le ayudará.

Unos instantes después, nuestros cinco compañeros, pertrechados con toda rapidez, se alejaban de la base en dirección al cohete.

No debíamos volverlos a ver jamás.

Harrison y yo estuvimos aguardando su regreso durante cerca de diez horas. Todas nuestras llamadas radiofónicas quedaron sin respuesta.

Una duda espantosa se apoderó de nosotros y resolví, de una vez, ir también en busca de noticias.

Harrison me detuvo.

—Va usted a cometer una locura... Quédese.

—Pero, John, no podemos continuar indefinidamente en esta situación.

—De acuerdo. En este caso, si se trata de hacer una locura, vamos a jugarnos la suerte a cara o cruz, ¿quiere? Cruz para usted, cara para mí.

La moneda salió de sus manos hacia lo alto y luego cayó.

¡Cara!

Él tampoco regresó jamás.

«—¿Quién eres?

—Jean-Pierre Verneuil.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Cuatrocientos cuarenta y dos días.»

Mi día cuatrocientos cuarenta y dos sobre Adonis empezaba. Por

qué milagro me hallaba aún con vida, no intentaba tan sólo averiguarlo, y durante muchas horas permanecía ante el ventanillo, contemplando la cúpula de nuestra base completamente desierta, y que tuve que evacuar al día siguiente de este drama inexplicable que había costado la vida a todos mis compañeros.

No tenía medio alguno de reparar el regenerador de oxígeno. El único que habría podido hacerlo era Harrison, u otro de la tripulación quizá. No lo sé. Pero yo no sabía cómo... Es una de las cosas que olvidaron enseñarme.

Además, estaba viendo el pico de Harrison, «lavado entre las rocas, en el mismo límite de loa objetos visibles, cerca de una pequeña abertura practicada.

Era una boca pequeña, ávida, que había tragado a mis camaradas, los unos después de los otros, y que me estaba mirando, quizás esperando pacientemente que me decidiera a mi vez.

Aguardaba desde hacía ciento setenta y ocho días con su misma monstruosa impasibilidad.

Sí, era precisamente en ese lugar donde hallé los restos horrorosamente mutilados de Harrison. Era horrible. ¿Qué drama tan espantoso se había desarrollado detrás de esa boca abierta que continuaba burlándose de mí en mi soledad? Yo no había tenido el valor de penetrar en su interior cuando fui hacia el cuerpo destrozado de mi pobre compañero, el cual yacía al lado de una caja cúbica que recogí sin darme cuenta. Me pareció ligera, muy ligera, y hasta más tarde, cuando ya había regresado al cohete, no pude examinarla detenidamente.

¿De dónde provenía? ¿Por qué razón la tenía Harrison con él? ¿Qué quería hacer con ella? Todas estas cuestiones quedaban, evidentemente, sin respuesta posible, mientras no consiguiera maniobrar en debida forma el mecanismo de apertura de tan extraño cofre.

En una de sus caras, presentaba diez botones colocados en dos líneas iguales, y pudo observar que cada botón llevaba veinticuatro signos diferentes grabados en el metal.

Intenté hacer girar los botones un poco a la suerte, pero comprendí en seguida que para conseguir formar todos los símbolos-clave posibles no me quedaba más que una posibilidad entre centenares de millar de las diferentes que podían presentarse. Sólo por una casualidad podía conseguirlo. *Y esta casualidad no se produjo jamás.*

Había resuelto, en consecuencia, desembarazarme de aquella caja después de haber intentado forzar y destrozar el mecanismo

inútilmente, toda vez que los hechos dan a suponer que el metal de que estaba fabricada era de una resistencia a toda prueba.

Por lo demás, ¿qué importancia podía tener actualmente?

La única cosa que me obsesionaba era el cuerpo mutilado y retorcido de Harrison...

Me alejé del ventanillo, procurando apartar de mí esos horribles pensamientos. La garganta me oprimía y no podía respirar con facilidad. Era preciso que como cada vez que me despertaba procediera a renovar el oxígeno que empezaba a faltar. Apoyaba el dedo sobre un pulsador y un poco de gas salía silbando por un orificio. Cada día esperaba que ese ruido que se había convertido en algo familiar, dejara de oírse.

Ese día sería el final, la lenta agonía en el interior de la cárcel de acero. Y, sin embargo, estaba escrito que debía llegar hasta el final.

Adonis, después de haber cortado una y otra vez, a la ida y a su regreso, la órbita de Mercurio, se alejaba ahora del astro incandescente cuya gigantesca bola de fuego presidía siempre aquel cielo infernal, como un enorme escudo en una fundición.

Regresé a mi mesa de trabajo, secándome el sudor que manaba de mi frente, y recomencé una vez más mis cálculos, de acuerdo con las notas de mis compañeros que había podido recuperar antes de abandonar la base.

No había tiempo que perder y estaba resueltamente decidido a intentar la única posibilidad que me quedaba.

Dentro de una semana apenas, el planetoide pasaría a proximidad de Venus, y mis cálculos daban la distancia exacta de un millón cuatrocientos cincuenta mil kilómetros.

Sabía muy bien que me obligaba a una tarea superior a mis fuerzas, pero me daba lo mismo. De cualquier manera estaba condenado.

Por esto me había puesto a estudiar sistemáticamente todas las piezas constituyentes de la maquinaria del cohete. No había descuidado nada. Durante dieciocho horas por día, había verificado todos los manuales de a bordo, compulsado todos los datos, familiarizándome con los manuales de a bordo, compulsando todos los datos, familiarizándome con los cuadrantes, botones y manecillas del puesto de piloto, repitiendo muchas veces todos los gestos que debería realizar cuando llegara la ocasión.

Todo estaba grabado en mi memoria, y me sentía asombrado de la precisión con la cual llegaba a comprender el funcionamiento de ciertos aparatos de los que jamás me había preocupado desde que

trabajaba en la astronáutica. Es cierto que la pequeña máquina calculadora de criotón me ayudaba considerablemente para la comprobación de determinados cálculos que excedían un tanto mi comprensión y, en resumen, consideraba que mis probabilidades de éxito eran de cuatro sobre diez.

Un cuarenta por ciento de probabilidades de alcanzar Venus sano y salvo. Puesto que era en efecto sobre este planeta, y la cosa se comprende, que había decidido abordar con los únicos medios de que disponía.

Admitiendo que me salga con la mía y que llegue sin novedad hasta allí, ignoraba totalmente lo que me esperaba en aquel mundo desconocido, y en esto, me había abstenido de valorar mis posibilidades de supervivencia, puesto que me habría preocupado anticipadamente, quizá por nada.

No obstante, lo que había dado empuje a esta idea, eran los datos obtenidos por mis camaradas, que tendían a fijar como cosa irrefutable la existencia en Venus de una atmósfera análoga a la de la Tierra. De conclusión en conclusión, habíamos llegado a admitir, que desde el momento que tenía aire respirable, no había ninguna razón para que la vida, tal como no era conocida, no pudiera verse favorecida por mejores condiciones.

¡Oh, claro! Todo esto era del dominio del porvenir incierto, y no dependía más que de ese miserable cuarenta por ciento de posibilidades.

Cuatro sobre diez. Ni una más, ni una menos.

V

Sentí en mi cabeza como un remolino sin fin, en medio de un inmenso vacío, donde no había ni ruido, ni color, ni olor.

Líneas y trazos bailaban una loca zarabanda, se agrupaban en rombos o en cuadrados, para formar figuras geométricas más o menos dalas... Luego, súbitamente, todo se animó en un movimiento giratorio regular, como una de esas ruedas gigantescas de los fuegos artificiales, llenas de luz.

Cifras... signos extraños, danzaban y se perseguían a lo largo de los bordes exteriores, mientras una bolita saltaba del uno al otro con exasperante lentitud y maquiavélica precisión.

Mi destino se decidía en esta ronda infernal que parecía que no iba a terminar jamás... Y siempre la misma bola... las cifras... y poco a poco siluetas movedizas que se inclinaban, observaban, esperaban, mezclándose, esfumándose, para incorporarse, en fin, al arbitrio de las cifras y de los signos.

Tuve la impresión de, haberme lanzado de cabeza en ese torbellino incesante, en medio de un mundo de pensamientos, demasiado confusos aún y demasiado diluidos para ser percibidos correctamente.

Un violento empujón... una bolita que huía en el vacío... un agitado latir de corazón... ruidos... lámparas verdes, rojas... un prolongado silbido... luego una enorme masa que ascendía, ascendía... con una espantosa rapidez... y luego unos golpes sordos en el pecho... la angustia... si miedo... el terrible miedo... el último latido del corazón... ensordecedor esta vez, y el vacío... el silencio... la nada...

Y hete aquí que las siluetas reaparecen entre las cifras de la rueda. Cuatro siluetas finas, temblorosas, y que se precisan a medida que el fondo se desvanece en unas brumas incoloras.

Pronto no quedaron más que esas cuatro formas inmóviles y atentas, erguidas ante mí, en una actitud curiosa.

Ahora me daba cuenta de que vivía y de que mis ojos estaban abiertos asombradamente.

No me daba cuenta más que de una manera imperfecta, de la escena que se desarrollaba ante mis ojos, y continuaba incapaz de efectuar el menor gesto durante largos minutos, indeciso entre el sueño y la realidad.

Pero el sueño se había desvanecido y todo lo que estaba viendo era bien real.

Me daba cuenta de que estaba tendido sobre una blanda colchoneta, en el mismo centro de una pieza semicircular.

Cuatro personajes me miraban fijamente y con calma, con sus ojillos vivos en los que podía leerse la inquietud y el interés.

De talla algo inferior a la media, aparentaban un gran vigor y eran bien proporcionados dentro de sus monos de escamas perfectamente ajustados.

No sabía qué edad podían tener, puesto que sus caras tenían una expresión difícil de definir que en principio era chocante, algo «como lo diría» de raro y anormal que no se veía pero que sobresaltaba el espíritu de cualquier hombre.

En mi cabeza se planteaban agolpándose a la vez, todo un enjambre de cuestiones, pero ninguna se formuló por mis labios. No podía. Era imposible.

¿Y ellos, qué esperaban? ¿Qué querían?

—¿Dónde estamos?

Estas palabras salieron bruscamente de mi garganta contraída, liberando de una sola vez una reacción natural de mi subconsciente.

No me di cuenta inmediatamente de la inutilidad de esta reacción mía, al pensar que aquellos seres no entenderían nada de lo que les dijera.

Pero estaba equivocado.

Uno de ellos adelantó lentamente hacia mí la cabeza y respondió:

—Vuestros semejantes han bautizado este planeta… Venus.

Se había expresado correctamente con una vocecilla aguda. Otro se acercó y preguntó:

—¿Se encuentra mejor?

Moví imperceptiblemente la cabeza, mientras el tercero decía:

—Estábamos inquietos por usted desde hace unos días.

—Ha tenido suerte de que nosotros estuviéramos aquí.

Me incorporé, apoyándome sobre un codo, intentando comprender y probando recordar, pero todo estaba confuso y no conseguía conciliar las cosas en un debido orden cronológico.

Recordaba mi partida de Adonis, mi viaje en vacío, mi puesta en órbita alrededor de Venus, el frenado progresivo y los momentos que habían precedido a mi toma de contacto con el suelo de Venus. Pero aquí terminaba todo… Y, por tanto, algo debió de suceder. ¿Pero, qué?

Quise doblar mis piernas, pero este gesto me arrancó un grito de dolor, y me di cuenta entonces de que un enorme vendaje rodeaba mi rodilla izquierda.

—No es nada grave —dijo una voz—, pero sería preferible que

tuviera usted paciencia durante un día o dos, todavía, antes de abandonar esta cama.

—-Curiosa manera de designar una simple colchoneta, pero mi extrañeza estaba muy lejos de limitarse a una expresión de tal naturaleza, sobre todo en la incomprensible situación en que me hallaba después de haberme despertado, y mis nuevos amigos venusinos no parecían muy dispuestos a aclararme mis dudas.

Opté por la paciencia y la diplomacia.

—¿Cómo es posible que hablen mi idioma en Venus?

—Nosotros no somos venusinos.

Estuve a punto de lanzar un grito de alegría y me arriesgué:

—¡Caramba! Pues pueden ustedes estar satisfechos. Me han causado un extraño escalofrío.

De prisa, por favor, cuéntenme lo que pasó. ¿Quiénes son ustedes, y desde cuándo se marcharon de la Tierra? Por mi parte no tengo pocas cosas a contarles, y pueden creerme que no será nada divertido. Me llamo Jean-Pierre Verneuil, era mecánico de la misión que la Tierra mandó a Adonis, ¿pero sin duda ya lo saben ustedes?

Uno de los personajes me miró durante unos instantes, luego se inclinó extrañamente y empezó a designar, uno por uno, sus tres compañeros:

—Estos son los profesores Zorik, Moniok y Jikor. Yo me llamo Lork. Procedemos del sistema de Júpiter.

Sentí como palidecía de golpe:

—¿Qué dice usted?

—Del cuarta satélite que gravita alrededor de Júpiter, al que ustedes llaman Ganímedes. Sí, de allí venimos nosotros...

—Pero, entonces, ¿cómo es posible...?

—Vuestra extrañeza es natural, querido señor, pero esté usted bien seguro que no puede compararse con la nuestra, y comprenderá sin dificultad la prisa que experimentábamos por su total restablecimiento. Cuando su aparato se puso en órbita alrededor de Venus lo hemos podido observar inmediatamente por medio de nuestras pantallas radaroscópicas. No esperábamos esta venida, y nuestra sorpresa ha sido inmensa al darnos cuenta de que no se trataba de ningún aparato de nuestro sistema. Hemos registrado su accidente en la superficie del Continente Azul, como lo llamaban anteriormente los habitantes del país, y nos hemos dirigido inmediatamente hacia el lugar, donde hemos hallado los restos de vuestro cohete. Estaba usted en el suelo, muy grave y sin conocimiento, en un estado casi desesperado. Unas horas más y nos

habría sido imposible conseguir que revivierais. Le hemos recogido y lo hemos traído aquí.

—Muchas gracias… pero… ¿dónde estamos?

—En el interior de nuestra astronave. No tiene usted nada que temer.

—¿Y hablan ustedes francés?

—Desde ayer solamente —respondió Jikor.

—¿Cómo desde ayer? Así de golpe…

—No tiene nada de misterioso. En su delirio pronunciaba usted palabras y frases que para nosotros no tenían ningún sentido, pero las hemos registrado y sometido a nuestro traductor lingüístico que, partiendo de las radicales y las expresiones básicas, nos ha compuesto el vocabulario empleado por ustedes. Es un procedimiento muy antiguo que empleamos desde hace mucho tiempo para poder comprender los diferentes dialectos que se hablan todavía en nuestro sistema?

—Sí —asentí, para acabar con todas estas explicaciones—, pero ¿qué estaban haciendo ustedes en Venus?

Zorik, Moniok y Jikor permanecieron impasibles ante mi pregunta, y otra vez fue Lork el encargado de responder a ella con un ligero encogerse de hombros:

—Serían precisas muchas explicaciones, y me temo que no estaría usted en condiciones de comprenderlas. Mañana se encontrará usted mucho mejor, y entonces podremos hablar de todo esto.

Al observar mi actitud insistente, me cortó la palabra y añadió:

—Necesita usted descansar. Y por otra parte, no tenemos ninguna prisa. Ande, descanse usted, es absolutamente necesario.

Tenía razón, puesto que me sentí invadido casi inmediatamente por un agradable sopor, sin duda producido por algún anestésico administrado anteriormente y caí bruscamente en un profundo sueño.

VI

Cuando me desperté nuevamente, me hallaba solo en la cabina.

La soledad no me inquietaba en absoluto —¿no había tenido que soportarla durante ciento setenta y ocho días?—, pero me parecía súbitamente anormal la ausencia de mis nuevos amigos cuyo comportamiento me inquietaba en gran manera.

Me di cuenta de que mí pierna había sido aligerada del vendaje que la envolvía y que podía mover mi rodilla de manera normal. La herida estaba cerrada y una suave coloración rosada maculaba mi piel entre el muslo y la pantorrilla, indicando una completa cicatrización de la herida.

Me sentía seguro, en perfectas condiciones físicas, y no dudé en dirigirme hacia la puerta entreabierta.

Lo primero que me llamó la atención fue el calor húmedo y pesado que reinaba en el exterior y mi mirada abarcó una vasta llanura en la que crecían toda clase de vegetales.

Pude distinguir largos tallos que se balanceaban al compás del viento, y, que soportaban unas hojas anchas y gruesas, dentadas como una sierra y formando en la parte alta como una especie de red en abanico.

Después de esta primera mirada, salí fuera y llamé, escuchando con atención. No pude oír respuesta alguna.

Continúe mi recorrido, franqueando las primeras aglomeraciones vegetales, hundiéndome en una selva donde podía percibirse una semiclaridad de ardiente púrpura, cargada de luz solar, y que constituía una decoración íntima.

Proseguí mi camino, para venir a salir en seguida a la cima de un acantilado que dominaba una vasta región, árida, seca, y en la cual se ofrecía a mis ojos un espectáculo insólito.

En efecto, pude ver ante mí un pueblo, una especie de aglomeración constituida por muchas chotis y cabañas cuidadosamente alineadas y limitadas por una zona de vegetación.

Un silencio general reinaba en este extraño lugar, en el cual no conseguía ver la más pequeña señal de un alma viviente. Pero quería estar convencido de ello y descendí lentamente por el acantilado hasta llegar a las primeras casas.

Entonces pude darme cuenta de las osamentas que llenaban las calles y los callejones desiertos. Abrí algunas puertas, al azar, y en todas partes descubrí el mismo triste espectáculo ofreciéndose a mis

ojos.

Me apresuré a rehacer el camino cuando Jikor apareció ante mí. Se acercaba moviendo la cabeza tristemente.

—Lamentable, ¿no es cierto? Y por todas partes lo mismo. Nada queda de esta miserable civilización.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

—¿Cómo pudo ocurrir?

—No lo sabremos jamás, y es lo que nos desconsuela. Ha tenido que ocurrir de una manera brutal. No obstante, anteriormente, todo parecía normal en este planeta, la gente vivía feliz y confiada. Hace mucho que los conocemos.

—¿Estaban en relación con los venusianos?

—Sí; teníamos tratados comerciales que unían a nuestros pueblos. Eran muy buena gente, sencillos y acogedores. No se parecían en nada a los terráqueos. No se confunda, sobre todo, con el sentido de mis palabras, por favor. La civilización venusiana no tenía nada de común con la de la Tierra. Era una humanidad sin artificiosidad, viviendo en la más estricta sencillez, manteniéndose refractaria a cualquier clase de progreso mecánico. Vivían en perfecto acuerdo y se conformaban perfectamente con esa existencia.

Tomamos el camino del acantilado y me di cuenta de que el profesor Jikor tenía que hacer penosos esfuerzos para regular su paso con el mío, mientras que yo me sentía más despejado que en mi mundo de procedencia.

Todo esto, más tarde lo comprendí, era motivado por la gravedad de Venus que, si bien era más débil que la de la Tierra, era, por el contrario, mucho más considerable que la de Ganímedes, cuya densidad media era de 3,50 aproximadamente, mientras que para la Tierra es de 5,52.

Esta era la razón principal por la que los zorcanianos no habían entablado relaciones con nosotros (empleo el término *zorcaniano*, puesto que el satélite que nosotros hemos bautizado Ganímedes llevaba en realidad el nombre de Zorca). Es posible que hubiera otras razones además, pero no tuve la curiosidad de preguntárselo a Jikor, que me pareció el menos comunicativo de todos.

No se mostraba sorprendido en absoluto de haberme hallado merodeando en medio de aquel poblado abandonado y pareció mostrarse satisfecho de mis perfectas condiciones físicas; más tarde me confesó que tanto él como sus compañeros iban a menudo al pueblo para buscar determinados útiles y productos que les eran

indispensables y que faltaban en sus reservas.

Me pusieron en antecedentes de la avería que se había producido en la astronave poco después de su llegada a Venus, y comprendí que no nos quedaba la más pequeña esperanza de poder abandonar el suelo de Venus.

Tenía que participar, evidentemente, de la suerte de mis nuevos compañeros hasta el fin de mis días, pues no debíamos hacernos ilusiones sobre ninguna posible ayuda.

Me contaron que el viaje emprendido había tenido por objetivo inicial él planeta Marte, y es por su iniciativa que los cuatro profesores habían resuelto, a seguido, llegarse hasta Venus. Si alguien iniciaba la búsqueda, desde luego que no se dirigiría a este planeta, y, una vez más, tuve que aceptar la fatalidad de mi destino.

Sentía curiosidad, de todas maneras, de saber cuáles pudieron ser las razones que estos seres tuvieron para efectuar su viaje a Venus y es de suponer que a ellos les sucedía lo mismo con respecto a mí, ya que no perdieron mucho tiempo en hacérmelo saber.

Se lo conté, sin omitir nada, y a medida que les hablaba, pude observar que sus caras se os-curecían. Me escucharon sin interrumpirme ni una sola vez. con un interés sostenido, moviendo la cabeza de vez en cuando, y al fin fue Moniok el que rompió el silencio que se había mantenido:

—¡Qué curiosa coincidencia! Nuestros dos planetas parecen ligados a la misma suerte.

—¿Quiere decir que el sistema de Júpiter experimentaría igualmente los efectos de este in-comprensible recalentamiento solar?

Fue Lork quien se encargó de la respuesta.

—No es precisamente eso, ya que nos hallarnos demasiado alejados del astro central para sentir tales efectos, No, por lo que nos atañe, el mal proviene de Júpiter, y este gigantesco planeta, todavía en estado de fusión representa para nosotros nuestro verdadero sol, ya que nos da la luz y el calor.

—Esto es algo sorprendente para mí —contesté—. Nuestros astrofísicos han pretendido siempre que Júpiter era un globo frío y estéril, compuesto de amoníaco y metano, con una atmósfera mefítica conteniendo gases desconocidos en la Tierra.

Jikor movió la cabeza imperceptiblemente:

—Vuestras observaciones son falsas, toda vez que se limitan a las temperaturas «exteriores», que en suma son las únicas temperaturas planetarias susceptibles de medición. La superficie de Júpiter es un océano de fuego, hirviente, caracterizado por las mismas condiciones

en las que se hallaba la Tierra hace miles de millones de años, así como los demás planetas interiores. Esto se explica por el hecho de que Júpiter, aunque más viejo, tiene un volumen 1.295 veces superior al de la Tierra, y su enorme masa ha retardado considerablemente su enfriamiento general. Pero no vaya usted a suponer que este planeta en fusión tiene un poder calórico similar al del Sol. Le falta mucho para ello, ya que entre los doce satélites que lo rodean y que constituyen el sistema jupiteriano, sólo los cinco primeros disfrutan de condiciones normales; los demás no son otra cosa que unos globos helados, en los cuales reinan formas de vida muy elementales.

—¿Sólo hay cinco satélites habitados?

—No. Unicamente dos: Zorca y Comor, que son los que vosotros llamáis Ganímedes y Calixto.

—¿Y los otros tres?

El profesor Lork emitió un débil suspiro antes de responder:

—Son satélites pertenecientes al imperio comoriano. Desde hace mucho tiempo son explotados por los de esa raza sin piedad. Pero déjeme continuar. Como le acabo de decir, Júpiter desempeñando en nuestro sistema el papel del Sol, nuestro satélite al disfrutar de una situación de privilegio nos había ofrecido siempre unas condiciones de vida normales, aunque en su movimiento de traslación, presenta siempre la misma cara a Júpiter, lo mismo que hacen Mercurio en relación con el Sol y vuestra Luna con la Tierra. Nuestra civilización repartida entre los dos hemisferios se arreglaba muy bien con tal estado de cosas, tanto más que nuestros progresos en materia científica nos habían permitido hallar un medio muy original para crear a voluntad el día artificial sobre la parte oscura. Habíamos lanzado a unos 1.500 kilómetros de la superficie una especie de anillo formado de partículas microscópicas con el poder de comportarse como si de un vasto espejo cósmico se tratara, es decir, que reflejaba de un 20 a un 30 por ciento de la energía captada, lo que representa un equivalente luminoso de 200 a 300 lux .

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Es verdad que hacía bastante tiempo que habíamos observado que la radiación de Júpiter se debilitaba progresivamente, y sabíamos, en consecuencia, que en un futuro, afortunadamente bastante lejano aún, nuestro sistema acabaría por verse privado de esta fuente de calor y de luz indispensable para las condiciones de vida. Así nuestros trabajos proseguían sin descanso, a fin de conseguir un día los medios artificiales capaces de sustituir a los de una Naturaleza decadente y convertida en hostil. De esto hace poco más o menos unos quince años

de los vuestros, sucedió entonces un fenómeno que echó abajo todas nuestras teorías y que desencadenó el más espantoso cataclismo que se pueda concebir. Sin que nadie pueda explicarse la razón, la masa de Júpiter se calentó de tal manera, como bajo el efecto de un incomprensible cataclismo interno, aumentando rápidamente su potencial energético hasta el punto de que en el tiempo de cinco o seis revoluciones, o sea entre treinta y cinco a cuarenta y dos días terrestres, nuestro hemisferio iluminado fue literalmente destruido. El brutal aumento de calor había transformado la mitad de nuestro mundo en un verdadero infierno, destruyendo nuestras cosechas, y borrando casi todas las trazas de vida. Millones de seres perecieron por no haber tenido tiempo de evacuar la zona iluminada. Desaparecieron ciudades enteras, enterradas por lavas incandescentes vomi-tadas por viejos volcanes bruscamente despertados, o anegadas por gigantescas trombas marinas, o por terremotos espantosos. Actualmente, nuestro pueblo intenta la supervivencia en la otra cara, la única que haya sido respetada por este flagelo.

Hizo un gesto vago y me preguntó:

—Debe comprender ahora, nuestra extrañeza cuando nos dijo que la Tierra estaba soportando en la actualidad algo parecido.

—Es cierto, estoy de acuerdo, que hay un cierto paralelismo entre nuestros dos mundos, profesor, pero debemos reconocer que las causas no son las mismas.

—Es evidente. Pero todo esto parece demasiado raro, ¿no es así?

—Estoy de acuerdo con usted. Pero, ¿cómo podemos explicar que el Sol y Júpiter puedan acusar simultáneamente el mismo aumento de actividad y temperatura?

Nadie me contestó a esto y, al cabo de algunos segundos, Moniok preguntó súbitamente:

—¿Quiere probar a describirnos la instalación que ha descubierto usted en el planetoide Adonis?

Lo hice de buena gana, intentando recordar los menores detalles, describiendo con minuciosidad y precisión lo poco que había visto, refiriendo fielmente todo lo que mis desgraciados compañeros habían observado o intentado comprender. Y añadí espontáneamente:

—Imaginamos que se trataba de marcianos o venusinos pero, después de lo que he visto» los venusinos hay que descartarlos.

—Y a los marcianos también —dijo Jikor—, pues hace ya mucho tiempo que dejaron de existir.

—Teniendo esto en cuenta, ¿qué conclusiones podemos aceptar como buenas?

—Que se trata simplemente de una base comoriana. Y los detalles que acabáis de comunicarnos tienden a demostrarlo.

Dirigiéndose ahora a sus compañeros que asintieron con la cabeza, añadió:

—No es imposible hayan intentado estudiar el comportamiento del Sol asimilando sus obser-vaciones con las efectuadas sobre Júpiter. Adonis tiene su afelio en la vecindad de nuestro sistema.

—¿En Comor han experimentado los mismos efectos que en Zorca?

—Desde luego que no, ya que Comor gravita en una órbita más alejada de Júpiter, unos ocho-cientos mil kilómetros aproximadamente. Pero como hemos roto las relaciones entre ambos mundos, no podemos asegurar nada.

El profesor Lork se levantó, vino a colocarse ante la puerta y colocó un cuaderno ante mis ojos.

—Los síntomas que habéis experimentado en la Tierra en la alteración coloidal de la sangre concuerdan exactamente con los nuestros. Esto explicaría la extinción total de la raza venusina, sometida a un bombardeo radiactivo más intenso, según que se acerque uno más o menos de la fuente de radiación. Ahora ya sabemos la suerte que nos espera.

Estas palabras produjeron un efecto glacial entre el pequeño grupo. Los tres profesores tomaron un aire muy grave, mientras que por mi humilde lado, tenía la sensación de que acababan de darme una ducha helada,

¿Por qué no decirlo todo? Tenía cada vez más la sensación de haber salido de Caribdis para caer en Escila.

El profesor Lork dirigió hacia mí su cara pequeña y huesuda, arqueó las cejas y prosiguió con aridez:

—De cualquier manera, estamos condenados. Y en tal caso poco importa el plazo. Para usted es posible que las cosas sean diferentes, pero la raza kerlosiana no está menos expuesta a la extinción total dentro de dos o tres generaciones.

—Explíquese usted, por favor.

—Lo comprenderá en seguida. En otros tiempos, Zorca era un satélite rico, próspero y feliz. Estos privilegios los debíamos a la abundancia de todas clases de minerales de los que nuestro suelo está rebosante y que podíamos negociar fácilmente con Comor, poco favorecido en este aspecto, como, desde luego, los demás satélites de Júpiter de los que no se puede extraer más que una especie de esquisto bituminoso, impropio para la industria. Por diversos procedimientos de síntesis, los comorianos habían conseguido obtener

de aquel esquisto diversos productos energéticos, pero, al carecer de metales, habían establecido con nuestro gobierno tratados comerciales que les aseguraban una considerable importación de materias primas. Por nuestra parte, la raza zorcaniana, muy antigua, estaba degenerando desde mucho tiempo atrás, a causa de la atrofia de determinadas glándulas, lo que llevaba aparejada una especie de diabetes, que rápidamente se convirtió en una tara hereditaria que fuimos incapaces de combatir. El único remedio para este mal era una planta productora de una fuerte cantidad de insulina, cuyos poderes terapéuticos nos permitieron triunfar de la enfermedad. Por desgracia esta planta no existía más que en Comor.

—¿No probaron ustedes de trasplantarla a Zorca?

—Ya lo hicimos, desde luego, pero el asunto terreno es primordial, y la operación fracasó, de manera que comprendimos que nuestra única posibilidad de salvación estaba en ese producto exclusivamente comoriano. Nuestros vecinos no lo Ignoraban, pero como tenían precisión de nuestros metales, todos estos intercambios se efectuaron normalmente, hasta que un día sus genios hallaron el medio de fabricar metales sintéticos mucho más resistentes que los que nosotros les podíamos ofrecer.

—¿Sus *genios*, ha dicho usted?

—Sí; así es como llamamos a los altos personajes designados por el Cuerpo Científico para hallar remedio y solución a todos los peligros que asaltan a la humanidad. Ellos son los que estudian, analizan, buscan y registran todas les nuevas ideas, destruyen los viejos métodos inventan toda clase de cosas para mejorar la suerte de sus semejantes.

Hizo un gesto indefinible y añadió con voz más sorda:

—Deben hallar la solución a todos los problemas, y no pueden dejar ninguna pregunta sin respuesta.

—Si lo he comprendido bien —dije súbitamente interesado—, Comor llegó a producir por sus propios medios todo cuanto le era necesario para subsistir, y se negó a vender sus famosas plantas medicinales.

—Esto fue lo que ocurrió.

—¿Qué piensan conseguir con esto?

—Exterminarnos hasta el último de nosotros, y ello en un porvenir no muy lejano, sin tener necesidad de llevar a cabo una guerra que sería de las más mortíferas, ya que Zorca y Comor poseen medios destructivos equivalentes. Actualmente no podemos declarar la guerra a los comorianos, a causa de la desgracia que acabamos de sufrir y que no hace más que precipitar nuestra perdición. Esto lo saben los

comorianos, y no esperan más que el momento en que podrán, por fin, constituirse en los únicos dueños del sistema. Es un pueblo cruel, solapado y desprovisto de piedad. Sin embargo, nuestro deber es intentar lo imposible para salvar a nuestros semejantes, y por esta razón mis compañeros y yo con ellos, resolvimos trasladamos a Marte en donde esperábamos, en razón de ciertos análisis efectuados en determinados terrenos, que podríamos recolectar esa planta milagrosa. Des-graciadamente nuestra siembre no llegó jamás a germinar, y entonces intentamos una última posibilidad en Venus, donde sabíamos que hallaríamos unos nativos acogedores que ya conocíamos desde antiguo. Es natural que no pudiéramos suponer...

—Desde luego. ¿Pero, han intentado hacer la experiencia en Venus?

El profesor Lork me llevó entonces hacia la puerta abierta enteramente y tendió su brazo hacia un pequeño cuadro de tierra removida recientemente; se distinguía en ella una débil vegetación en donde el verde contrastaba extrañamente con el color pardo del suelo.

—Esta vez ha dado, con penas y trabajos, resultado, pero por desgracia nadie podrá sacar ningún provecho de ello.

Un aire de infinita tristeza se dibujó en las facciones del profesor Lork, mientras sus compañeros guardaban silencio. Me di cuenta de todo cuanto podían sentir, pero era inútil apesadumbrarse por lo pasado y en seguida les pregunté:

—¿ Cuál era exactamente el cargo que desempeñaban ustedes en Zorca?

Esta pregunta pareció sorprender al más alto grado a los cuatro personajes que me miraron, un segundo, con una cierta curiosidad, luego, los cuatro a una, respondieron:

—Somos los cuatro genios de Zorca.

VII

Pasaron muchos días, los unos más monótonos que los otros, ya que la mayor parte del tiempo la pasaba entregado a mí mismo. En efecto los cuatro genios, ya que hay que llamarlos así, conversaron entre ellos muchas horas en su lengua nativa, y yo los veía discutir ásperamente, luego reflexionar trabajando sin cesar sobre las notas que tomaban presurosamente en unas hojas de papel.

Les notaba ansiosos de llegar a un resultado que no podía conocer en absoluto y, dado que no podían permanecer inactivos, ocupaban días enteros en estudios interminables que me eran totalmente desconocidos y en los que no pensaba, en absoluto interesarme.

A decir verdad, parecía que se preocupaban bien poco de la suerte que les esperaba a todos, y no por ello dejaban de continuar cuidando el pequeño jardín con un cuidado que a mí me parecía ridículo y desconcertante.

Como estaba enteramente dedicado a mis asuntos, salía muchas veces a pasear, y pude darme cuenta de que todas las formas de vida no se habían extinguido en Venus. Algunas especies raras de animales parecía que hubieran conseguido sobrevivir perfectamente a las radiaciones que habían terminado por dar cuenta de la especie humana.

Con el fin de matar el tiempo, y para alejar de mi espíritu todos los sombríos pensamientos que los asaltaban sin cesar, resolví mejorar la minuta, compuesta casi enteramente de píldoras y tabletas nutritivas, intentando lograr algún ejemplar de las raras especies de caza que continuaban pululando por el planeta.

Como era mañoso con mis manos y tenía el alma de artesano, había conseguido confeccionar algunas trampas, así como un arco, con tallos flexibles y algunas tiras elásticas encontradas entre los restos de nuestro cohete. Conseguida esto, salí a la caza y tuve la suerte de regresar con un volátil muy apetitoso.

Los cuatro genios me acogieron a mi regreso, y quedaron asombrados, pudiendo leer en sus ojos una cierta alegría. Desde luego que estaban extrañados de cómo había podido conseguir una proeza semejante, y me plantearon diversas cuestiones. Les expliqué los procedimientos infantiles y elementales que había empleado, y me hicieron objeto de sus cumplidos elogiosos por lo que ellos consideraban un hallazgo.

No pude comprender un entusiasmo parecido, por algo tan simple

y trivial como la confección de un arco y de algunas trampas rudimentarias.

De este modo fue como conseguimos comer cada día carne fresca y la minuta mejoró aún más el día en que descubrí unos huevos en un arroyuelo que circulaba cerca de nuestro campamento.

Me había apresurado a ir a buscar entre los restos del cohete todos los utensilios que podían tener alguna utilidad, y no había olvidado de traerme conmigo la cajita cúbica que deseaba conservar celosamente y en secreto. Esto llegó a obsesionarme cada vez más, y llegué incluso a preguntarme si no estaría cometiendo la peor de las locuras al intentar abrirla, y en el supuesto de que lo consiguiera.

Toda vez que dudaba, a pesar de todo, en confiar en los genios, preferí dejar la cuestión para más adelante.

Me instalé lo mejor que pude en una de las cabinas del cohete zorcaniano. Todo parecía estar perfectamente y pregunté a los genios cuál era la causa de la avería. Me explicaron inmediatamente que se trataba de una avería sufrida por la maquinaria, de la cual algunas piezas se estropearon al tomar contacto con el Suelo.

La reparación parecía imposible de realizarse, ya que sería necesario para ello obtener piezas nuevas y, lo que agravaba el asunto, el piloto- jefe que les había sido asignado para este viaje había resultado electrocutado al intentar localizar la avería. Sus restos habían sido inhumados no lejos de allí.

No pude evitar sonreírme ante el azoramiento visible de los zorcanianos y les dije:

—A mí me había parecido comprender que los genios tenían la misión de resolver todos los pro-blemas.

No pareció que les hiciera mucha gracia esta broma mía, ya que Lork respondió en seguida:

—¿Cómo quiere usted que nosotros fabricáramos las piezas que nos hacen falta? Los genios no están obligados a nacer con una varita mágica.

—No se enfaden ustedes, no era mi intención molestarles. Escúchenme. Soy mecánico y me gustaría dar una ojeada a la maquinaria.

—No vemos ningún inconveniente —suspiró Moniok—, pero tengo mis dudas de que llegue usted a comprender el funcionamiento de nuestros aparatos, puesto que, con toda seguridad, han sido concebidos según una técnica que no conocéis.

—Esto es evidente, pero tengo todo el tiempo necesario.

—De acuerdo, pero sea usted prudente; es peligroso.

Jikor me acompañó hasta la sala de máquinas y fue dándome a su debido momento las indica-ciones pertinentes, referidas a la utilidad y funcionamiento de las principales piezas que componían los complejos aparatos que íbamos viendo.

Le hice una pregunta concreta:

—Las reservas de combustible, ¿siguen intactas?

—Claro que sí. Pero los reguladores de las bombas térmicas no funcionan, e impiden que el propergol líquido penetre en los cilindros de combustión.

Inmediatamente me informó que el sistema anti-gravedad mantenía los carburantes en sus de-pósitos gracias a un procedimiento que no comprendí muy bien. Se trataba de un medio sin gravedad, lo cual facilitaba habitualmente la salida de la astronave cuyo peso estaba considerablemente aligerado.

Tuve la impresión de que la situación se complicaba cada vez más, cuando me enteré de que los detonadores sincronizados estaban totalmente fuera de uso. De este modo era totalmente imposible inflamar el carburante, aun en el caso de que se lograra reparar las conducciones obstruidas.

Volví, siempre en compañía de Jikor, al lado de los demás compañeros, siempre ocupados en cualquier problema esotérico del cual se disputaban la solución, y aproveché la oportunidad para alejarme del cohete para reflexionar seriamente, por mi lado, sobre asuntos bastante más serios.

Hasta el fin de la jornada no regresé a la astronave, hallando a los cuatro genios siempre en-frascados en sus cálculos, con el espíritu ausente de tal manera, que ni se dieron cuenta de mi presencia.

Terminé por acostumbrarme a su manera de hacer y me instalé deliberadamente cerca de ellos, al tiempo que les decía:

—¿Están decididos a arriesgar él todo por el todo para intentar abandonar este planeta?

Me miraron con un aire inquieto y conmiserativo:

—Hemos considerado ya diversas formas de suicidio; ¿es que tiene usted alguna de particular para ofrecernos?

—Es posible. Pero no teman; en el supuesto de que mi idea no dé resultado, todo irá magnífi-camente. Será tan rápido que nadie tendrá tiempo de padecer. Me parece que esto bien vale la pena.

No acusaron la ironía de mis palabras y se contentaron con observarme atentamente, esperando que me remitiera a hechos concretos. Lo que hice sin entretenerme:

—Primer punto. El carburante no llega hasta las conducciones. Transportemos una cierta can-tidad hasta las cámaras de combustión, busquemos la manera de darle ignición de forma que se logre el funcionamiento de las turbinas, lo bastante para conseguir llevar el aparato hasta las capas elevadas.

—¿Qué ocurrirá luego? —objetó Moniok—. Una de estas dos cosas: nos convertiremos en sa-télites de Venus por toda la eternidad, o seremos atraídos por la gravedad para ir a estrellarnos contra el suelo.

—Esto está por ver. Veamos ahora el segundo punto del problema. Las reservas de propergol están mantenidas en un medio anti-g. Por la acción del impulso inicial de salida, la fuerza de reacción así obtenida proyectará automáticamente el carburante en las canalizaciones y el circuito quedará restablecido.

El profesor Lork se levantó, súbitamente interesado:

—Para conseguir este resultado, es preciso antes que nada, que la combustión sea constante, pero ¿cómo la provocará al arrancar? No es posible reparar los detonadores. Esta idea costó la vida de nuestro jefe mecánico.

—No los tocaré, no teman. Por otra parte no sería capaz de comprender cómo funcionan.

—¿Cómo inflamará el carburante? La más pequeña chispa, si se produce corriente de aire, puede provocar una catástrofe.

—Este es el tercero y último punto. Podemos recubrir el carburante transportado en nuestras cámaras de combustión de una capa de agua. Este elemento no se mezcla con el carburante, y sobrenadará.

Abrí por la página señalada uno de los manuales de bordo recuperado de mi cohete, que había estudiado profundamente desde la mañana, y añadí:

—Será suficiente con que tengamos algunas pastillas de sodio…

—¿A qué llama usted sodio?

El significado de este término no era comprendido, evidentemente, por los zorcanianos, y les expliqué que este cuerpo simple estaba presente y en abundancia en la Naturaleza, puesto que entraba en la composición, sobre todo, de la sal marina y de la sal gema.

Comprendieron en seguida y movieron la cabeza.

El sodio es un reductor muy enérgico, teniendo la propiedad de descomponer el agua en frío, se inflamaría súbitamente desprendiendo gran cantidad de calor, la suficiente para quemar el carburante que serviría de cebadura para los turborreactores.

La fórmula citada en el manual indicaba que la reacción daría una formación de hidrato de sodio, con desprendimiento de hidrógeno

violento, pero el conjunto sería inmediatamente expelido al arrancar, lo cual no significaría ningún peligro para la maquinaria.

Hubo un instante prolongado de silencio, durante el cual los cuatro genios quedaron aturdidos, incapaces de pronunciar la menor palabra; luego fue Jikor quien, muy débilmente preguntó:

—¿Dónde va usted a encontrar esas pastillas de sodio?

—Podemos obtenerlas por medio de la electrólisis del cloruro de potasio, tengo todo lo necesario en el cohete.

Me sentí sumergido en una ola de orgullo que aniquiló en un momento en mí todos los complejos de inferioridad que nunca habían dejado de preocuparme desde que estaba en el mundo. Por una vez, tenía la impresión de haber conseguido una formidable victoria sobre mí mismo. Casi no me di cuenta de haber oído al profesor Lork exclamar:

—¿Cómo ha podido imaginar tal cosa?

Jikor añadió:

—¿Cómo puede ser que nosotros no hayamos jamás pensado…?

Y Moniok y Zorik, concluyeron:

—Esta idea es verdaderamente… *genial*.

VIII

Mi proyecto fue aceptado evidentemente con entusiasmo, y las proporciones fueron calculadas rápidamente por los matemáticos zorcanianos, con la fiebre que se puede imaginar.

Desde la mañana del siguiente día, fueron emprendidos los primeros preparativos para obtener las pastillas de sodio, gracias a los aparatos recuperados del cohete terrestre, algunos de los cuales se habían salvado de la destrucción.

Fue preciso desmontar luego las cámaras de combustión, donde habría de verter el carburante retirado-de los depósitos anti-gr.

Se trataba de una operación muy delicada, que iba a resultar larga y minuciosa, pero me sentía con alma de general y declaré que ésa era una cuestión que resolvería personalmente.

De este modo comuniqué todas las instrucciones necesarias a los voluntariosos genios que no pusieron ninguna dificultad en realizar todos cuantos trabajos les encomendé.

Toda clase de piezas y material fueron depositados cerca del cohete, luego de haber sido cuidadosamente limpiados y verificados.

Repentinamente, un ruido sordo, que repercutía a lo lejos, nos hizo levantar la cabeza.

Los genios conocían la causa de aquel ruido que se había producido varias veces desde su llegada a Venus.

El suelo temblaba en Venus, como lo hacía en la Tierra y en Zorca. Pero ahora el peligro parecía más cercano y experimentamos los temblores debajo mismo de nuestros pies.

La ola sísmica parecía aumentar por momentos y propagarse hacia nuestra dirección.

Durante un instante de pánico cada cual buscó refugiarse como pudo y donde pudo, pero no tuvimos tiempo de nada.

Una enorme grieta apareció en el suelo, al tiempo que emergían vapores en gran cantidad a unas decenas de metros del cohete, que fue violentamente sacudido.

Todos a una nos habíamos lanzado vientre al suelo, en el mismo instante en que el choque más violento retemblaba todavía, y una nueva grieta se abría, esta vez a tan sólo unos metros del cohete, en el mismo lugar en que se encontraba atareado el profesor Zorik. El desgraciado perdió el equilibrio y su cuerpo quedó cubierto de polvo y piedras.

Me lancé hacia él titubeando y conseguí agarrarlo por un brazo,

sosteniéndole fuertemente:

—Valor —le dije—, aguántese fuerte.

Conseguí volverle sobre el borde de la grieta ancha y profunda que acababa de abrirse espon-táneamente, de cuyo fondo salían lavas hirvientes que desprendían un calor sofocante e inaguantable.

Manteniéndole sujeto firmemente por el brazo, le arrastré y conseguimos volver junto a los demás, que se habían guarecido detrás del cohete.

La calma llegó tan rápidamente como el terremoto, mientras los últimos ruidos se extinguían a lo lejos.

El peligro había sido descartado por ahora, pero habíamos corrido un gran riesgo.

Nos levantamos en seguida y nuestro primer cuidado fue correr en busca de las piezas que ha-bíamos sacado de la astronave y que estaban tiradas y entremezcladas con los pedruscos y el polvo. Con penas y trabajos las recuperamos una por una, y Jikor se dio cuenta de que nos faltaba el gran botón ranurado que accionaba el orificio de una de las cámaras de combustión.

Se apoderó de mí una rabia sorda y maldije en mi interior que hervía de indignación, esta desgracia que iba a comprometer nuestro intento.

Vanamente estuvimos buscando la pieza, que parecía haberse volatilizado. Debió de caer por el precipicio que se había formado a nuestro lado para ir a hundirse en la masa en fusión que estaba solidificándose ante nuestros ojos.

Repentinamente, mi mirada fue atraída hacia un objeto que brillaba cerca del borde de la grieta, reflejando los rayos solares como si fuera un espejo bruñido.

Tomé mis gemelos prismáticos y los dirigí hacia allí teniendo la alegría de ver claramente, la pieza que habíamos extraviado.

Por qué misterioso azar había llegado hasta allá, no lo sabríamos nunca. Pero lo interesante era buscar ahora la manera de llegar hasta ella para recuperarla. ¿De qué serviría perder el tiempo buscando una explicación a un hecho tan raro? Mas el problema presentaba bastantes dificultades.

Me alejé del cohete, dejando a los cuatro genios atareados alrededor de las piezas esparcidas y discutiendo ásperamente en su idioma. Lo que me podían contar me interesaba ahora bien poco, y sentía la necesidad de poner un poco de orden en mis ideas.

Observaba con la mirada el fondo de la grieta, que continuaba ardiendo, comprendiendo que no llegaría jamás a poder descender en

un horno semejante.

Hasta perder de vista, la grieta proseguía en dirección a las colinas que bordeaban el horizonte.

Entonces me vino a la memoria la existencia de unos volátiles de los que había conseguido cazar algunos gracias a las trampas colocadas por mí en días anteriores.

Siempre me había llamado la atención la tendencia de los pájaros a apoderarse de los objetos brillantes. Algo parecido a lo que ocurre en la Tierra con los avestruces y las urracas.

Sin dudarlo más, me interné entre los matorrales y al cabo de unos minutos vi que en una de las trampas había un pájaro. Lo saqué de allí, sujetándolo en mi mano y lo llevé hasta el borde de la grieta. Sabía lo que tenía que hacer exactamente. Tomé de mi bolsillo un ovillo de hilo, una de cuyas extremidades até a la pata del animal, que dejé en libertad.

Se elevó en el aire, planeó por encima del abismo, mientras el ovillo se desenvolvía en mis manos, para dar la mayor libertad posible al animal. Sólidamente sostenido, evolucionaba con gracia, mientras con mi mano libre le tiraba algunas piedrecillas en dirección del objeto brillante, lo cual acabó por reclamar su atención.

Se lanzó directamente sobre el botón ranura- do, que tomó en su pico. Era lo que esperaba. Lentamente fui recogiendo hilo, conduciendo al pájaro hacia mí, y así conseguí recuperar el objeto deseado sin demasiadas complicaciones.

Estaba tan contento que dejé al pájaro en libertad y desapareció sin aguardar más.

Por mi parte, fui corriendo hacia la astronave y me reuní con los cuatro genios que estaban aún discutiendo en la sala de pilotaje.

El profesor Lork se dirigió a mí y me dijo:

—Vaya, por fin ha venido usted. ¿Dónde se había metido?

—Déjeme explicar.

—No tiene importancia —me contestó mostrándome unas hojas de papel llenas de signos complicados que llenaban la mesa—. Hemos estudiado la manera de conseguir recuperar la pieza que nos hace falta. Vamos a fabricar un puentecillo suspendido, una de cuyas extremidades será lanzada hasta el otro lado de la grieta mediante una catapulta comente. Todo ha sido calculado debidamente: la potencia de la catapulta, la resistencia del puente en función de nuestro peso, la longitud de los bejucos necesarios para la construcción y las tablas que habrá que cortar para formar el piso del puente. Relevándonos durante ocho horas seguidas, podemos llegar al otro lado de la grieta a

la caída de la noche. Así, que yo estimo que no tenemos un minuto que perder.

Me dejé caer en un sillón y tuve que hacer un gran esfuerzo para no ponerme a reír, luego, con gesto olímpico, dejé caer en medio del grupo, entre los papeles, y ante el asombro de los cuatro matemáticos, la pieza que tantas cavilaciones les había dado.

—Si me hubiera dejado decírselo...

Nunca supe si en ese instante me admiraron o me aborrecieron.

Había una cosa que me preocupaba en extremo, y era saber si los genios aceptarían conducirme a la Tierra antes de volver hacia el sistema de Júpiter, puesto que mi intención no era trasladarme a Zorca, y aún menos hacer de Robinson Crusoe en Venus.

Comprendieron mis sentimientos, y Jikor me confesó que Venus se hallaba en ese momento en conjunción superior con la Tierra, lo cual exigía un rodeo de más de doscientos millones de kilómetros que debíamos tener en cuenta, y que era evidentemente irrealizable, a causa de las insuficientes reservas de carburante que poseíamos. Teníamos el indispensable para trasladarnos a Zorca, si la suerte nos acompañaba.

—Pero, compréndanlo ustedes —les dije—, no me hago a la idea de acabar mis días en su sa-télite y mi deber es regresar a la Tierra para poner al corriente a mis semejantes del fracaso de nuestra misión.

—Nos hacemos perfecto cargo de su punto de vista, señor Verneuil. Es muy legítimo y elogiable. Y le aseguramos que desde que lleguemos a Zorca pondremos a su disposición un cohete para conducirle a la Tierra. Al mismo tiempo nos hallamos igualmente dispuestos a hacer por nuestra parte todo lo que sea necesario para ponernos de acuerdo con los terráqueos y combatir conjuntamente el peligro común que nos amenaza. Lo que proponemos es una cooperación estrecha, y estamos seguros de que el pueblo de Zorca no olvidará jamás que es gracias a usted, a usted solo, que deberá su supervivencia.

—Creo que exagera usted un poco...

—En absoluto. Al permitirnos regresar a Zorca, hace usted que nuestra humanidad reciba es-peranza y confianza en el porvenir. Equipos especialistas vendrán a Venus para iniciar en gran escala el cultivo de las plantas que nos son necesarias para regenerar nuestro deficiente organismo. Por otra parte...

Dudó una fracción de segundo antes de continuar:

—Por otra parte, estamos orgullosos de reconocer en usted a un

hombre genial, como nos gustaría que hubiera muchos en Zorca.

Esta vez tuve la vaga sensación de que me tomaban el pelo, pero me di cuenta bien pronto de que me equivocaba.

Eran sinceros y sentían por mí una profunda admiración. Me encogí de hombros, visiblemente incómodo, y les declaré:

—Señores, todo esto es ridículo. Supongo que porque haya tenido la idea de utilizar las pastillas de sodio como encendido, o por atar un cordel a la pata de un pájaro que se deja atraer por un objeto brillante, no van a creer ustedes que soy un genio.

Moniok frunció las cejas y replicó suavemente:

—¡Querido amigo terráqueo! Ignoro cuáles puedan ser las razones que. le impulsan a mostrarse tan modesto. ¿Por qué no confesar la verdad?

—¿Qué verdad?

—Que usted es en la Tierra, como lo somos nosotros en Zorca, un ser superior. Si no fuera así, vuestros semejantes no os habrían escogido para tomar parte en tan delicada misión en el asteroide Adonis.

Jikor vino a su vez hacia mí, mirando fijamente el cofrecito que tenía a mi lado, sobre mis cosas personales:

—Nos hemos dado cuenta del celoso interés que manifiesta usted por... este objeto. ¿Qué poder tiene encerrado en esa caja? Nos tiene algo asustados todo esto.

No pude evitar una carcajada... al mismo tiempo que me daba cuenta del peligro que corría al confesar mi ignorancia. No, al fin y al cabo, si tenía la suerte de regresar un día a la Tierra, era allí donde tenía que hacer entrega de mi hallazgo. No podía cargar semejante responsabilidad ni mucho menos compartirla con mis nuevos compañeros.

—No hay razón para ello —respondí—. Esta caja está vacía, en su interior no hay nada, se lo aseguro. Perteneció a uno de mis camaradas. Digamos que ella significa para mí como una especie de amuleto. En la Tierra concedemos mucha importancia a cosas parecidas.

Pareció como si me creyeran y se mostraron convencidos. Aproveché esta oportunidad para continuar en otro tono:

—He probado de hacerles comprender a ustedes que no era más que un simple mecánico y que...

—Por favor, amigo terráqueo —me interrumpió Zorik—, ¿cómo definiría usted el genio?

—Pues bien, a mi entender, es aquel que puede llevar a cabo algo

que los demás no pueden realizar. Un genio se traza un camino que nadie antes que él ha pisado. Un genio, es…

—Alguien que encuentra una cosa totalmente sencilla, que todo el mundo cree que habría po-dido hallarla a su vez —siguió Lork—. El genio se parece a todo el mundo, pero nadie se le asemeja. Este es su caso. Usted es un genio intuitivo y esto es lo que nosotros no tenemos, ya que no somos más que matemáticos, máquinas de calcular de carne y hueso, y nada más. ¿Aceptaría usted colaborar con nosotros?

Sus manos se tendieron espontáneamente, y me sentí presa del vértigo.

O se habían vuelto locos, o era yo el que no sabía lo que se hacía.

¿Tenía que desengañarlos?

¿Me creerían?

No, desde luego.

Entonces… acepté.

IX

La noche estaba en calma, silenciosa, algo fría, pero tan agradable.

Un suave perfume de mirra flotaba en la atmósfera dulzona que aspiraba con voluptuosidad desde que me desperté. Era todavía el período nocturno y, dentro de una hora a lo sumo, el sistema automático de la estación meteorológica entraría en funcionamiento para radiar la capa energética productora de la luz artificial.

Era la primera noche que pasaba en Zorca.

Estaba un poco descentrado, puesto que la jornada zorcaniana no se parecía en nada al ciclo de veinticuatro horas terrestres. Los habitantes de este mundo dormían muy poco, cuatro o cinco horas apenas, y sus actividades cotidianas se escalonaban en un período de treinta horas consecutivas.

Desde luego que se trataba de una simple cuestión de adaptación y, según lo que me habían dicho, podía acostumbrarme progresivamente a este nuevo género de vida. Esto es lo que había procurado hacer desde el momento que el robot instructor me había conducido a esta pieza circular, cuyo techo hemisférico lo hacía parecer un bol invertido.

Estaba instalado sobre una colchoneta curiosa, muy blanda y flexible sin colcha ni almohada, fijando sobre mi pecho dos tiras de plástico, y no tenía más que accionar el botoncito saliente de uno de los montantes de mi cama para reducir a voluntad los efectos de la gravedad normal.

Era muy débil en Zorca, y no me costó mucho acostumbrarme a los efectos de ligereza que habían librado automáticamente mi cuerpo de la atracción a la que estaba habituado, lo cual favorecía, al parecer, el reposo completo de todo el organismo.

Bruscamente, por la superficie esférica del techo, desfilaron temas hipnóticos, que tuvieron la propiedad de suprimir todos mis pensamientos. Signos raros, mezclados con una gama de colores extraños, vivos o suaves, y de vez en cuando «negro absoluto».

No tuve tiempo de contar los intervalos, ya que en seguida caí en un sueño profundo y repa-rador.

Me encontraba actualmente, en plena forma, ante la terraza, maravillado por la calma y la se-renidad de este mundo palpitante que había conocido desde que llegué.

Todo había transcurrido magníficamente bien y llegamos a Ganímedes, o mejor diría Zorca, después de una loca carrera a través

del espacio que duró unos veinte días aproximadamente.

Fui el único, debo confesarlo, que no estaba muy seguro del éxito de mi proyecto. Me parecía todo demasiado sencillo y bien planeado para no temer lo peor.

Los genios, con su espíritu positivo, en ningún momento perdieron su seguridad y aplomo, y me habían demostrado una confianza total y absoluta en el buen resultado de mi intentona.

El encendido del carburante trasvasado en las cámaras de combustión se efectuó normalmente. Es verdad que el empuje inicial fue un tanto brusco, pero inmediatamente pudimos comprobar que el líquido carburante circulaba regularmente por los conductos, y esto siguió así hasta nuestra llegada a Zorca.

La maniobra de frenado y aproximación no se llevó a cabo sin algún riesgo, toda vez que los reactores de frenado, mal alimentados, habían fallado varias veces, pero la toma de contacto con el suelo se llevó a cabo en condiciones casi normales.

Entonces pude conocer a este pueblo, calmo y resignado, cuya acogida fue espontánea y emo-cionante. Pero la alegría que demostraban al recibir a los que consideraban ya perdidos para siempre, no podía borrar la tristeza y el temor que se leía constantemente en sus caras.

Me recibieron no como a un amigo, sino con una tal veneración, como si yo hubiera sido su Salvador, su Libertador, o hasta un ídolo sagrado.

Pasé de este modo muchas horas viviendo en lo que podríamos llamar un cuento de hadas, pero la fatiga no tardó en hacerme su presa, y tuve que pedir a mis compañeros el permiso para retirarme a descansar.

—Vamos a llevarle a una pieza destinada al reposo psicofísico — me había dicho sencillamente Lork.

Y así fue como pude gustar de algunas horas de descanso absoluto que me habían hecho el mayor bien.

Sumido en mis pensamientos, actualmente me había aventurado en la terracita situada en lo alto de un parque que se dibujaba ante mí en la pálida claridad de las estrellas. Una suave brisa agitaba la delicada y escasa vegetación que crecía en él, y que me constaba que era el resultado de verdaderas proezas por parte de esos seres que no querían morir.

Iba a descender por la escalera de piedra que conducía al jardín, cuando algo llamó mi atención. Un punto luminoso se movía espasmódicamente por entre las plantas.

No tardaron en aparecer otras luces parecidas, de tal manera que el espacio ante mí se convirtió en un hormiguero de luces blancas y multicolores, fijas o intermitentes.

Con ayuda de la imaginación, aquello podía tomarse en determinados momentos como fan-tásticas cascadas de fuego, o unas fuentes iridiscentes de donde escaparan torbellinos de colores que convertirían el parque en el teatro de un festival de luz de una belleza incomparable.

Fascinado por tan extraño espectáculo, bajé por la escalera y tomé por un sendero cuidadosa-mente conservado por el cual me paseaba libremente, con pasos prudentes, a un tiempo inquieto y curioso.

Di algunos pasos más, preguntándome lo qué podría significar todo aquello, cuando repentina-mente una forma movediza apareció ante mí, lanzando a su alrededor una claridad difusa.

Con el corazón agitado, me detuve en seco, pues aquel ser de pesadilla que se levantaba ante mí, parecía salir directamente del infierno.

Era una criatura monstruosa, con un cuerpo liso y pesado, apoyándose en una multitud de patas delgadas y elásticas, rematado por una cabeza asquerosa y terrorífica.

La emanación luminosa cesó bruscamente en la parte alta de aquel cráneo redondo y palpitante que venía hacia mí, luego otras lucecillas se dibujaron detrás del monstruo que no se movía, y cuya respiración profunda adivinaba.

Estaba convencido de que debía huir, o sería mi perdición, porque no tardaría en verme rodeado por otros monstruos.

Ya iba a lanzarme en dirección a la terraza cuando un pensamiento penetró bruscamente en mi espíritu:

—Amigo terráqueo, no tiene nada que temer, este animal es inofensivo.

Me quedé paralizado por un momento, incapaz del menor gesto, luego me volví todo de una pieza, sin preocuparme del monstruo que no se movía.

Una criatura humana, esta vez, estaba frente a mí, una criatura fina y delicada, envuelta en una tela brillante que moldeaba sus formas perfectas.

¡Una mujer!

Sus largos cabellos caían casi en desorden sobre sus esbeltos hombros, pero la luz era demasiado débil para que pudiera distinguir su cara. No veía más que sus ojos, extrañamente ardientes, que me miraban con una fuerza casi irresistible.

—No tiene usted nada que temer, soy su amiga... y todos son, aquí, amigos vuestros.

No había pronunciado una sola palabra, no le fue necesario, para que yo comprendiera su men-saje. Todo cuanto me dijo estaba grabado en mi subconsciente con tai claridad que me resistía a creer en ello. Apenas fui capaz de balbucir:

—¿Quién es usted?

—Se lo ruego, intente concentrarse algo más si quiere que pueda comprenderle. Piense con ahínco en cada palabra que pronuncie.

Repetí mi pregunta, siguiendo sus consejos y la onda de su pensamiento me respondió:

—Soy Ketta, la hija del profesor Lork. Me estaba paseando por el parque cuando os he visto.

Hizo un signo con la mano que comprendí que iba destinado al animal que estaba detrás de mí y que seguía resoplando como si fuera una foca. Oí un ruido de patas confuso sobre el suelo y comprendí que el monstruo dócil había huido.

Avancé un paso, más convencido, hacia la criatura telépata, preguntándole:

—Qué perros tan curiosos tiene usted. Debo confesarle que no las tenía todas conmigo. ¿Hay muchos como esos en su mundo?

—Tan sólo en esta parte oscura. Se llaman «gurks» y son muy útiles. Nos ayudan a obtener el oxígeno que nos es indispensable en esta parte de Zorca donde estamos obligados a vivir.

—No lo entiendo...

—Se comportan poco más o menos como los vegetales. Su sistema respiratorio no absorbe más que los gases nocivos diluidos en la atmósfera, descomponiéndolos en una serie de elementos nutritivos y perfectamente asimilables por su organismo, liberando en cambio una considerable cantidad de oxígeno muy apreciado. Son unos animales sagrados. ¿Lo comprende usted?

—Sí, sí, desde luego. ¿Y esa lucecita tan curiosa que se desprende de su cabeza?

—La Naturaleza nos demuestra que sabe cómo hay que equipar a los seres vivos que habitan en las tinieblas eternas, como era el caso antiguamente, en esta parte de Zorca. Les ha provisto de una especie de ”fuego viviente” que les permite la visión y dirigirse en la oscuridad. Son especies ”fotógenas” muy bien preparadas.

Di otro paso más hacia donde se hallaba Ketta, lo que me permitió distinguir algo mejor su cara. No podía asegurarlo, pero habría jurado que era muy bonita, y además muy joven.

Me di cuenta en seguida de su turbación y azoramiento, y comprendí que interpretaba mal mis pensamientos.

—No sabía que en Zorca hubiera seres telépatas —dije, para romper el silencio.

—*Todos los zorcanianos son telépatas* —confesó la mujer.

—Sin embargo, su padre y los otros profesores...

—*Con ellos las cosas son diferentes. Los genios son los únicos que no deben poseer esta fa-cultad.*

—A mí me parece que debería ser todo lo contrario, en todo caso. ¿No son unos seres supe-riores?

—*Nuestras leyes y nuestras costumbres salvaguardan el espíritu de los genios. Cuando llegan a la madurez son sometidos a una operación que imposibilita que nadie pueda sondear sus mentes. Al mismo tiempo, los genios no sienten el deseo de investigar lo que pasa en las mentes de sus semejantes, toda vez que ellos son superiores.*

—Es muy justo. No se me había ocurrido considerar el asunto desde ese punto de vista. Así que usted admite la posibilidad de leer los pensamientos más recónditos de las personas con quienes alterna.

—*No, en absoluto. Sería posible si no poseyéramos la facultad de reforzar nuestra tensión mental cada vez que lo juzgamos necesario. Esto no ocurre más que cuando consentimos plenamente en relajar esta tensión; entonces las relaciones psíquicas se vuelven normales.*

—Y en mi caso, ¿cómo suceden las cosas?

—*Con bastante dificultades. He de hacer considerables esfuerzos, no sólo para captar sus ondas mentales, sino también para conseguir que las mías penetren en su espíritu.*

Irguió un poco su cabeza y añadió:

—*Tiene que volver a entrar. Dentro de poco será de día, y el Consejo de los Genios ha resuelto convocarle a Palacio.*

Iba a responder cuando, bruscamente, el cielo se iluminó de una suave claridad y pude contem-plar a placer, por fin, el delicioso rostro de la joven zorcaniana.

No me había equivocado. Era más bella aún de lo que me había imaginado en la oscuridad.

Me dedicó una salutación con un gesto gracioso desde el pie de la escalera de piedra y no pude evitar preguntarle:

—¿Nos volveremos a ver otra vez, Ketta? Pareció sorprendida por la pregunta, me sonrió gentilmente, y antes de marchar me dijo:

—*Desde luego, puesto que he sido elegida para convertirme en vuestra esposa.*

Durante bastante tiempo tuve mis dudas respecto a la capacidad

mental de mis facultades receptivas. Algo debía ir mal en el mecanismo de mi subconsciente.

Algo que…

A no ser que…

¡Caramba!

X

Recibí un mensaje televisado que me informaba que los genios tenían, efectivamente, interés en verme urgentemente.

Aguardé la llegada del robot piloto que me habían anunciado, y unos instantes después, lo seguía a través de los interminables pasillos y los inmensos salones del formidable edificio.

Por fin llegamos a una vasta sala de conferencias, donde se hallaban ya numerosas personas discutiendo, por medio de palabras, o telepáticamente, lo que no dejaba de producir cierta sorpresa al principio.

En un estrado de oro macizo estaban sentados mis cuatro genios: Lork, Zorik, Moniok y Jikor.

Las últimas ondas pensamientos de Ketta volvieron bruscamente a mi espíritu y estaba con-vencido de que me iban a confirmar lo que la joven me había comunicado.

A decir verdad, no sabía exactamente qué pensar de tal proyecto, y esto no dejaba de ator-mentarme, a tal punto que me preguntaba si no iba a declarar mi descontento a los que pensaban poder disponer de mí tan fácilmente.

Pero el profesor Lork me indicó un asiento con la mano, y luego tomó la palabra para decirme, entre un silencio solemne que se produjo entre los circunstantes:

—Amigo terráqueo, tenemos que hacerle una muy grave y muy importante revelación. Durante nuestra ausencia, el Cuerpo Científico que presidimos ha hecho un importante descubrimiento, tan sorprendente y horripilante que nos cuesta de admitir. Pero no tenemos más remedio que rendirnos a la evidencia, por monstruosa que sea la constatación que acaba de hacerse.

Antes de proseguir quedose pensativo unos instantes, como buscando las palabras, sin preo-cuparse del resto de su auditorio. Es seguro, además, que nadie de los que allí estaban debía entender una sola palabra del correcto francés que empleaba conmigo.

Aquí también cometía un error, pues no tardé en poder darme cuenta de que los zorcanianos que estaban a mi alrededor iban tocados con una especie de casco, probablemente relacionado con la pequeña cabina de cristales que veía sobre mi derecha, en el estrado, donde había varios individuos muy atareados. Se trataba, sin duda, de un equipo traductor remitiendo los textos al zorcaniano para uso de los auditores locales.

Lork continuó:

—Si nos hemos permitido convocarle a usted, amigo terráqueo, es por dos motivos. El primero, porque le consideramos muy justificadamente un personaje selecto y digno de interés; el segundo, porque la gravedad de la cuestión creemos que interesa tanto a vuestros semejantes como a nosotros mismos.

Una sorda aprensión se apoderó de mí antes de que Lork me soltara de una sola vez:

—El aumento brusco de temperatura de la corteza joviana no se debe, como habíamos pensado hasta hoy, a un azar ni a un capricho de la Naturaleza. Una mano criminal ha desencadenado este fenómeno que es la causa del mayor cataclismo registrado en Zorca desde su origen.

Me había levantado de un salto al oír estas palabras.

—Continúe usted, se lo ruego. ¿Qué ha ocurrido?

—Nuestro observatorio principal ha podido distinguir unas bombas impulsadas por cohetes teledirigidos que periódicamente van a caer en la masa pastosa de Júpiter, sobreactivando la des-integración en cadena que se opera en el seno de la materia, acrecentando el potencial energético de este planeta-sol del cual dependemos.

—¿De dónde vienen?

—De Comor.

—¿Están ustedes seguros de lo que dicen?

—Desde luego.

—¿Afirman ustedes que se trata de bombas- cohetes dirigidas sobre Júpiter.

—Son lanzadas desde Rolca, el primer satélite, por medio de rampas de lanzamiento que han podido ser observadas. Este descubrimiento ha sido casual, ya que la observación de este satélite es muy delicada, por causa de su proximidad a Júpiter, dentro de cuyas radiaciones está constantemente sumergido. Es uno de nuestros satélites-laboratorio el que nos ha transmitido los documentos que va usted a ver.

A un signo de Lork, se hizo la oscuridad en la sala, y sobre una pantalla móvil, vi proyectarse bien pronto unas imágenes en color bastante nítidas.

Pude reconocer una porción del ancho disco de Júpiter, y debo confesar que quedé algo im-presionado por esa masa flamígera, donde podía distinguir enormes explosiones y protuberancias inmensas. En ciertos momentos tenía la impresión de hallarme ante una imagen del Sol, a causa de los chorros incandescentes de llamas y fuego que

ascendían a alturas vertiginosas.

Finalmente conseguí distinguir el punto brillante que constituía el primer satélite, cuando se apartaba de Júpiter en un ángulo variable entre diecisiete y veinte grados.

Gracias a una rápida ampliación de muchos miles de veces, pude ver las minúsculas bombas- cohetes partiendo de su superficie para ir a caer en el vacío.

Otras vistas me permitieron ver esas mismas bombas en el momento en que alcanzaban la masa pastosa e hirviente de Júpiter, en la cual penetraban enteramente, y quedé totalmente estupefacto cuando vi los inmensos ramilletes multicolores de materias incandescentes brotando en el espacio como si fueran geiseres gigantescos que estuvieran alimentados por los mismos fuegos del infierno.

Las imágenes desaparecieron inmediatamente y la luz volvió de nuevo. En medio de un silencio general, Lork me confió que habían podido interceptar del mismo modo, en sus estaciones de observación de ondas las que servían para guiar a tales ingenios.

—Tenemos la prueba de que tales ondas son emitidas desde Comor.

Estaba reflexionando a gran velocidad, y le planteé una cuestión:

No acabo de comprender el interés que los comorianos podrían tener en modificar, no sólo el comportamiento de Júpiter, sino también el del Sol, ya que supongo que los fenómenos no son más que dos efectos de una misma causa.

—Por lo que se refiere a Júpiter, hay dos buenas razones que apoyan nuestra suposición. Una sería que, estando Comor más alejado que nosotros de Júpiter por unos ochocientos mil kilómetros, nunca ha gozado de tanto calor ni luz como nuestro satélite. Hay que hacer constar un hecho: desde hace tiempo veníamos dándonos cuenta de que el enfriamiento de Júpiter se iba acelerando desde el siglo pasado. Menos privilegiados que nosotros, los comorianos, presintiendo el peligro, han ideado un procedimiento que les permitiría prolongar la vida del planeta- sol al decuplicar su potencial energético. Esta aportación suplementaria de calor y luz de que son beneficiarios en la actualidad, se realiza evi-dentemente a expensas nuestras ya que no han dudado en sacrificar la parte de nuestro satélite que mira a Júpiter. Por otra parte, ese pueblo envidioso y tiránico sabe positivamente que nuestra raza degenera y no se halla en situación de sostener una guerra. Ignoran que hemos conseguido cultivar sus famosas plantas medicinales en la superficie de Venus, pero su

intención era asestar el golpe de gracia a nuestra humanidad que sabían condenada.

—¿Y el Sol?

El profesor Lork movió pesarosamente la cabeza, arqueó sus largas cejas enmarañadas y res-pondió:

—No nos lo explicamos.

Me quedé, por un instante, perdido entre mis pensamientos y algunos recuerdos acudieron sú-bitamente a mi memoria.

—Profesor Lork, acabo de pensar en una constatación efectuada por uno de mis compañeros durante las observaciones efectuadas en el asteroide Adonis. Había registrado una serie de relámpagos partiendo de la superficie de Mercurio, parecidos al tipo de explosión que se produce cuando se lanza un cohete. He podido ver un film de los que había fotografiado, pero nadie ha hecho caso de lo que yo pude opinar. Ahora bien, en las imágenes que me acaban ustedes de mostrar, he podido ver cierta analogía que me hace creer que mi camarada no se había equivocado. Además, cuando yo les he descrito con minuciosidad, la base abandonada descubierta en Adonis, usted se ha mostrado de acuerdo en reconocer que podía tratarse de una instalación comoriana.

—Es exacto.

—Pues todo parece confirmar que los comorianos utilizan su procedimiento para aumentar la temperatura del Sol. Confiese que esto es bastante desconcertante.

—Ahora comprenderá porque es absolutamente indispensable que nuestros dos pueblos se unan para conseguir detener ese azote que se expone a precipitar todo el sistema solar en un cataclismo sin precedentes. Acuérdese de Venus. Es la suerte que nos espera a todos, un día u otro.

Dudé largamente antes de contestar.

—Pero los terráqueos no poseen todavía ningún aparato ni armamento capaz de combatir contra los comorianos.

Los genios parecieron desconcertados y sorprendidos de estas palabras, y con una voz profunda el profesor Moniok se expresó así:

—En ese caso, todo está perdido. Lamentamos infinitamente que no podáis ayudarnos en la for-ma que esperábamos de usted. Pero no tema, tenemos a punto un cohete que le llevará a la Tierra, tal como le habíamos prometido.

Me levanté de un salto.

—No, no hay ninguna prisa. De todas formas mi regreso a la Tierra

no arreglaría nada. Me gustaría saber algo más de todo lo que ocurre. Me quedo con ustedes.

Mis palabras causaron un efecto mágico y me di cuenta de la alegría y el entusiasmo, no sólo entre los genios, sino entre todos los asistentes. A mis ojos, adquiría una importancia considerable y este sentimiento estaba lejos de serme desagradable.

Después que Lork me diera las gracias por mi decisión, pregunté:

—Deben tener ustedes un medio de comunicar con Comor. Me gustaría dirigir un mensaje a su gobierno en nombre de la Tierra.

—La reina Zamora no se dejará influir tan fácilmente.

—Aunque esto no le guste a Su Majestad, es lo que pienso hacer, y si no fuera bastante, iría personalmente a Comor.

—Estoy pensando si será adecuado —dijo Jikor—. ¿Qué autoridad nos respaldará?

—Por favor, intentemos resumir este asunto. Ustedes no pueden declarar la guerra y la Tierra se halla en la misma circunstancia. Si combatimos a los comorianos, podemos considerarnos perdidos antes de empezar, porque no tenemos manera de golpear en el punto más vital. Es la táctica elemental en una guerra moderna. El imperativo categórico es el de golpear al enemigo por la espalda, porque no nos podemos permitir el lujo de un ataque por sorpresa. Vayamos a Co~ mor, como parlamentarios y, una vez allí, actuemos. Debemos poner en marcha, desde ahora, un plan de campaña capaz de invertir la situación.

Esbocé una ligera sonrisa y solté:

—He ahí un problema que les planteo, señores. Estoy seguro de que hallarán ustedes la solución.

Aguardé su reacción que no se hizo esperar. Una vez más, mis palabras habían producido efecto y los genios me declararon que se iban a meter en harina. Yo tenía mi idea desde que se inició este asunto, pero con ello corría el riesgo de estropearlo todo, quizá...

Pero, en el fondo, ¿por qué no? ¿Con una simple cerilla no se puede provocar la destrucción de un bosque entero?

En medio de la agitación general, nos llegó una noticia transmitida por televisión, desde una de las estaciones de observación.

Las astronaves que habían salido de Zorca en dirección a Venus, llevándose equipos especiales para cultivar plantas antidiabéticas, habían sido atacadas y destruidas por elementos de la flota comoriana que las habían interceptado entre Zorca y Comor.

¿Qué había ocurrido en realidad? ¿Debíamos creer que los comorianos estaban ya al corriente de los resultados obtenidos por los

zorcanianos sobre Venus?

Esto era casi imposible de creer, y la coincidencia demasiado extraordinaria.

Sentí cómo montaba la fiebre entre la asamblea y a decir verdad, los que estaban allí no estaban muy convencidos. En efecto, todo el mundo se preguntaba si los comorianos no iban a hacer lo mismo con los demás aparatos que se proponían mandar desde Zorca.

El peligro se precisaba cada vez más y empezaba a ser el momento de actuar si queríamos evitar crueles contratiempos.

Los genios resolvieron retirarse a estudiar el problema que íes había planteado y el resto de la asamblea fue disuelta rápidamente.

Iba a retirarme a mi vez, cuando el profesor Lork se me acercó y apretándome las manos me dijo:

—Sabíamos que podíamos contar con usted. Y yo soy, puede estar seguro de ello, el más feliz por ello, ya que en homenaje a vuestro valor y a vuestra bondad, he resuelto, como prueba de mi afecto eterno, concederos la mano de mi hija Ketta.

Lo que me temía.

Me pareció que el momento no era de lo más oportuno para hablar de esta absurda historia de matrimonio que excedía mi capacidad de comprensión, y apenas tuve la fuerza de pronunciar:

—Esto es imposible… yo no puedo… Nosotros no… en fin, yo no…

Él se limitó a sonreír discretamente y me dirigió un amplio saludo antes de abandonarme.

XI

Por mucho que pensara en ello no acababa de comprender la razón por la cual Lork deseaba absolutamente ofrecerme su hija Ketta.

Resolví tener, así que la ocasión sería propicia, una conversación a ese respecto con Lork, pero he de confesar que había muchas otras preocupaciones que me ocupaban la mente y no pensaba más en tales proyectos matrimoniales cuando, conducido por el robot-piloto, regresé a mi alojamiento.

La máquina de acero, muda e impasible, me devolvió a mi apartamento, según el deseo que había expresado y, apenas había entrado en la pieza circular percibí una forma elástica que saltaba hacia la terraza.

Con una ojeada rápida me di cuenta de que alguien había estado manoseando en mis efectos personales, puesto que el cofrecito estaba por el suelo, mientras que yo lo había guardado cuida-dosamente entre las demás cosas.

No dudé ni un solo segundo y me lancé a mi vez hacia la terraza en seguimiento de aquel ser desconocido. Quedé sorprendido al reconocer a Ketta que intentaba huir por el parque. Gracias a la débil pesadez que me beneficiaba, conseguí alcanzarla en pocos saltos y la agarré por un brazo.

—¡Curiosa manera de acoger a los extranjeros en Zorca! ¿Qué hacía usted cuando entré en mi habitación?

Hice la pregunta otra vez, pues tenía la impresión de haber hablado demasiado aprisa y no haberme concentrado lo suficientemente.

—*¿Qué hice de malo?*

—Empiezo a estar hasta las narices...

—...

—Quiero decir que esto empieza a convertirse en algo que me pone frenético. ¿Me ha com-prendido?

La llevé hasta mi apartamento y le mostré el desorden que reinaba entre mis asuntos, luego cogí la caja cúbica.

—¿Este objeto es lo que os intriga, no es cierto?

Ella movió la cabeza.

—Con esto se demuestra que la curiosidad femenina no es un defecto exclusivamente terráqueo. Pero vamos a dejarlo. ¿Qué quiere usted saber? ¿Lo que hay aquí dentro? ¡Pues bien, ábralo!

—*No es posible, ya lo intenté* —confesó la onda-pensamiento.

—¿Pero con qué derecho, si puede saberse?

—*¿No soy su futura esposa genética?*

No me gustaba demasiado este término científico que suprimía toda la feminidad a la que me ofrecían como si se tratara de una vulgar mercancía.

Cuando este pensamiento se formaba en mi cabeza, intenté reforzar mi tensión mental al máximo, para ver de experimentar la curiosa facultad psíquica de que me había hablado Ketta. Fue un esfuerzo perdido. Me di cuenta inmediatamente de que había interceptado mi juicio, ya que se mostró extrañada y súbitamente me confesó:

—*Es un gran honor que mi padre le ha hecho. Sólo un personaje relevante puede verse ofrecer la hija de un genio. ¿No ocurre así en vuestro mundo?*

—Temo mucho que no podríais comprenderme. En nuestro mundo, cuando dos seres se unen, es porque se aman. Ahora bien, yo no le amo, y usted tampoco me ama, Ketta.

Se puso a reír con verdadera animación, lo cual me molestó bastante.

—*No veo nada de particular en esto. Es perfectamente normal y nosotros no eludimos esta regla, amigo terráqueo. Nos amaremos cuando hayamos soportado los tests.*

—¿De qué tests se trata?

—*¡Oh!, es bien sencillo. Nuestra ciencia ha vencido desde hace mucho tiempo estas triviales cuestiones sexuales en las que 'el amor estaba considerado en otros tiempos como una inclinación natural, una pasión misteriosa por el ser del cual se desea la posesión. Hoy en día, se llega a influir a los sujetos fisiológicamente incapaces de conocer o comprender el amor. Este sentimiento, en realidad, no depende más que de una reacción química que se efectúa en el seno del sistema adrenosimpático. Dosificando convenientemente la cantidad de sales de potasio contenida en el organismo, regulando los intercambios radiactivos a menudo más manifiestos en el macho que en la hembra, llegamos a producir en el sujeto el sentimiento amoroso que desea o que se espera de él. Algunos tienen una oxigenación deficiente de las células, en otros una insuficiencia de thiamina o de fósforo, o bien se trata del hígado que no libera suficiente glicógeno o insulina para regular la combustión de los azúcares. Ya ve usted que el amor no es más que una cuestión de moléculas y que...*

Corté su disertación por medio de un gesto:

—Por el amor del cielo, pare usted su discursito. No entiendo nada de lo que me ha dicho. No tengo ninguna intención de casarme con

usted, tengo otras preocupaciones en la cabeza y no estoy dispuesto a tragar vuestro filtro mágico.

Mientras estaba hablando, ella no había dejado de mirar el cofrecito metálico que continuaba estando en mis manos, de manera que no pude evitar el decirle:

—Vamos, vamos, deje usted de conducirse como una niña caprichosa y escuche lo que le estoy diciendo.

—*¿Por qué no lo abre?*

Esperaba la pregunta y evité pensar en que ignoraba el funcionamiento del mecanismo de seguridad. He de suponer que esta vez era dueño del control de mi mente, toda vez que ella no se dio cuenta de nada y yo lo aproveché para tomarla por el brazo y acompañarla hasta la terraza.

Me dejó hacer y me sonrió gentilmente.

—*Usted desconfía de mí, y esto no es muy amable de su parte. Se lo ruego, dígame lo que contiene esta caja.*

—Es usted la mujer .más testaruda que jamás haya conocido.

—*Son piedras preciosas procedentes de vuestro planeta, ¿no es cierto?*

—Pero...

—*¿Una fortuna colosal que le convierte a usted en un hombre poderoso...?*

—Ketta...

—*¿El secreto de su fuerza y su inteligencia?*

—Yo no...

—*¿Puede ser la felicidad de un pueblo o su perdición?*

Parecía a un mismo tiempo furiosa, ultrajada, suplicante, y tan desgraciada que en principio no supe como tomarlo ni cómo hacer para calmarla y poner fin a esta conversación que juzgaba, más que otra cosa, ridícula, pues que no tenía salida.

Luego, intentando conservar toda la calma, le confié:

—Todas estas razones deberían incitaros a tener un poco más de prudencia. Siempre hay que desconfiar de una caja de Pandora.

—*No he comprendido la última palabra.*

—Es una antigua leyenda de mi país. Una antigua divinidad, después de haber creado la primera mujer, la confió al dios de los dioses que la mandó sobre la Tierra para que se casara con el primer hombre. Pero le había dado una caja con la advertencia de que no debía abrirla jamás. Desgraciadamente, Pandora no respetó su promesa y su acción cambió la suerte de las futuras generaciones.

—*¿Qué había en la caja?*

—Todos los males que pueden afligir a la humanidad. Se

esparcieron por el mundo, y en el fondo de la caja no quedó más que una sola cosa: la Esperanza.

—Es una historia muy bonita, pero demasiado terrible, ¿no le parece?

Lanzó una última mirada sobre mí, luego al cofrecito y marchó hacia el parque. Y yo me quedé solo… terriblemente solo, con mis temores y mis ilusiones, pues ahora era yo el más aterrorizado.

Una fortuna, había dicho. ¿Quién sabe? Era posible… También era posible otra cosa… Muchas otras cosas… O, quizá, nada.

A partir de aquel momento, la caja se convirtió, para mí, en una verdadera obsesión, ya que me daba cuenta, cada vez más, de que los zorcanianos no me dejarían tranquilo mientras no hubieran penetrado su secreto.

Debo reconocer que por lo que me concernía, a veces me sentía lleno de cólera contra ese me-canismo que rehusaba obstinadamente a ceder.

Bien pronto tomé la decisión de esconder esta misteriosa caja para sustraerla a la general codicia, pero me preguntaba dónde podría disimularla.

Si en su interior no había nada, ¿qué podía importarme, al fin y al cabo? Pero sin darme cuenta, me decía que posiblemente hubiese algo en su interior. ¡Verdaderamente, tuve una buena ocurrencia al coger este objeto caído cerca del cuerpo de Harrison, en Adonis!

Cuanto más me esforzaba en no pensar en ello, más me sentía inclinado a formularme preguntas a su respecto. Pensaba que el cofrecillo podía contener una fortuna en piedras preciosas o en joyas, ya que multitud de detalles acudían a mi mente, particularmente el recuerdo de la inmoderada afición que Harrison sentía por los objetos de valor.

¿No habíamos hablado largo y tendido, los dos, durante las horas de descanso? Entonces pude darme cuenta de que Harrison era un coleccionista nato y muy amante de los objetos raros.

Pudiera muy bien ser que hubiese llevado consigo hasta la superficie del planetoide ese cofrecillo que sacara de la base comoriana y cuyo contenido le hubiera fascinado. Debió de cerrar la tapa inconscientemente o por descuido, al probar de huir de la muerte que le amenazaría.

Cuando pensaba en ello, no acababa de comprender esa muerte que había abatido a todos mis compañeros que intentaron profanar aquel extraño santuario. ¿Qué había ocurrido, en realidad?

¿Y qué ocurriría si conseguía abrir esta caja infernal?

Conseguí dominarme y considerar fríamente la situación. En cierto sentido, si se trataba de un poder material cualquiera, no podía proceder más que de los comorianos, pues por mucho que buscara entre mis recuerdos no conseguía recordar que esta caja hubiera pertenecido a ninguno de mis compañeros.

Nunca la había visto anteriormente.

Y, en este caso, ¿no sería mi obligación entregar la caja a los genios, que la emplearían, quizá, para mejorar la suerte de sus semejantes? ¿Quién sabe, incluso, si ella no les permitiría tener en jaque la potencia de Comor?

Y también me preguntaba si tenía el derecho de arrastrar a esta pobre humanidad, bastante baqueteada ya, hacia un destino tan horrible como el de mis compañeros.

Después de haber reflexionado y madurado bien el pro y el contra, tomé mi decisión. Esperé la llegada de la noche y me aventuré en el parque llevando conmigo la misteriosa caja.

Tuve que emplear algunos minutos en encontrar un lugar desierto. Me arrodillé y me puse a cavar en el suelo con las manos, hasta haber conseguido hacer un agujero bastante profundo para cajita fue la misma que debe de experimentar un meter en él la cajita.

La impresión que me produjo separarme de la cajita fue la misma que debe de experimentar un avaro que hubiera de dejar su caja fuerte, pero era inútil pensar de nuevo en la cuestión, mi decisión había sido tomada y yo había meditado largamente en todo ello.

Volví a cubrir el hoyo después de haber dado una última ojeada a la caja, coloqué la tierra, borré con cuidado las señales, y luego eché una mirada alrededor, lanzando un suspiro de alivio al darme cuenta de que nadie me había visto.

Conocía ahora el efecto que producía haberme desprendido, al fin, de mi obsesión, y me parecía que podía respirar más libremente.

Regresé rápidamente hasta mí habitación, puse en marcha el «desgravitador» y no tardé en quedar sumergido en un profundo sueño.

XII

El día siguiente encontré los genios que me habían hecho comparecer en una de las salas de Palacio donde permanecían constantemente reunidos, sumergidos en el estudio del problema que les había planteado, que se mostraba mucho más arduo de lo que hubiera podido suponerse en un principio.

Era preciso, antes que nada, estar seguro de que la reina Zamora aceptaría recibir en Comor a una delegación zorcaniana.

Con este propósito, se habían dirigido a Comor diversos mensajes para preparar el que me pro-ponía redactar, y todo estaba a punto, como se complacieron en comunicármelo.

Se me condujo a otra sala donde podían verse toda clase de complicados aparatos, los unos más que los otros. Multitud de técnicos se afanaban en la estación videofónica, donde se utilizarían los traductores lingüísticos corrientes, encargados de transmitir lo mismo a la reina Zamora que a mí mismo, los datos precisos del coloquio que íbamos a establecer.

Invitado por uno de los sabios, me instalé en una silla emplazada frente a una pantalla, y coloqué en mi cabeza un casco con auriculares; luego realicé todas las maniobras que me indicaron, vigilando la cabina de los técnicos.

Al empezar se oyeron algunos ruidos desagradables, luego aparecieron varios destellos luminosos y fulgurantes en la cabina de cristal, mientras se establecía la comunicación interespacial; en seguida parpadeó una lamparita verde situada ante mí al tiempo que aparecían en la pantalla diversos colores cambiantes que no tardaron en hacerse más precisos.

Una forma indefinida, etérea, bailó un momento ante mis ojos, luego se concretó en la imagen de una mujer de una belleza sorprendente, fascinante. Se adivinaba implacable, extraña a cualquier sentimiento humano, pero no se podía permanecer insensible a esa belleza indomable, a esa inflexible voluntad y sobre todo a ese extraño atractivo que emanaba de todo su ser.

Su mirada se puso en mí, dura e impenetrable, y me sentí súbitamente mucho más turbado de lo que hubiera querido aparecer. Siempre mis viejos complejos de inferioridad que se manifestaban en los momentos más críticos.

Ella fue la primera que habló:

—La reina Zamora os saluda, hombre de la Tierra. Debo

informaros, antes de pasar adelante, que si os hacéis, voluntariamente o no, el parlamentario del gobierno zorcaniano, todos vuestros esfuerzos serán inútiles, ya que rechazo toda clase de negociación con ese pueblo indigno de nuestro interés.

En el acto me arrepentí de haberme metido en una aventura semejante. Nunca había sido diplomático y este papel de mediador me parecía por encima de mis fuerzas. Pero ya no podía echarme atrás y tuve que hacer un llamamiento a toda mi flema y a toda mi lucidez para enfrentarme a la situación que se presentaba.

—Mi estancia en Zorca, Majestad, es puramente accidental y es únicamente en nombre de mis semejantes que he solicitado esta comunicación.

—En este caso, os escucho.

—Estamos al corriente de vuestras actividades y no aprobamos los métodos empleados para satisfacer vuestros propios intereses. Nos cuesta comprender cuál pueda ser el objetivo que perseguís con esta monstruosa experiencia, que excede del ámbito de vuestro sistema, toda vez que afecta a todos los planetas anteriores. El aumento de temperatura del astro central que habéis provocado ha destruido enteramente la vida humana en Venus y mi pueblo está a punto de seguir la misma suerte. Es un asesinato colectivo que ningún ser racional, proceda de donde proceda, puede admitir sin sentir la misma indignación que experimento yo en estos instantes.

—Esto no es cierto, y no puedo creer en vuestras palabras. No somos en absoluto responsables de las catástrofes que se han producido en Venus ni en la Tierra.

—¿Es que acaso negaréis, Majestad, las que se han desatado en Zorca?

—Esta es otra cuestión. Si ese pueblo decadente, del cual sois amigo, hubiera seguido mis consejos, habría podido ahorrarse su actual desgracia.

—¿Es acaso un crimen que un pueblo tan avanzado, se niegue a la esclavitud y sometimiento a que le destinabais?

—Me parece que no comprendéis muy bien las leyes de la Naturaleza, hombre de la Tierra. La necesidad es la causa universal que rige el mundo. Un pueblo superior somete siempre a los que son sus inferiores; desgraciadamente, a cualquier precio que se compre un objeto inútil, hay que pagarlo, por desgracia, siempre demasiado caro. Es el caso de Zorca. ¿Qué puede importarnos esa raza degenerada, que no tiene lugar en el sistema donde nosotros. somos los dueños? Hay que tener conciencia del propio valor y admitir la negociación.

Esbozó una sonrisa cruel que me heló la sangre en las venas, se tomó su tiempo y añadió:

—Conocemos el vuestro y estamos dispuestos a tratar sobre vuestro espíritu genial.

—¿Qué queréis decir?

—Que estamos interesados por vuestra curiosa personalidad, y que os ofrecemos un lugar en el seno de nuestra comunidad. Sabemos el papel que habéis desempeñado cerca de los genios de Zorca, los nuestros os aprecian en vuestro justo valor y estarían contentos de acogeros entre ellos. Abandonad ese mundo agonizante, un destino mucho mejor os aguarda en Comor, creedme.

Nada más lejos de mi imaginación que esperar recibir una propuesta semejante. Una sorda rebelión rugió en mi interior y con una voz irritada respondí:

—Majestad, no os dais cuenta del horror que suponen vuestros actos. ¿Con qué derecho os adjudicáis una pretendida superioridad? ¿Cree vuestra Majestad, que los terráqueos van a cruzarse de brazos, ahora que conocen los responsables de las desgracias que se abaten sobre su planeta? Somos muy superiores en número y disponemos de medios eficaces para combatiros si continuáis empeñados en vuestras absurdas empresas.

Me había echado un farol sin reflexionar. No quería que ella pudiera adivinar la verdad, pero una vez más iba a recibir una decepción, ya que me replicó:

—No intente intimidarme, hombre de la Tierra. Vuestros semejantes no saben nada del papel que estáis desempeñando en este asunto, y aunque lo supieran, no tenemos nada que temer, ya que son incapaces de declaramos la guerra, y vos lo sabéis bien. Empieza a ser hora de mirar las cosas frente a frente. Por lo que os concierne a vos, mi proposición sigue en pie durante dos jomadas zorcanianas. Os aconsejo meditar sobre ella.

—Ya está todo meditado, no me interesa.

—Entonces vos seréis el único responsable. Movió ligeramente la cabeza, me miró una vez más, y declaró:

—De todas formas esperaré el plazo fijado.

La imagen desapareció bruscamente y la pantalla se oscureció mientras me quedaba pensativo, furioso en mi interior por el fracaso que acababa de sufrir.

Todo mi aplomo, mis fanfarronadas, mi voluntad, no habían causado ningún efecto sobre la obstinada e implacable soberana de Comor.

Y ahora no me quedaba la menor esperanza, me sentía completamente aniquilado.

Cuando me reuní con los genios, comprendí que ellos también estaban desesperados —hay que reconocer que tenían motivos sobrados— y que la situación no tenía salida.

Pero, pasados los primeros minutos de abatimiento, mi espíritu combativo se resistía a admitir esta derrota, ya que me decía que tenía que haber forzosamente un medio para poder salir de este laberinto, y que era yo quien debía hallarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Todo el mundo podía darse cuenta ahora del terrible peligro inminente, puesto que la reina Zamora no iba a temblar para desencadenar un ataque decisivo, y sobre la marcha se decidió que los genios fueran a deliberar para tomar las medidas que se imponían.

El pueblo zorcaniano tenía que ser advertido inmediatamente, mientras se tomaban las medidas de seguridad consideradas necesarias.

Se cursaron las órdenes entre la fiebre general que se había apoderado de toda la población.

Todos los que no podían combatir debían refugiarse en las ciudades subterráneas que se estaban acondicionando, mientras que los individuos aptos, hombres y mujeres, iban a ser movilizados para enfrentarse con el invasor. Se defenderían con todos los medios a su alcance, y no era, evidentemente, asunto de trasladarse a Comor, como se había pensado en un determinado momento.

Algunas horas después, las torres de control indicaban que algunos aparatos comorianos aislados sobrevolaban por las, altas capas de la atmósfera creando un principio de pánico entre los habitantes de Zorca. Fue preciso difundir inmediatamente un llamamiento a la serenidad para tranquilizar a los inquietos.

Durante los dos días que me habían concedido para darles mi respuesta, tuvimos la ocasión de ver más aparatos, lo cual mantuvo un clima de temor y angustia, pero tales aparatos desaparecían después de algún tiempo.

Cuando pensaba en ello, había un hecho que me parecía de lo más sorprendente. Los comorianos, en efecto, parecían hallarse al corriente de todo cuanto ocurría en Zorca. Incluso el papel que había tenido que desempeñar yo, no les era desconocido. ¿A qué, diablo, podíamos atribuir esto, y cómo podían saberlo ellos?

Entonces pensé súbitamente en el famoso cofrecillo y me pregunté si la reina Zamora estaría al corriente de su existencia. En tal caso, ¿cómo no me lo había dicho?

Una vez más, estuve indeciso entre el deseo de sustraerlo a la codicia general y el de entregarlo conscientemente a los genios. Después de unos momentos de reflexión, me incliné a la segunda de las soluciones que me obligó a dirigirme hacia el parque en busca de mi escondite.

Pude darme cuenta inmediatamente de que había ocurrido algo imprevisto. En el lugar en que había escondido el cofrecillo, la tierra aparecía removida, levantada, y un ancho agujero completamente vacío se ofrecía a mi contemplación.

Hube de rendirme a la evidencia: el cofrecillo había desaparecido.

Furioso y decepcionado al mismo tiempo, pensé en Ketta y me lancé en su busca. Tuve la suerte de encontrarla bastante pronto, como si hubiera estado esperando mi llegada, y sin perder un minuto le dije lo que pensaba.

Conservó una calma y una sangre fría extraordinaria, y luego con un signo de cabeza me invitó a seguirla. Me hizo pasar por un dédalo de corredores y galerías para hacerme penetrar al fin en una pieza muy grande, una especie de laboratorio donde estaban Jikor, Zorik, Moniok y Lork.

—*Era la única manera de saber la verdad* —me confesó, designando a los cuatro genios re-unidos alrededor de una mesa, en la cual pude reconocer la presencia del cofrecillo en cuestión

—Me vigilaba usted, ¿no es cierto? Tenga la seguridad de que no le estoy agradecido por lo que ha hecho.

—*Era necesario, no esté enfadado conmigo. Usted no lo habría consentido voluntariamente.*

—Se equivoca, Ketta. Precisamente iba a traerlo para confiárselo a ustedes —le espeté con una voz sorda.

Frunció las cejas, comprendió mi sinceridad y su onda-pensamiento me respondió:

—*Perdónenos, no lo sabíamos.*

Vi como su padre, el profesor Lork, se levantaba para acercarse lentamente:

—En una situación desesperada, se agarra uno a todas las esperanzas. Pero no tema, su secreto continuará, sin duda, inviolable para siempre jamás.

—¿Qué quiere decir?

Señaló con la mano en dirección al cofrecito y añadió:

—Todos nuestros esfuerzos para abrirlo han sido inútiles. No me refiero al mecanismo de seguridad que ofrece muchos millares de combinaciones posibles, de manera que nosotros hemos calculado su

número en una cifra tan elevada que si tuviéramos que probarlas todas y empleáramos en cada un minuto, necesitaríamos 128.456.783 años de los vuestros para realizarlas todas. Y no es necesario decir que la buena solución sería la última. No podemos perder tanto tiempo. Así que hemos probado otros medios más expeditivos. Ha sido inútil. Esta extraña materia resiste a las temperaturas más elevadas que podamos producir. Es inatacable a las presiones y a los choques que ha tenido que soportar, ninguna onda ni radiación la atraviesa, de tal forma que nos damos por vencidos, somos incapaces de saber lo que contiene.

Hizo otro gesto y prosiguió:

—Puede usted tomar su cajita, señor Verneuil. Puedo aseguraros que de ahora en adelante nadie os molestará respecto a ella.

Volvió junto a sus colegas, indicándome de este modo que la entrevista había terminado, y cuando iba a decirles que estábamos iguales, que tampoco yo conocía su contenido, una llamada visiofónica detuvo mi intento. Provenía de la estación situada en el ala derecha del Palacio.

Un mensaje recibido de Comor nos informaba que la reina Zamora deseaba hablar conmigo cuanto antes mejor.

He de confesar que me preguntaba intrigado lo que podía significar tal deseo, pero no tenía el derecho de excusarme y así me limité a decir:

—Estoy dispuesto a complacer su petición.

Me condujeron inmediatamente a la estación videofónica en donde establecieron rápidamente la comunicación con el satélite Comor.

XIII

La imagen de la soberana no tardó más que unos segundos en aparecer en la pantalla y no tardé en darme cuenta de la inquietud y nerviosismo que la dominaban al parecer. Esto me extrañó tanto más porque había tenido, la ocasión de conocer el dominio y la firmeza de su temperamento.

Estuve preparado desde las primeras palabras que pronunció, y escuché sin demostrar la mínima emoción la repetición de su ofrecimiento anterior de recibirme en su satélite.

Como yo ofrecía el aspecto de querer mantenerme en mis primitivas posiciones, se lanzó brutalmente a manifestar su odio y su cólera, profiriendo determinadas amenazas y asegurando que bajo ningún pretexto estaba dispuesta a darme una nueva oportunidad ni un nuevo plazo.

Y este plazo iba a ser el que haría sonar el toque de difuntos de los habitantes de Zorca» así como el mío.

A tales manifestaciones opuse una cara lo más inexpresiva que me fue posible.

La cara de la reina volvió a su habitual impasibilidad, sus grandes ojos brillantes me miraron con mayor fuerza y me dijo:

—¿Por qué es usted tan testarudo? Nosotros no deseamos para sus semejantes ni para usted ningún mal. Tiene usted en su poder un cofrecillo, que me pertenece, de un metal sintético. Os ofrezco respetaros la vida a cambio de ese objeto, y me hago responsable de vuestro porvenir. Estoy dispuesta, incluso, a conduciros a la Tierra, si ese es vuestro deseo. Nadie os hará ningún daño, puedo afirmarlo solemnemente, en mi calidad de soberana.

Ahora, todo me parecía más interesante. Más que nunca debía mostrarme prudente si no quería que la oportunidad que entreveía se me escapara.

—Majestad, no se trata ahora de mi propia seguridad. Y puedo aseguraros que no pretendo iniciar negociaciones sobre el cofrecillo en condiciones tan ridículas.

—Sin embargo, sabéis que jamás os servirá de nada.

—¿Cómo es posible que os mostréis tan segura al respecto?

—Jamás encontraréis el modo de abrirlo.

—En vuestro lugar, Majestad, no estaría tan seguro.

—No puedo creeros.

—Os equivocáis, Majestad. Mis camaradas lo han abierto, y yo

puedo conseguirlo también.

—Eso es falso... es imposible... me mentís... no puedo creerlo...

—Si es así, no creo necesario proseguir una conversación como esta.

—Como queráis, hombre de la Tierra. No puedo menos que lamentar vuestra obstinación. Una sola palabra vuestra habría podido cambiar el aspecto de las cosas, pero ahora ya es demasiado tarde. Nuestra máquina de guerra está ya en marcha y, dentro de pocas horas, arrasaremos la superficie de Zorca que aún sigue intacta. Entonces podremos recuperar ese objeto, sea lo que fuere lo que usted haga.

Tuvo una sonrisa cruel para terminar:

—Esto os demostrará que no os he creído. Si, a pesar de lo que pienso, conocierais el contenido del cofrecito, de lo cual dudo, meditad largamente mis palabras. Adiós.-

Ni los que me rodeaban, ni yo mismo, tuvimos el tiempo de buscar profundizar en esta alusión ni tampoco en el sentido de la advertencia que nos había sido hecha, pues inmediatamente llegaron a nuestro centro videofónico multitud de llamadas.

Un cohete gigantesco acababa de ser avistado, lanzado hacia Zorca con el impulso que le daba toda la potencia de sus reactores.

Era preciso admitir que la reina Zamora no había exagerado. Esta vez el peligro era inminente y, tal como nosotros lo habíamos previsto más o menos, debíamos hacerle frente sin perder tiempo.

La señal de alarma fue dada inmediatamente, mientras se transmitían las órdenes oportunas a todas las estaciones, y que se ponía en movimiento el sistema de defensa antiaérea.

Íbamos a refugiarnos todos en las instalaciones subterráneas preparadas no lejos de allí, que tenían comunicación con el Palacio por medio de un largo túnel recorrido en todos sentidos por vehículos autónomos.

En compañía de los genios llegué bien pronto a un salón en donde se encontraban una multitud de personas que se atareaban en trabajos distintos, yendo y viniendo en el seno de este vasto hormiguero.

Entonces me enteré de que todo el hemisferio abandonado estaba lleno de túneles y galerías durante kilómetros y más kilómetros, con grandes salas parecidas a esta.

En el fondo, tenía que admirar el valor y la perseverancia de este pueblo que, durante años y más años de trabajo encarnizado, había conseguido hacer de las entrañas de su satélite un refugio acogedor.

Tubos luminiscentes, azules o rosas, hacían, brillar las paredes lisas

y redondeadas, de metal gris, donde cruzaban multitud de cables formando una red complejísima.

Rampas y plataformas móviles descendían hasta nosotros a través de las capas geológicas, sabiamente disimuladas, o bien ascendían hasta la cumbre de las montañas o de los picos que servían de puestos de observación, y otros se desvanecían gradualmente en la perspectiva circular de las salas y los pasadizos.

Entre las redes de radares y todas las demás instalaciones ofensivas y defensivas se mantenía una relación constante.

El mosconeo continuo de los acondicionadores de aire creaba un ruido de fondo que no po día dominar entre el estruendo que repercutía en las galerías y en las salas. Ante mí, todo un pueblo se preparaba a luchar, todo un pueblo a quien una naturaleza hostil había condenado de antemano y que a pesar de ello no se resignaba a declararse vencido.

Todo estaba regulado, fijado, controlado, previsto...

Sobre las pantallas veía proyectarse líneas de colores que se apresuraban y superponían en medio de locas zarabandas. Pronto palidecieron algo en su consistencia y movilidad, mientras que unos puntos luminosos, fijos esta vez, se estabilizaban. Las ondas espaciales estaban dispuestas para la búsqueda.

Al fin se pudo ver la forma fina, estilizada, alargada, maravillosamente carenada de un cohete que estaba lanzado en vacío centelleante.

Un silencio de muerte sustituyó bruscamente al bordoneo de antes, y ya no oí más el ruido de los acondicionadores de aire. Mi corazón latía demasiado aprisa en mi pecho, y sus latidos eran los únicos sonidos que me fuera dable oír en esos instantes.

Como los demás, esperaba... vigilando las pantallas y las señales automáticas.

De un momento a otro, iba a iniciarse el drama.

Una vez más, mi mirada resbaló por las pantallas estereoscópicas. En el cielo constelado,, las lunas de Júpiter brillaban, insensibles al drama y a la angustia de los hombres.

Repentinamente, lo que temíamos llegaba.

En principio fueron unos trazos cegadores de fuego, que quemaron las pantallas, fijando las imágenes, creando en la sala zonas claras y oscuras que danzaban por los muros, mientras los objetos y las caras parecían librados a una danza infernal y alucinante.

Una voz se alzó y gritó algo que no comprendí.

De viva voz o telepáticamente, unas órdenes breves,

conversaciones y comunicaciones se es-tablecían a mi alrededor.

Me volví hacia Lork.

—Emplean un sistema de transmisión a distancia vía magnetrón.

Jikor prosiguió:

—Acabamos de registrar la intensidad de un haz eléctrico de diez millones de voltios emitidos desde el cohete.

—¿Qué se propondrán hacer?

La voz sorda de Moniok me informó:

—Adivino su táctica. Se han dado cuenta de todas las antenas de vigilancia y de radar, todas las redes eléctricas y los proyectores magnéticos de seguridad, que se hallan conectados a la red de energía del satélite. Van a fundirlo todo.

Gracias a las pantallas, pudimos darnos cuenta de que Moniok había estado en lo cierto. Todo lo que él había previsto estaba realizándose ya.

El potente regenerador de sodio instalado en el cohete enemigo barría la superficie del he-misferio con su rayo mortal que destrozaba todas las instalaciones eléctricas.

Detonaciones gigantescas llegaron, por transmisión, hasta nosotros. Eran las centrales atómicas que estallaban en medio de formidables surtidores de fuego y de llamas, mientras por todas partes se iniciaban incendios gigantescos.

Fuimos siguiendo los destrozos a medida que se producían. Muchas estaciones de vigilancia y de videofonía fueron pulverizadas, desintegradas, mientras los transformadores de energía estallaban, acarreando la destrucción masiva de importantes refugios subterráneos.

El pánico reinó inmediatamente sobre nuestro desgraciado hemisferio, tan cruelmente vapuleado, y la desesperación no tardó en apoderarse de todos los centros de refugio.

El plan de los comorianos era de una simplicidad terrible, ya que tendía a privar a Zorca de toda defensa y de toda fuente de energía. Cuando esto habría sido conseguido, nuestros enemigos no tendrían ninguna dificultad en abordarlo y acabar, sin riesgo, con los últimos supervivientes.

Pude oír cerca de mí una breve conversación entre los cuatro genios, y me quedé parado de su calma y sangre fría. No comprendía nada de lo que estaban diciendo, pero adivinaba que estaban procediendo a un intercambio de ideas sobre algo que parecía preocuparles en gran manera.

Fueron hacia los registros automáticos, estudiaron los diagramas

expedidos por los compu-tadores, dieron algunas órdenes, escucharon los datos transmitidos por el puesto de control del Palacio que funcionaba todavía.

Vi a Moniok garrapatear unos signos en una hoja de papel, mientras Lork hacía lo mismo por su lado y que Jikor y Zorik metían en marcha las calculadores electrónicas.

¿Cuál era el trabajo tan singular a que se estaban dedicando en estos, quizá, postreros minutos de nuestra existencia?

No lo supe hasta más tarde… cuando me extrañé de continuar aún con vida. ¿Por qué azar milagroso habíamos escapado a este nuevo cataclismo?

Jikor me arrastró hasta las pantallas. Maquinalmente, pude notar que estaba lívido y casi al límite de sus fuerzas.

—Mire. Esta vez, serán ellos o nosotros…

La imagen del cohete, siempre reflejada fielmente por las pantallas, apareció, y me pregunté qué iba a ocurrir.

Repentinamente, un largo trazo cegador partió del suelo, azotando brutalmente el haz iridescente emitido por el aparato comoriano, mezclándose estrechamente a él, y llegando, poco a poco, hasta el mismo vientre del ingenio.

Este se inflamó violentamente con una cegadora claridad, luego pudimos ver como la gigantesca máquina perdía su estabilidad y danzaba peligrosamente.

Yo la miraba sin llegar a encontrar la menor explicación a todo esto, cuando Jikor, cuya cara estaba resplandeciente, me susurré:

—Nos hemos salvado. Hemos conseguido hacernos con el control del cohete.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Oh, una cosa bien sencilla! Era suficiente calcular la longitud del arco producido por el haz destructor. En función de dicha longitud, hemos intensificado al máximo la potencia energética de nuestro proyector magnético de seguridad, arriesgándonos a provocar nuestra propia destrucción a nuestras manos. Por suerte, nuestra instalación ha soportado la prueba, y hemos conseguido crear un campo negativo del mismo valor, que automáticamente ha aniquilado el haz enemigo.

—¿Una especie de corto-circuito, si lo he comprendido bien?

Me miró con aire extrañado, luego continuó:

—La generatriz ha sido destruida en el acto, y ahora tenemos al cohete bajo el control de nuestras ondas anti-g. Mire, ahora lo dirigimos hacia el Palacio.

No podía creer a lo que veía ni a lo que oía.

Nunca he apreciado más al genio que en ese día.

Entonces me di cuenta de la presencia de Ketta a mi lado. Para decirlo con franqueza la había olvidado por completo; a ella y a esa endiablada caja que tenía entre sus manos y que me ofrecía con una triste sonrisa:

—*La había olvidado usted, guárdela.*

XIV

Muy pocos sectores de Zorca restaron intactos, pero las destrucciones eran verdaderamente muy importantes, y la noche más profunda reinaba en el hemisferio oscuro.

Después de una rápida investigación, pudimos constatar que las centrales ya no funcionaban y las pérdidas humanas se cifraban por millares.

Fue Ketta, que permanecía a mi lado, quien me dio todas estas informaciones, mientras se efectuaban las últimas maniobras para dirigir el cohete de Comor hacia Palacio.

Después de haber regresado hacia las instalaciones de la superficie, los genios me invitaron, lo mismo que Ketta, a trasladarme con ellos hasta una de las torres de observación, donde pudimos con toda comodidad asistir a la llegada de la gigantesca astronave enemiga que las ondas anti-g continuaban dirigiendo.

Se comunicó a la tripulación comoriana su situación, ante la cual no les quedó más remedio que rendirse. Tomamos la precaución de haberlos recibir por los robots pilotos que les condujeron en el acto al interior de Palacio donde fueron en seguida recibidos por los genios y el Cuerpo Científico que dirigía el satélite.

Yo estaba presente, desde luego, cuando el grupo de los seis comorianos a las órdenes del general Zorbak hizo su entrada.

Se intentó conseguir que hablaran, pero se negaron rotundamente a hacer la menor declaración, mientras los equipos especializados se dirigían rápidamente hacia el cohete para investigar.

Personalmente estaba muy interesado en los acontecimientos y seguí al profesor Lork que se trasladó a bordo de la astronave comoriana. Inmediatamente se dio cuenta de que el puesto ondiónico de a bordo había recibido serios daños cuando fue destruida la generadora.

Jikor, Moniok y Zorik no cesaron de dirigir mensajes, uno tras otro, a los cuatro puntos cardinales del hemisferio para anunciar el acontecimiento que acababa de producirse, pero las noticias que les llegaban un poco de cada lado eran muy alarmantes y las primeras verificaciones permitían darse cuenta de la extensión del desastre, que era mucho más considerable de lo que cierto optimismo nos había hecho suponer al principio.

Se cursaron órdenes para que nadie abandonara los refugios por el momento, ya que era conveniente, antes que nada, llevar a efecto un

balance provisional de la catástrofe.

El profesor York tardó unas horas, en las que estuvo lleno de febril actividad, hasta que resolvió volver al lado de sus colegas, a los cuales se dirigió en francés, con objeto de que yo no me perdiera ni una sola de sus palabras.

—Nos hallamos en presencia de un aparato de transporte equipado de una manera provisional para poder llevar a cabo el ataque que hemos tenido que soportar, lo cual nos permite suponer que los comorianos no tienen intención de mandarnos más aparatos como éste. Desde luego que no se trata más que de mi opinión personal, ya que sólo Dios sabe lo que nuestros enemigos nos reservan.

—¿Qué clase de aparato de transporte? —pregunté a quema ropa.

El profesor Lork, de momento algo intrigado, consintió de todos modos en responder a mi pre-gunta.

—Es muy probable que se trate de uno de los aparatos que sirven a los comorianos para transportar sus cargamentos de bombas cohetes sobre Rolca, el primer satélite, en el cual han preparado las rampas de lanzamiento. He podido descubrir los depósitos y las bodegas que creo están en condiciones para llenar tal cometido.

Muchas otras preguntas parecidas fueron planteadas por Jikor, Moniok y Zorik a su colega, mientras yo me quedaba abismado en profundas reflexiones no haciendo caso más que con oídos distraídos a las conversaciones sostenidas a mi alrededor.

Repentinamente, me encaré con Lork:

—Ha dicho usted que el puesto ondiónico había quedado fuera de servicio cuando habéis puesto en marcha vuestro mecanismo de campo negativo.

—Todo lo hace suponer así.

—En ese caso, se me ocurre una idea.

Mi mirada se trasladó por un momento hacia el cofrecillo de metal que continuaba manteniendo apretado contra mí, y luego resolví, de una vez:

—Antes que nada quiero hacer unas cuantas preguntas. ¿La maquinaria del cohete está aún en buen funcionamiento?

—Sí, yo mismo lo he comprobado —afirmó Lork.

—Según su opinión, ¿el cohete puede, sin riesgo, reemprender el camino de Comor?

—Sin duda alguna,,

—Si, como dice usted, el mando ondiónico ha dejado de funcionar desde nuestra intervención, podemos deducir que la tripulación se ha encontrado con la imposibilidad de advertir a Comor. Así que,

actualmente, la reina Zamora no sabe nada de la captura de su aparato.

—Exacto.

—En este caso, vea usted mi proposición. Usted se habrá dado cuenta, como yo, del inmenso interés que tiene la reina de Comor en este objeto que conservo conmigo. Nada importan, en la actualidad, los motivos o las razones por los cuales me siento impulsado a guardarlo tan celosamente, ni si conozco o no el secreto que guarda. De cualquier manera tampoco me creería usted.

La mirada de Lork se cruzó con la de Ketta, al propio tiempo que yo reforzaba al máximo mi tensión mental.

Ketta me observó a hurtadillas, y luego pronunció dirigidas a los genios algunas palabras que no comprendí.

Lork sonrió ligeramente cuando me dijo:

—Mi hija me dice que ha progresado usted mucho en el dominio parapsíquico. Su barrera mental refractaria le protege de cualquier posible indiscreción. Le felicito, posee usted un innato sentido de la adaptación.

—Gracias, lo tendré en cuenta, profesor; pero volviendo a mi idea, si me lo permite. No tenemos ninguna posibilidad de ser recibidos por la reina Zamora, ella se opone. ¿Por qué no tomaríamos prestado su aparato? Abordaremos Comor sin ningún peligro, puesto que nadie se dará cuenta de nuestra estratagema. Estoy dispuesto a correr ese riesgo, y, puede usted creerme, no voy a hacer este viaje por nada. Le puedo garantizar que sabré negociar el interés por esta caja en su justo valor.

—Es una locura —dijo Moniok.

—Una inconsciencia —añadió Zorik.

—Un verdadero suicidio —gimió Jikor.

Aguardaba la reacción de Lork, pero con gran extrañeza por mi parce, no se pareció en nada a las de sus compañeros.

— Aguardad un instante —dijo éste como pensativo—, es conveniente no precipitarse en nuestro juicio.

—¿Va a proponer usted algo mejor?

—Señor Verneuil, usted nos ha planteado un problema últimamente: «iniciar un plan de campaña para invertir la situación», son sus mismas palabras, y además habéis añadido: «Estoy seguro de que hallarán ustedes la solución». Pues bien, amigo terráqueo, esta solución, creo haberla hallado. Antes que nada, permítame que le confiese que no tengo ninguna confianza en el valor del objeto que usted posee. Si tuviera tanta como al parecer queréis otorgarle, la

rema Zamora no se habría mostrado tan segura de ella misma, y si su contenido no representa a sus ojos más que el precio de una sola vida hu-mana, la vuestra, si llega el caso, hay que reconocer que el precio es bien irrisorio.

—¿No irá usted a decirme que no pienso más que en mi propio interés? Mi idea consiste en dejar la caja aquí, en Zorca.

»Jamás se me habría ocurrido hacer lo que habéis supuesto de mí, pero vuestras insinuaciones han sido formuladas para servir de trampolín a la solución que quiero someteros. Para obtener de la reina Zamora la capitulación completa, y la seguridad de que su pueblo dejará de perseguirnos, debemos atacarla, como usted ha dicho, en el centro más vital de su coraza He estudiado personalmente el cohete comoriano, ha sido fabricado enteramente de un metal sintético análogo al del cofrecillo, es decir, que puede resistir temperaturas muy elevadas. Esto se explica teniendo en cuenta que, al ser estos los cohetes que se encargan del transporte de las bombas-cohete hasta Rolca, tienen que poder soportar necesariamente el intenso calor que reina en este satélite en el cual no puede vivir ningún ser humano. Supongo que todo debe efectuarse mecánica y automáticamente, la descarga, la puesta en situación de los proyectiles, el teleguiado hasta Júpiter, etc. Por otro lado, y las observaciones llevadas a cabo confirman mi teoría, las bombas-cohete no estallan jamás en la superficie de Júpiter; antes al contrario, penetran profundamente en la masa en fusión, y la explosión se produce en el interior de este planeta-sol. Esto debe ser lo mismo que ocurre en el caso de nuestro astro central. En definitiva, este metal debe de resistir una temperatura de seis millones de grados, que es la temperatura que se supone existe en el núcleo del Sol. Este es, pues, mi proyecto: nos dirigiremos a Rolca, almacenaremos en el cohete una carga completa de bombas-cohete capaces de producir en Júpiter una reacción térmica tal que nada pueda sobrevivir en ninguno de los doce satélites, comprendidos evidentemente Zorca y Comor.

He de confesar que esta declaración causó cierto escalofrío en la asistencia. Vi a los compañeros de Lork mirarse en silencio, preguntándose visiblemente si me habían comprendido bien y no comprendiendo nada de todo lo que significaba tal proyecto.

Fui el primero en volver a hablar:

—Este gesto desesperado nos condena a todos irremediablemente.

—Esto es precisamente lo que hay que hacer creer a la reina Zamora, ya que no entra en mis propósitos cargar en el aparato los proyectiles con los explosivos. Les quitaremos las espoletas antes de

llevárnoslos.

—Pero cómo…

—Aquí es donde entra usted, señor Verneuil. Queda en libertad de probar su suerte con el cofrecillo, pero, se lo repito, no creo en ello. Le dejaremos en Comor y repartiremos inmediatamente hacia Rolca.

—¿Cuánto tiempo necesitarán para llevar a cabo esta misión?

Hizo un cálculo rápido, movió la cabeza y respondió:

—Cuarenta y ocho de vuestras horas, como máximo.

Sus tres colegas rehicieron mentalmente su cálculo y luego aprobaron con un movimiento de cabeza. Debía confiar en ellos.

—Usted y yo vamos a quedarnos en Comor —dijo ahora Lork—. Cueste lo que cueste, de-beremos resistir allí hasta la realización del proyecto. Por medio del centro de observado» «le Zorca, que intervendrá para indicar el buen fin de la misión, para que las pantallas video- fónicas de Comor puedan captar, en el instante crucial, las últimas fases de la tentativa. Los comorianos saben que nuestra situación es desesperada, y verán en nuestro gesto el sacrificio de un pueblo que no duda en arrastrar al enemigo en su propia perdición. Si este plan daba resultado, la reina Zamora aceptará nuestras condiciones, si le aseguramos que de sus decisiones depende la supervivencia de su raza, ya que desde el instante en que el cohete penetre en la masa de Júpiter, acordaremos un plazo para el envío de un mensaje que dispondrá o no la puesta en marcha del mecanismo explosivo.

Hay que confesar que la idea de Lork era verdaderamente interesante, y personalmente no pude por menos que aceptarla con verdadero entusiasmo.

Los otros tres genios aceptaron inmediatamente el plan y felicitaron por él a su colega, mientras que yo no podía dejar de pensar que por una vez Lork había resuelto lo mejor posible un problema verdaderamente difícil.

Jikor, Moniok y Zorik, ayudados por algunos técnicos zoraquianos, iban a realizar la misión preconizada por Lork, misión que había sido, no es preciso insistir en ello, aprobada por unanimidad.

No teníamos tiempo que perder si queríamos realizar este proyecto en las mejores condiciones posibles.

Los genios no tardaron en dar las instrucciones necesarias para que todo se desenvolviera según el proyecto inicial. Me di cuenta perfectamente de la nitidez y concisión de sus órdenes que fueron ejecutadas sin dilación.

Mientras se designaba la reducida tripulación que debía

acompañar a los genios, los técnicos se atarearon en los múltiples órganos de la astronave y procedieron a las últimas comprobaciones.

Como yo no les podía ser de ninguna utilidad, fui a buscar a Ketta, la cual, con su resignación y su calma habitual, asistía a los preparativos. Le entregué el cofre diciéndole:

—Ahora me toca a mí devolvérselo. Le suplico que vele por él como por usted misma.

Sentí como su mano apretaba fuertemente la mía cuando debimos separarnos.

No pudo evitar pensar que Ketta era una criatura singular, a pesar de todo.

Y también era singular este…

—Todo está a punto, señor Verneuil —gritó la voz de Lork.

No me quedaba otra cosa que hacer más que meterme en el agujero.

XV

El gigantesco cohete marchaba ahora en el vacío, sabe Dios hacia qué nuevo destino.

A bordo, sentía una cierta inquietud reinar entre mis compañeros, ya que, a decir verdad, nadie podía prever las reacciones dé los comorianos cuando abordáramos en su satélite.

Debo reconocer que Lork parecía muy confiado en su idea. Por lo que me atañe, estaba absolutamente resuelto a llegar hasta el fin. No obstante, no podía dejar de temer interiormente la entrevista que íbamos a tener con la reina Zamora.

Se trataba de una partida muy delicada, tanto más que sería probablemente la última jugada, y sentía pesar sobre mí una terrible responsabilidad.

¿No estaba intentando arriesgar la suerte de la Tierra y de mis semejantes en esta monumental fanfarronada? ¿Tenía tan sólo el derecho de asumir tal riesgo?

Sea lo que fuere, los dados estaban lanzados, unos dados que sin duda habíamos trucado, y era demasiado tarde para que nos dejáramos llevar por los remordimientos.

Era mejor presentar cara al porvenir, y más teniendo en cuenta que los pilotos zorcanianos acababan de darse cuenta de que el cohete había sido localizado por las bases comorianas.

Dentro de unas horas íbamos a tocar el suelo de Comor, y el cohete había sido dirigido hacia la principal ciudad del satélite. Era evidente que debían estar inquietos por no haber recibido ninguna respuesta a las llamadas video- fónicas que debían haber sido emitidas por las estaciones de Comor.

Era conveniente reforzar la prudencia y operar lo más rápidamente posible, con el fin de obtener el máximo beneficio del efecto de sorpresa.

Comor se mostraba a nuestra observación como una enorme bola, mientras que nuestro aparato se preparaba para entrar en órbita a su alrededor. Su movimiento de rotación bastante apreciable, combinado con el orbital de la astronave, daba una velocidad muy aparente, sobre las pantallas, a las formas difusas y etéreas que iban apareciendo en la superficie de este mundo.

Aún era imposible de distinguir detalles de cualquier clase en esta masa globular de contornos algo confusos, manchada por violentos trazos de sombras y de luz.

Esto se debía, según me contó Lork, a la considerable humedad de la atmósfera de este mundo, algo parecido al de Venus.

Pronto tuvimos la oportunidad de percibir la superficie hacia la que se dirigía la astronave, lentamente, equilibrada por la fuerza de sus cohetes de frenado. Era una superficie accidentada, escabrosa, iluminada por unos reflejos metálicos, a veces suaves, otras violentos, sembrado de grietas, con aristas netamente dibujadas, y de macizos montañosos de complicada estructura, poniendo de evidencia la violenta y rápida contracción de este globo.

Las señales que nos eran transmitidas desde bacía un tiempo, continuaron recibiéndose cuando el cohete efectuó su última vuelta alrededor de Comor.

A bordo hacía tiempo que nadie decía nada. Los nervios tensos, estábamos todos dispuestos a intervenir, tan pronto el cohete hubiera tocado el suelo.

Una difusa sensación de temor me atenazaba, y no conseguía deshacerme de ella, hiciera lo que hiciese. En cambio, a mi lado, Lork y sus colegas habían conservado una cara impasible en la que no se podía leer la menor emoción interior.

De pronto, se sintió un choque suave, una pequeña sacudida y el aparato quedó inmóvil, al tiempo que se extinguía progresivamente el ruido de la expulsión de gases y que un inmenso silencio invadía toda la astronave.

Y allá a lo lejos, donde parecía hundirse el disco rojo y llameante de Júpiter, empezaban a aparecer ya algunos puntos negros que se agrandaban a simple vista.

En compañía de Lork salté en el corredor de salida y nos precipitamos al exterior, mientras estallaba detrás de nosotros el espantoso ruido de los turborreactores.

El último adiós, un último gesto, un postrer signo de amistad por parte de nuestros compañeros, y nos hallamos en la superficie de un suelo blanco y brillante, de una apariencia de nieve. Contemplamos la vasta ciudad que se levantaba ante nosotros, en lo alto de una vasta llanura rocosa.

Nos alejamos rápidamente y no tuvimos más que el tiempo de lanzamos al suelo para no recibir el poderoso «soplo» de la deflagración que se produjo al arrancar la astronave, que pronto no fue más que un puntito oscuro desapareciendo entre las altas capas atmosféricas.

Por encima de nosotros, los aparatos comorianos, visiblemente sorprendidos por el súbito cambio de la situación, continuaban

surcando el cielo, dudando.

De cualquier manera, nosotros sabíamos que no podían emprender ninguna acción decisiva antes de cuarenta y ocho horas, ya que éste era el plazo decisivo para que pudiera llevarse a cabo el proyecto. Convenía ganar tiempo por todos los medios.

Avanzamos un tanto a ciegas. Dentro de algunos instantes, la noche sería total, y esto nos facilitaría, sin dudarlo, las cosas. Cuando alboreara sería el momento de tomar una decisión.

Hice un signo a Lork y le indiqué una ancha grieta a nuestra izquierda, erizada de rocas puntiagudas como los dientes de una sierra.

Nos dirigimos hacia allá en el mismo instante en que un prolongado gemido llenaba la atmósfera, pareciendo provenir de la ciudad en donde empezaban a verse las primeras luces.

Unos anchos haces luminosos fueron dirigidos hacia el cielo, cruzándose y entrecruzándose por encima de nuestras cabezas. La alerta había sido dada, con certeza, e iban a investigar por todos los alrededores.

Nos metimos dentro de una hendidura, sudando y soplando de fatiga como dos condenados, la oreja tendida y los sentidos en alerta.

En este momento, unas voces breves e imperativas nos obligaron a volvernos en redondo. Del vientre de un extraño aparato parecido a un curioso insecto, acababan de salir unos individuos, guerreros comorianos, armados con unos largos tubos brillantes y vestidos con unos monos oscuros.

—Llevan detectores psíquicos —me susurró Lork—, no había pensado en ellos. Es a usted a quien han localizado.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Mala suerte! Acabemos de una vez —dije.

Y me adelanté hacia los recién llegados que continuaron observándonos con inquietud.

Se oyeron algunas voces más, y luego noté como todo un cúmulo de pensamientos afluían en mis centros nerviosos; tuve que reaccionar violentamente para rechazar este ataque solapado y pérfido que no esperaba en absoluto.

No obstante, habría tenido que suponérmelo; debí haber pensado que tenían las mismas facultades telepáticas que sus hermanos zorcanianos.

Lork había llegado a mi lado, tomó la palabra con su perfecto dominio de la lengua de Comor, y se encargó de clarificar la situación.

Lo hizo tan bien, que unos segundos más tarde fuimos empujados

hacia el gran insecto de metal y metidos dentro de unos alveolos abiertos en su abdomen multicolor.

Momentos después sobrevolábamos la Capital.

Nos volvimos a encontrar, Lork y yo, en una gran pieza desprovista de todo, aparte de algunos utensilios de primera necesidad, como una mesa y algunas sillas, lo cual nos hace creer que el hombre, sean los que sean sus orígenes y su grado de civilización, no puede pasarse, en absoluto, sin esos objetos.

Me dejé caer en una silla, intentando bromear:

—Seguro que van a traernos refrescos o bien nos servirán una buena cena para festejar nuestra llegada.

A pesar de lo trágico de la situación, no pude evitar la risa cuando el profesor, que no parecía comprender muy bien mis bromas de terráqueo, me espetó con toda sinceridad:

—Desde luego que no. No entra dentro de los hábitos de este pueblo.

Hizo una ligera mueca ante mi hilaridad, y me apresuré a preguntarle, en un tono más serio:

—No veo lo que podremos contra la reina Zamora durante las cuarenta y cinco horas que nos quedan aún por perder.

—Eso será si tenemos la suerte de ser recibidos por la soberana.

—¿Qué quiere decir?

—Pienso que vamos a ser conducidos ante el Parlamento que tiene a su cargo el tratar todas las cuestiones importantes que pueden interesar al gobierno. Nadie tiene el derecho de acercarse a la reina o de ser llevado ante ella, aparte de sus íntimos o de su propia familia. Son las tradiciones.

—¿Por lo tanto, ella se presta fácilmente a las transmisiones videofónicas?

—Exacto, pero no se trata más que de imágenes y los comorianos no ven en ello nada ofensivo. Cabe en lo posible que nos pongan en contacto con ella por videofonía.

Reflexioné un instante, golpeando distraídamente el borde de la mesa.

—Pues bien, por una vez vamos a romper con las tradiciones.

Lork me miró con inquietud.

—Tenemos que ganar tiempo, ¿no es eso? Vamos a pedir que nos lleven a presencia de la reina, declarando que rehusamos toda clase de contacto con sus representantes. Vista la gravedad de la situación y la gran importancia de lo que debemos comunicarle, exigiremos una entrevista sin testigos. ¿Acaso en el sistema de Júpiter no se respetan

los secretos de Estado?

—O sea, que...

—No, no, déjeme hacer a mí. Es un procedimiento antiguo que ya ha sido puesto en práctica en la Tierra con buen resultado, y no hay ninguna razón para que aquí no lo dé. En cualquier caso es el único medio de ganar tiempo. Si no se nos concede este favor, pues bien, tanto peor; no tendrá ninguna importancia. Lo esencial es aguantar todavía durante las cuarenta y cinco horas que nos quedan antes de empezar a hacer nuestras declaraciones.

Las previsiones de Lork no tardaron en realizarse, puesto que, unos momentos más tarde vinieron a buscarnos para llevarnos hasta otra sala curiosamente dispuesta, si se puede considerar curioso el mobiliario empleado por un mundo distinto del nuestro. Pero no tuve demasiado tiempo para poder interesarme en la decoración de lo que me pareció ser, al primer golpe de vista, un despacho o un salón de recepción, ya que el personaje que se presentó ante nosotros, situado detrás de una gran mesa de metal abigarrado, de vivos colores, nos acogió con una retahila de sonidos guturales los unos más que los otros, que Lork se apresuró a traducirme a medida que los emitía.

En principio se trató de una serie de preguntas ininterrumpidas, a las cuales debíamos responder y que ya esperábamos, que no relataré, puesto que se pueden adivinar fácilmente. Algo parecido a lo que preguntaríais a vuestro peor enemigo, si llegabais a encontrarle en vuestra casa algún día, mientras metiera sus narices en vuestro apartamiento...

Estas preguntas, que por desgracia no tuvieron la suerte de recibir respuesta por nuestra parte, dejaron sitio a las amenazas y a la des templanza, de tal manera que Lork se halló en un mar de dificultades para conseguir traducirme todo lo que aquel tipo decía, de una manera correcta.

Pero a mí eso no me preocupaba en absoluto, puesto que ya sabía que de momento no se nos podía causar ningún daño. Y además, por vez primera, con toda posibilidad, desde que empece esta extraordinaria aventura, me sentía distendido y muy cómodo, se diría que siempre había sido el hombre que me sentía ser en este momento, sin complejos, seguro de mí mismo, orgulloso de mi papel y confiando en mis propias armas.

El comoriano, después de haberse calmado, manifestó visiblemente una cierta inquietud ante nuestra pasividad, luego decidió, bruscamente, dirigirnos a otra sala, en la cual esta vez nos vimos en presencia de un importante grupo de personajes. El cuerpo

diplomático o parlamentario de Comor, seguramente, donde estaban representados los genios del satélite.

Allí también nos fueron hechas preguntas acuciantes, pero Lork las cortó tajante declarando que no diría nada absolutamente mientras no nos pusieron en presencia de la reina.

Estas palabras tuvieron la facultad de crear una cierta agitación y un movimiento visible entre la asamblea. Por lo que pude comprender se consideraban insensatos nuestros propósitos e intentaban hacernos comprender que eran imposibles.

Nos mantuvimos en nuestros trece y ellos también,

La situación creada no podía, evidentemente eternizarse y, después de una rápida deliberación, nuestros huéspedes decidieron informar a la reina Zamora que no tardó en aparecer sobre una pantalla videofónica.

Siempre digna, reservada, fría y altanera, nos exigió explicaciones. Lork y yo mismo, continuamos desarrollando nuestro juego, persistiendo en nuestra inflexibilidad. No era difícil de comprender: todo lo que teníamos que decir, no admitíamos hacerlo más que a la reina, a solas, y sin testigos.

—Estamos dispuestos a hacer el sacrificio de nuestra vida si nuestras condiciones no son acep-tadas. Pero debo añadir al propio tiempo que la suerte de Comor está en juego.

Lork había dicho esto con gran calma, y pude ver como una nube pasar por la faz de la reina que rehusó escucharnos. Haciéndole coro, los genios afirmaron que esta entrevista era inimaginable y que teníamos que estar locos al expresar tales exigencias.

La reina tomó la palabra una vez más para decir con bastante sequedad que no creía ni una sola palabra de lo que consideraba una maniobra de intimidación. El cuerpo parlamentario y los genios resolvieron, entonces, deliberar.

En consecuencia, fuimos conducidos fuera de la sala y dirigidos hacia un local, bajo la vigilancia de algunos comorianos armados.

Tan pronto como nos hallamos solos, no pude evitar el decir a Lork toda mi satisfacción. Todo lo que acababa de decirse iba, aparentemente, a complicar las cosas, y esto no haría más que facilitar nuestros proyectos.

Me sorprendió el ver a Lork tan pesimista. Me confió que estaba persuadido de que la reina no aceptaría jamás el recibirnos. De hacerlo, tendría que enfrentarse no sólo con el cuerpo diplomático, sino además con las ideas religiosas de Comor, para las que ella significaba el ídolo más sagrado.

Permanecimos durante horas y más horas discutiendo de este modo, cada uno defendiendo su punto de vista, pero debo confesar que los argumentos de Lork iban ganando poco a poco mi convicción y no me hallaba lejos de pensar como él.

Súbitamente, se iluminó una pantalla y la silueta de un genio apareció en ella. Nos comunicó que las estaciones comorianas habían perdido el rastro del cohete requisado por Lork y yo mismo y nos aseguraban que no había regresado a Zorca. Querían saber a cualquier precio lo que le había ocurrido y, por última vez, nos conminaban a hablar, antes de decidir pasar a los actos para conseguir obtener la verdad.

Lork abría la boca para responder, pero tomándole la delantera le pedí que dijera a esos tipos que por nada en el mundo íbamos a cambiar de nuestro acuerdo.

La emisión fue cortada para volver a empezar dos horas más tarde. El mismo personaje que se había dirigido a nosotros, nos comunicó que sin dilación iban a reunirse todos los grupos dirigentes del satélite para considerar la posibilidad de una entrevista con la reina Zamora.

Me volví hacia Lork con una sonrisita:

—Vaya, tengo la impresión de que empiezan a tener miedo. No nos quedan más que treinta y dos horas de espera.

XVI

Como era de esperar, estas gestiones iban a exigir aún algún tiempo, y no teníamos que hacer otra cosa que esperar pacientemente.

No se nos puso ninguna dificultad cuando solicitamos tomar algún alimento, y nos condujeron a una sala destinada a los efluvios generadores que desembarazaban provisionalmente nuestras células de todos los restos almacenados a causa de la fatiga, tan bien que nos sentimos nuevamente en forma para afrontar los acontecimientos que pudieran presentarse.

No cejaba de consultar mi cronómetro contando las horas monótonas que transcurrían y preguntándome lo qué ocurriría si tomaban la decisión antes de lo que nosotros pensábamos. ¿Cómo nos las compondríamos para prolongar la entrevista hasta el límite previsto?

Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo tendríamos para poder conversar con la soberana?

Sólo quedaban veinte horas... quince... El nerviosismo empezaba a dejarse sentir, y a cada momento, esperábamos ver iluminarse la pantalla para mostrarnos a un individuo que nos anunciaría que la reina estaba dispuesta a recibimos.

Nos preguntábamos incluso, si mientras tanto no habría sido mejor que no ocurriera nada. Ya hallaríamos la manera de retardar o hacer que las explicaciones se prolongaran en presencia de los altos dignatarios.

No quedaban más que diez horas, y la esperanza renacía en nuestros corazones, ya que el tiempo trabajaba en nuestro favor ahora.

Al fin nos llegó la noticia.

La reina Zamora podría, como favor excepcional, en razón de las circunstancias especiales, recibir personalmente al hombre de la Tierra.

Contemplé maquinalmente mi reloj: quedaban ocho horas todavía.

Así que, me admitían a mí tan sólo a la presencia de la soberana, toda vez que ésta rehusaba cualquier entrevista con el profesor Lork. Nos miramos algo indecisos, pero no nos quedaba más remedio que conformarnos con esta solución.

En el fondo esto no variaba en nada nuestros proyectos, ya que me sentía perfectamente capaz de llevar nuestra combinación a buen fin, sin el socorro de nadie más.

Me condujeron, casi inmediatamente, al exterior del edificio y me

rogaron que subiera a un pequeño vehículo que se dirigió sin demora hacia el sur de la ciudad, sobrevolando los inmuebles y los edificios gubernamentales dispuestos en cuadrados perfectos y rodeados de una vegetación lujuriante.

Me pude dar cuenta de todo, esforzándome por conservar mi aplomo y continuar dueño de mí, ya que ahora, más que nunca, tenía que conservarme en posesión de todas mis facultades mentales si quería salir vencedor de la partida decisiva que estaba a punto de iniciarse.

El aparato tomó tierra en medio de un gran parque en el cual crecía una abundante vegetación multicolor y curiosa que no me entretuve en contemplar.

Ante mí se levantaba la masa imponente de un inmenso palacio erizado de brillantes cúpulas y de torres estilizadas, rompiendo la línea horizontal de las terrazas y jardines colgantes, y cortando por medio de los numerosos edificios que componían el conjunto arquitectónico.

Unas escaleras de mármol conducían hasta una puerta monumental que se abría lentamente, coronada por una cornisa formando saliente y recubierta por unos extraños signos.

Encima se alzaban dos pisos de galerías, hechas de columnas de una singular fantasía mientras que por la derecha emergían otras columnas sobre un gran pabellón en forma de corazón, cuyos remates, abriéndose en extrañas corolas, dejaban salir como un pistilo gigantesco el asta que sostenía la oriflama con los colores de Comor.

A medida que avanzaba, podía ir una música de nostálgicas inflexiones, una larga sucesión de notas graves y agudas tocadas por algún instrumento imposible de definir. Esta melopea sentimental de una dulzura difícil de expresar y de una tristeza profunda erra casi adormecedora, como si celebrara algún rito misterioso.

Himno de amor a un desconocido... tímidas quejas de un ser que muere... desenfreno de pasiones secretas... *leit-motiv* sobre la crueldad de la suerte... Sí, pero también podía ser algo más que yo no conseguía comprender.

Parecía emanar de una de las ventanas recayentes sobre la primera galería, pero no tuve tiempo de profundizar en este asunto, pues ya me habían introducido en el interior del palacio fabuloso que parecía salido de un cuento de *Las mil y una noches*.

Un surtidor brillaba bajo la luz de Júpiter, en medio de un patio donde las flores colocadas en abanico lanzaban hacia el cielo sus tallos finos y flexibles.

Pude ver algunos comorianos envueltos en lujosos atuendos y calzados con sandalias llenas de cintas, que golpeaban el suelo con un ruido seco sobre las losas de metal rosas y azules, después algunos pájaros levantaron el vuelo al acercarnos nosotros, emitiendo gritos de queja e irritación.

Me sentía solo, súbitamente, como si alguien me hubiera lanzado en medio de un sueño que no podía terminar nunca.

Y siempre esa música lacerante que no cesaba en ningún momento.

Con un gesto que se había convertido en maquinal, consulté mi cronometro. Siete horas aún... casi una eternidad.

¿Cómo podría mantenerme todo este tiempo?

Alcanzamos el primer piso, pasamos por un largo corredor alumbrado por unas lámparas de aceite colocadas en los muros, que desprendían un acre olor casi insoportable, y pude ver cómo se abría una puerta cerca de nosotros cuando nos aproximamos lo suficiente, mientras los que me conducían se detenían en seco y el jefe del grupo me indicaba la puerta con un gesto.

Me abandonaron sin pronunciar ni una palabra y desaparecieron con tal rapidez que no tuve tiempo de rehacerme y dudé durante un instante antes de cruzar el umbral de la puerta.

La música había cesado repentinamente.

Un silencio pesado, total, reinaba en el palacio.

Avancé entonces, penetrando dentro de la pieza bañada por una luz suave, sorprendido por la profusión de colores vivos que se ofrecía a mis ojos, mis ojos de terráqueo, a cada instante. Toda clase de objetos llenaban la pieza: espejos, frascos de perfumes, mesas finamente esculpidas, sillones en madera sobredorada, alfombras espesas y suaves...

Después, en el fondo, completamente al fondo... *allí fue donde la vi.*

Su cuerpo lascivo estaba tendido sobre un lecho representando algún extraño animal con una cabeza monstruosa dominando el conjunto y cuatro patas clavando en las alfombras sus garras de oro dispuestas a herir y destrozar.

La reina no se movió, ofreciéndome su maravillosa belleza en una actitud despreocupada y graciosamente melancólica.

La reina Zamora.

Me quedé durante un instante incapaz de efectuar el mínimo gesto, un poco fascinado por esta extraña que no había visto jamás y que había resuelto afrontar a pesar de todo, luego ella se levantó con unos gestos mesurados, segura de ella misma, consciente de su poder y de

su papel de reina.

Se habría podido pensar que iba completamente desnuda, de no haber llevado una especie de túnica de blonda ligera y casi transparente que moldeaba su cuerpo de diosa de líneas perfectas y contornos juveniles.

Un prolongado suspiro hinchó su pecho, levantando la doble hilera de piedras preciosas de su collar, luego con un gesto seco me indicó una mesa baja en la cual había un aparato parecido al que usé en Zorca cuando conversé con ella en visiofonía.

Comprendí inmediatamente lo que se esperaba de mí, mientras conectaba por sí misma el traductor sonopsíquico.

El procedimiento comoriano debía de ser más perfecto que el empleado en Zorca, ya que no exigía ningún casco de escucha y no iba a tardar mucho en darme cuenta de que era suficiente hablar, cada uno en su idioma, para que el aparato traductor reflejara el sentido psíquico de cada palabra por medio de una onda apropiada, que automáticamente impregnaba los centro» nerviosos receptores de cada interlocutor.

Esto, pude comprenderlo cuando la reina Zamora, después de haberse dirigido hacia un co-frecillo incrustado de piedras escarlatas, lo abrió y sacó de él un largo y afilado puñal cincelado y me lo tendió.

Me habló y mi subconsciente transmitió su pensamiento:

—Que vuestra sangre impregne esta estancia y acompañe vuestras palabras, mientras yo os conceda el honor de mi presencia.

Me miró con una mirada extraña, levantó la tapa de un vaso en forma de ánfora y sumergió la punta de la hoja del puñal, se acercó a mí. Comprendí que debía someterme a ese rito ridículo y no opuse objeción cuando ella me rogó que le tendiera mi brazo izquierdo.

Si París bien vale una misa, la suerte de la Humanidad entera merecía algunas gotas de sangre…

Esto fue al menos lo que pensaba cuando la punta de la hoja penetró en mi vena y la primera gota roja apareció sobre mi piel.

La reina Zamora tomó asiento en un amplio sillón de madera esculpida, cruzó las manos ante sí y me dijo:

—Sois valiente y audaz. Sobre todo muy audaz. Pero mucho me temo que no estéis gastando en vano tan nobles sentimientos. Mas ya que éste ha sido vuestro deseo, esta entrevista resolverá, posiblemente, algunas cuestiones que quedaron sin respuesta desde vuestra llegada a Comor. ¿Qué le ha ocurrido a nuestro aparato? ¿Con qué fin lo habéis utilizado?

Evité la primera pregunta para no referirme más que a la segunda,

extendiéndome sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Zorca cuando el ataque de los comorianos tuvo lugar. Le describí todas las fases de la lucha y le expliqué los medios imaginados por los genios, para inutilizar los efectos del poderoso generador instalado en su cohete. Me escuchó sin un solo gesto, sin manifestar la menor emoción, y le confesé que habíamos concebido la idea de trasladarnos a Comor con el medio más seguro que teníamos a nuestro alcance.

—Lamento que hayáis reflexionado algo tarde a mi proposición. ¿Dónde está el cofrecillo?

—Creo que no me habéis comprendido bien, majestad. El objetivo que perseguía al venir aquí —repliqué observando que nuevas gotas de sangre continuaban saliendo de mi herida y se deslizaban a lo largo de mi antebrazo— no era tratar sobre la conservación de mi vida, sino la de los que vos estáis a punto de asesinar fríamente, para satisfacer no sé qué clase de egoísmo personal. No queda un solo ser vivo en la superficie de Venus, y centenares de millones de mis semejantes en la Tierra han perecido durante los últimos años. Habéis aniquilado la mitad de Zorca y Dios sabe hasta dónde puede llegar aún vuestra crueldad.

—¿Sois vos, pues el intermediario de dos amos a la vez? ¿Vuestro Dios y los hombres?

—No soy ningún mensajero de Dios, sino simplemente el de los desgraciados que estáis oprimiendo. Pero, en fin, ¿qué objetivo perseguís, majestad? ¿Es que podéis ser tan insensible hasta el punto de no daros cuenta de la magnitud de vuestras atrocidades?

—Me cuesta creer, como pretendéis, que nosotros seamos los responsables de las catástrofes que se producen sobre la Tierra y anteriormente sobre Venus.

—Entonces explicadme, majestad, las razones que os impulsaron a instalar una base sobre el planetoide Adonis.

—Para practicar en Júpiter la experiencia que ya conocéis, hemos, anteriormente, decidido intentarlo en el Sol. Para ello instalamos las rampas de lanzamiento sobre Mercurio, pero como la demasiado alta gravedad de ese planeta y sus condiciones de vida se mostraban imposibles, imaginamos un, dispositivo de teledirección sobre Adonis, que entraba automáticamente en contacto con las instalaciones mercurianas cada dos años y medio, es decir, en el momento en que el asteroide tiene su perihelio más próximo de aquel planeta.

—¿Cómo es pues que tales rampas de lanzamiento funcionen aún?

La reina Zamora frunció imperceptiblemente las cejas.

—Es imposible.

—Y por lo tanto es lo que he podido comprobar cuando mi permanencia en Adonis.

—Os repito que esto es imposible. Aquella base no está en servicio desde hace veinte años.

—Pero, os aseguro...

—Ya está bien, hombre de la Tierra —cortó la reina—. ¿No tenéis otros argumentos más para negociar la entrega del cofrecillo que me pertenece?

—¿No son ampliamente bastantes, majestad?

—Depende del precio que concedáis al contenido de tal cofrecillo.

Esbozó una suave sonrisa y su mirada se hizo más dura e inquisidora.

Me daba cuenta de que ella no poseía ningún poder telepático, pero a pesar de ello había resuelto mantenerme sobre aviso y continuar controlando mi tensión mental. No pareció que se diera cuenta de ello puesto que prosiguió casi inmediatamente: dudo mucho.

—Desde luego, en el supuesto de que tengáis la suerte inesperada de abrirlo, lo cual

—Me importa poco que me creáis o no, majestad. Solamente os devolveré el cofrecillo con una condición.

—¿Cuál?

—-Vuestra abdicación, la renuncia definitiva a vuestras experiencias criminales y la rendición sin condiciones de los ejércitos de Comor.

Se levantó de un salto, como picada por una víbora, en lo más vivo. Respiró ruidosamente y su pecho se hinchó bajo la blonda que pareció iba a reventar.

—Sois un insensato. ¿Cómo podéis suponer que aceptaré un trato tan absurdo?

La sangre que continuaba manando de mi herida había formado una amplia mancha en el suelo, sobre la espesa alfombra que tenía bajo mis pies y por un instante mis ojos se dirigieron hacia la herida abierta.

La inquietud se apoderó de mí repentinamente y encarándome con la primera dama de Comor que me observaba atentamente, y me preguntó:

—¿Tenéis miedo, hombre de la Tierra? Es mejor que lo sepáis, esta herida no se cicatrizará jamás, a causa de la substancia anticoagulante con la cual he impregnado la hoja del puñal. Os dejo a vos la elección de prolongar esta entrevista o de terminarla. Sólo mis médicos saben,

si quieren hacerlo, cómo parar esta hemorragia, siempre que os determinéis a abandonar esta pieza. En el caso contrario, estoy resuelta a escucharos hasta el fin, simplemente para ver hasta dónde llegará vuestro valor y vuestra re-sistencia. ¿Qué habéis decidido?

—Me quedo.

—No contéis con una debilidad de mi parte.

—No cuento con ella.

Y también sabía que no podía permitirme perder un litro y medio de sangre. Llegaría un momento en el cual mi corazón latiría vacío; entonces se produciría el síncope y la muerte instantánea.

Me quedaban aún tres horas de espera y, con un poco de suerte, calculaba que podría, quizás, aguantar hasta entonces. La hemorragia era muy débil, y nada era todavía motivo de alarma. Así que me apresuré a proseguir la conversación en el mismo punto en que la habíamos dejado.

La reina Zamora prosiguió inflexible, burlándose sin ninguna consideración de las condiciones que había osado exigir de ella y de su pueblo, y se permitió ironizar cuando volvimos a tratar del cofrecillo, cuya posesión deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo. De esto me daba perfecta cuenta, lo adivinaba, y en repetidas ocasiones intentó, por medio de maniobras bien planeadas, saber si yo había llegado a conocer el contenido de aquel objeto. Pero, en el fondo, estaba persuadida de que le mentía, y esto es lo que la hacía más fuerte y más poderosa a mis ojos.

Lork tenía razón. Aquel objeto no tenía, desde luego, el valor que yo le concedía. Por colosal que pudiera ser una fortuna, no conseguía decidir a la reina de Comor a aceptar una capitulación sin condiciones. Sí, esto debí de haberlo previsto, y comprendí repentinamente que no me quedaba más que una sola esperanza.

¡El proyecto del profesor Lork!

XVII

La mancha de sangre se ensanchaba cada vez más, poco a poco a mis pies, absorbida por el espesor de la alfombra, y la reina no me permitió, ni un solo instante, que descansará sentándome, contentándose de contemplarme con interés y curiosidad.

¿Qué especie de fenómeno debía significar yo para ella?

¿Cómo podía asistir impasible a la lenta agonía que se iba apoderando de mí, minuto a minuto?

Llegó a tener la audacia de humillarme, al decirme:

—Estáis resuelto a morir a causa de un objeto cuyo valor real desconocéis.

—Tiene uno para vos, y esto es suficiente para mí.

—Si acaso no tuviera ninguno, esto os haría doblemente ridículo.

—En ese caso, ¿por qué me habríais ofrecido mi vida a cambio?

—Posiblemente fuera por un capricho de soberana.

—¿Por qué lo habríais confiado a los miembros de la misión enviada a Adonis.

—Era el último regalo que una reina complacida les podía ofrecer.

—Un regalo siempre significa un valor.

—Para el que lo recibe, no para quien lo da.

—¿Vos dais con una mano lo que volvéis a coger con la otra, no es cierto, majestad?

—¿Es que vuestra cualidad sobresaliente será acaso la insolencia?

Me callé.

No, era conveniente no precipitar nada, sobre todo en estos momentos. Tenía que intentar prolongar aún la entrevista durante dos horas.

¿Qué podía decirle?

¿Le hablaría de mí? ¿De mi vida? ¿De mi papel? ¿De los dramas que asolaban la Tierra? ¿Le describiría, acaso, las catástrofes que destrozaban mi planeta de procedencia? ¿Le diría que los seres morían o lo esperaban siempre, lo mismo en la Tierra que en Zorca?

Sí, todo esto fue lo que hice, ya que había comprendido que mi sola posibilidad estaba en hablar, hablar siempre de cualquier cosa, pero hablar.

La menor debilidad por mi parte podía significar la ruptura de la entrevista y arrastrarnos al desastre más espantoso.

Me escuchó, visiblemente divertida por mi testarudez y mi discurso no demasiado elocuente. Una agradable somnolencia me invadía ya y

las palabras y las frases llegaban a mis labios con dificultad.

Mi cerebro no funcionaba ya con la misma facilidad y rapidez, mis piernas estaban flojas y mi respiración era dificultosa.

Pero yo me mantenía en pie, de cara a esta criatura monstruosa que parecía deleitarse cada vez más del sufrimiento que adivinaba en mí. Es posible que por la vista de la sangre o de su olor. ¿Quizá su propia vida se nutría con la muerte de los demás?

Toda clase de pensamientos, más insólitos los unos que los otros, daban vueltas en mi cabeza en plena fiebre, como danzaba por momentos la imagen de la reina que se burlaba siempre de mí.

Tenía sed... una sed horrible...

Ella lo adivinó y la veía servirse un líquido rosado en una gran copa que llevó a sus labios con una satisfacción no disimulada, mientras me observaba irónicamente.

Hice un nuevo esfuerzo para remontar mi turbación.

No me quedaba más que una hora.

La última...

Una risa nerviosa sacudió repentinamente a la reina, una risa monstruosa rozando la histeria, al mismo tiempo que brotaba a mi alrededor la extraña música que me había recibido unas horas antes.

No podía más. Me faltaba la respiración y caí sobre mis rodillas, manchando con mi sangre la túnica de blonda que encerraba esa mujer tan bella como peligrosa.

—Levantaos —me dijo—. Demostradme cómo saben morir los hombres de la Tierra.

No podía arriesgar mi vida una hora más. De cualquier modo no me quedaba más que una carta a jugar.

La jugué.

—Mostradme, majestad, de qué manera sabe perder una reina.

—Levantaos.

Esbocé una triste sonrisa:

—Así que vos, majestad, no habéis comprendido...

—¿Qué tenía que comprender? Vamos, aprisa, hablad...

—...que no tenía más que un solo objetivo... ganar... el mayor tiempo posible... Ahora, estáis perdida...

—¿Qué queréis decir?

Había palidecido y su mirada traicionaba su confusión y el pánico más completo. La música paró como por encantamiento.

—Dad la alarma... inmediatamente... a vuestro centro videofónico... Un relevo ha sido asegurado permanentemente por medio de Zorca... para que no os perdáis nada... del drama que va a

desarrollarse… Vamos, pronto…

Se lanzó como una loca hacia un ángulo de la pieza, hizo salir con una rápida maniobra un pantalla que bien pronto se iluminó. Apareció la cara de un hombre, se intercambiaron algunas palabras y un largo pitido desgarró mis tímpanos que quedaron aturdidos durante unos instantes que parecieron durar una eternidad, luego empezaron a desfilar imágenes, primero imprecisas, que mi espíritu debilitado no pudo retener.

Cerré los ojos, al borde de la inconsciencia, incapaz de seguir la escena que se desarrollaba en la pantalla. Repentinamente perdí el conocimiento y caí al suelo.

Nunca llegué a saber lo que ocurrió durante mi desvanecimiento. Cuando volví a la realidad, pude ver a un personaje que se inclinaba hacia mí, con una jeringa hipodérmica en la mano. Mi sangre no manaba ya de la herida, y me hallaba tendido encima de unos cojines, en medio de la sala.

Mi subconsciente registró las ondas-pensamiento emitidas por la reina.

—No hemos hecho otra cosa más que prolongar vuestra vida algunas horas a lo sumo. Si estamos perdidos, vos lo estaréis también, hombre de la Tierra. Vuestros amigos zorcanianos acaban de abandonar Rolca con un cargamento de bombas cohetes capaces de destruir todo el sistema de Júpiter. Se han lanzado ahora hacia el planeta-sol, pero aún no estoy dispuesta a creer en toda esta preparación.

—Porque creéis en ella es por lo que no me dejáis morir.

—Es falso. Nunca se atreverán a hacer nada parecido.

—Un pueblo que está convencido de su pérdida es capaz de todo.

—No se atreverán… no se atreverán…

—¿A quién esperáis convencer? ¿A vos o a mí?

No me respondió, ya que en ese instante, le llegó de la estación una llamada y sobre la pantalla apareció bien pronto la imagen del gigantesco cohete cayendo rectamente en la superficie de Júpiter. Durante unos minutos seguimos la trayectoria del aparato, luego bruscamente vimos al enorme ingenio hundirse en la masa cegadora e hirviente del planeta-sol.

Un grito terrible salió de la garganta de la reina Zamora que se vino hacia mí, asustada. En aquel instante comprendí que la partida estaba ganada.

—No os quedan más que diez minutos… —jadeé—, diez minutos para reflexionar. Pasado el plazo, conocéis la suerte que nos espera, a

vos y a todos vuestros semejantes. Una agonía aún más terrible que la que habéis exigido de mí… El profesor Lork… espera… vuestra decisión. Sólo él puede detener… el gesto fatal. No es preciso hacer más que… mandar un simple mensaje.

Movió la cabeza pesadamente, apoyó una mano en el dorso de un sillón y pude oír su respuesta:

—Sea. ¡Abdico! ¡Capitulamos!

Intenté vanamente, desde que me desperté» reconocer el lugar donde me hallaba, y tuve que hacer grandes esfuerzos para recordar todos los acontecimientos que se habían desarrollado desde mi llegada a Comor… Sí, podía acordarme de todo. Pero ¿qué había pasado luego? ¿Y cómo había llegado hasta esta cámara de descanso? No lo sabía.

Me levanté en .mi cama en el momento en puerta. La puerta se deslizó a lo largo de la abertura y una joven entró en la estancia y en seguida la reconocí. Era Ketta.

Ella fue quien me comunicó que estaba de nuevo en Zorca, donde había sido transportado para sufrir un tratamiento energético, consecutivo a la transfusión sanguínea que me habían tenido que hacer. El profesor Lork se había ocupado de todo, y cuando pregunté por él, vi que brillaban unas lágrimas en los ojos de Ketta. Luego me entregó una cajita de metal flexible que me apresuré a abrir inmediatamente.

Era un mensaje del profesor Lork que me decía:

Ojalá el pueblo de Zorca no olvide jamás vuestro sacrificio y vuestro valor. Cuando conoceréis el contenido de estas líneas, los hombres de este sistema serán nuevamente unos hombres libres y con confianza en su porvenir. He discutido personalmente las cláusulas de la capitulación de Comor, los derechos de cada cual serán respetados, y nadie vivirá más tiempo bajo el odio o el temor de su prójimo. Por lo que a mí se refiere, mi papel ha terminado, pues estando atado desde el principio al de mis tres compañeros, los profesores Jikor, Moniok y Zorik que voluntariamente sacrifiqué en la lucha que sostuvimos últimamente. Debo deciros, en efecto, que cuando planeé este proyecto, sabía que el metal con el cual se había fabricado el cohete no podía resistir más de una hora a la formidable temperatura que reina en el interior de Júpiter. Los comorianos lo sabían también, y esto ha sido lo que nos permitió obtener una victoria tan completa. Intenté lo imposible para ver de comunicar con mis compañeros del cohete pero mis llamadas, han quedado sin respuesta. Era ya demasiado tarde. Un aparato de nuestro gobierno estará a vuestra

disposición para emprender vuestro regreso a la Tierra desde el instante en que os halléis en situación de emprender el viaje. Os ruego que hagáis extensivo a vuestros semejantes el testimonio de la más viva simpatía y de la más sincera amistad del pueblo de Zorca. Adiós.

Algo más abajo había añadido:

La reina Zamora ha considerado, antes de partir al exilio, que vos merecíais conservar el cofrecillo que aún está en vuestro poder, y que ya no tendría ninguna utilidad para ella. Me ha rogado que os haga llegar la clave del sistema de apertura, con la única condición de que la abráis cuando estéis junto a vuestros semejantes. Su contenido será, posiblemente, de algún provecho para los de vuestra raza. Me comprometí en vuestro nombre y os ruego que lo respetéis.

Seguían algunos signos extraños garrapateados con premura.

No pude evitar sentir una gran sensación de alivio, sobre todo cuando Ketta me entregó el cofrecillo, sobre el cual había estado vigilante durante mi ausencia, ya que ahora ya sabía que podía desembarazarme de ese miedo y aquella obsesión que no habían cesado jamás de perseguirme desde mi salida de Adonis.

No tenía que hacer más que algunos gestos… unos botones a girar… unos movimientos simples y breves… pero en el fondo, la cosa podía esperar y debía respetar la memoria de Lork.

Durante los días que siguieron, conocí a los tripulantes que tenían que acompañarme en mí viaje de regreso a la Tierra, colocados al mando del capitán Gorlok, que debía pilotar el cohete preparado. En cualquier caso mi papel no había terminado aún ni mucho menos, ya que quedaba por dilucidar los misteriosos lanzamientos de bombas-cohetes que habíamos localizado en Mercurio y que la reina Zamora había siempre negado, ya que según ella la experiencia había sido abandonada desde hacía veinte años. Expresé, pues, mi deseo de abordar el planetoide Adonis antes de regresar a la Tierra, con el fin de dar una última ojeada de inspección a todas las instalaciones que permanecían todavía en él.

El capitán Gorlok no halló ningún inconveniente, tanto más que Lork le había sugerido ya esta idea antes de acabar con sus días.

Abandonamos Zorca y tuve la sorpresa de ver que Ketta había querido tomar parte en este viaje; esta decisión, he de confesarlo, me afectó profundamente.

En el fondo era una mujer valiente… en fin, quiero decir que era la

única persona que encontraría a faltar… ya que…

Pero tenía muchas otras ideas en la cabeza para ir a caer en aquel día en un sentimentalismo pasado de moda. Nos lanzamos de píe en el vacío en dirección a Adonis adonde llegamos diez días después. Nada había cambiado, y el cuerpo de Harrison continuaba intacto, en el mismo lugar, petrificado en su escafandra estropeada, a unos pasos apenas de la boca ávida y bostezante donde habíamos penetrado y en la cual volvíamos a entrar ahora debidamente pertrechados y equipados. Llegamos hasta el interior de una vasta cabina donde el suelo estaba lleno de los restos de mis compañeros, entre el desorden y el polvo. Más lejos, se veían otras osamentas esparcidas.

Y pensar que allí fue donde se desarrolló el drama. Un drama tan brutal que no había ahorrado a nadie…

Súbitamente, el capitán Gorlok me hizo saber que se observaba una fuerte radiación en el interior del local, pero que nosotros nos hallábamos a cubierto gracias a las escafandras especiales con que nos habíamos equipado. Esto nos permitió estudiar a fondo todos los aparatos que llenaban la base y cuando nos apresurábamos a volver al cohete, decepcionados e inquietos, uno de los hombres de Gorlok descubrió lo que estábamos buscando.

Era un aparato bastante voluminoso empotrado en una urna de metal y que hasta entonces había escapado a todas nuestras investigaciones. Los zorcanianos lo examinaron y no tardaron en reconocer un dispositivo automático de teledirección funcionando aún, y que estaba concebido según el mismo modelo de los empleados por los comorianos para su operación sobre Rolca.

¡Lo habíamos hallado!

Entonces comprendimos repentinamente lo que había sucedido. La súbita muerte de la tri-pulación comoriana había impedido detener el dispositivo automático, que desde hacía veinte años continuaba ejerciendo su influjo, por medio del haz electrónico, sobre las rampas de lanzamiento de cohetes instaladas sobre Mercurio.

Cada vez que Adonis pasaba cerca de este planeta, un nuevo cargamento de bombas-cohete era lanzado sobre el Sol, lo que mantenía el aumento anormal de la temperatura del astro y provocaba las catástrofes que asolaban los planetas interiores y a la Tierra en particular.

Pero de todas formas había algo bastante misterioso en todo esto, y era la muerte súbita y brutal de toda la tripulación comoriana. Pensamos en las radiaciones emitidas por el Sol y de las que habíamos observado los efectos sobre los coloides sanguíneos. ¿No se había

resentido la raza venusina de los efectos de tales radiaciones? En tal caso, la muerte no habría sido tan fulminante, habría llegado después de una lenta agonía y habría dado tiempo para poder detener el dispositivo automático de teledirección.

No, algo había aquí que no encajaba.

Y repentinamente la luz se hizo en mi cabeza, al tiempo que una frase pronunciada por la reina Zamora se precisaba en mi subconsciente.

”Era el último regalo que una reina complacida les podía ofrecer.”
”Era el último regalo que una reina.,.”
”Era el último regalo…”
”…el último regalo…”
"…EL ULTIMO…”

Nunca había llegado a comprender el valor exacto de esta palabra.

Ahora lo sabía.

Por mediación de mi laringófono, pregunté al capitán Gorlok:

—¿Podemos sacrificar a uno de los robots sirvientes de que disponemos a bordo?

—Desde luego, pero…

—Ya se lo explicaré más adelante. ¿Quiere hacerme el favor de mandarme uno aquí, inme-diatamente? Que no se olvide de venir con el cofrecillo de la reina Zamora.

El capitán Gorlok dudó un instante, luego cursó las oportunas órdenes. Unos momentos después, la máquina llegó, sosteniendo en sus manos-garfios el cofre de metal.

Di las instrucciones a Gorlok, que comprendían los signos trazados por el profesor Lork y le rogué que los transmitiera al cerebro electrónico del robot.

—Que no empiece a operar, sobre todo, antes de una hora.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Alejarnos de aquí lo más posible. Ande, venga, no tenemos ya nada que hacer aquí.

Me escucharon todos sin hacerme ninguna pregunta más. Llegamos al cohete y así que Gorlok hubo regulado los circuitos de encendido y puesta en marcha de los centros motores del robot el aparato se lanzó hacia el vacío rápidamente.

Con los ojos fijos en mi cronómetro, esperé, junto a los ventanillos, el tiempo fijado y luego grité:

—Miren. Vean lo que esperaba a la Tierra si yo lo hubiera abierto

personalmente.

Cuando terminaba de pronunciar estas palabras, vimos una extraña luminosidad esparcirse por la superficie de Adonis. Una luz viva, fulgurante, que barrió en unos segundos toda la superficie entera. El planetoide pareció aureolarse de una nube deslumbradora que apareció bruscamente y apagó la luz de las estrellas lejanas suspendidas en el vacío. Luego fue como un rayo fulgurante y el asteroide estalló en medio de una mezcla de gases resplandecientes de vapores metálicos, de llamas y de fuego, todo ello rematado por un colosal hongo radiactivo que giró mucho tiempo en el vacío.

Ketta se había lanzado hacia mí y yo la tenía estrechada entre mis brazos.

—*Jean-Pierre... es posible... Pero, en fin, ¿por qué...? ¿Qué ha sido?*

—No es difícil de comprender. La reina Zamora había ofrecido este cofrecillo a la tripulación que envió a Adonis para iniciar la experiencia que ya sabéis. Le constaba que estos hombres estaban condenados y con el fin de abreviar sus padecimientos cuando el momento fatal les llegaría, imaginó ofrecerles esta muerte rápida y fulgurante. Su misión cumplida, ha debido de mandarles por radio el secreto de la apertura del cofrecillo. Los desgraciados creerían quizás en una recompensa de su reina, sin pensar que esta caja encerraba un manantial de radiaciones capaz no sólo de destruirlos, sino de aniquilar al planetoide que estaban ocupando. La abrieron, pero antes de morir, Uno de ellos ha tenido la suficiente fuerza para volver a cerrar la tapa cuando para ellos era ya demasiado tarde. Esto explicaría las radiaciones que se propagan aún en el interior de la base en la cual mis camaradas han hallado la muerte.

Moví la cabeza y una sonrisa erró en mis labios:

—Al legarme este cofre, la reina Zamora pensaba que yo no me atrevería a abrirlo hasta que me hallara en mi planeta. ¿Podía haber imaginado una venganza mejor?

Sentí temblar a Ketta, todavía refugiada en mis brazos, mientras mi mirada se perdía en el vacío, en dirección a un puntito luminoso que brillaba débilmente en la dirección donde se hallaba el Sol.

La Tierra...

¿Cuál era el porvenir que me aguardaba en ese mundo en el cual yo no habría sido más que un hombre entre otros muchos? ¿Iba alguien a creer por un momento la historia que les tenía que contar? Yo, Jean-Pierre Verneuil, un hombrecillo insignificante de toda su vida...

A fin de cuentas, mi misión había terminado y nadie tenía

necesidad de mí.

Mientras que Ketta, ella…

¡Vaya por Dios! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Me dirigí al capitán Gorlok, que esperaba mis órdenes y le dije:

—¡Dirección Zorca!

FIN